

CASTILLO SOLÓRZANO, ALONSO DE (1584-1648)

LISARDO ENAMORADO

ÍNDICE

PRELIMINARES

LIBRO PRIMERO
LIBRO SEGUNDO
LIBRO TERCERO
LIBRO CUARTO
LIBRO QUINTO
LIBRO SEXTO
LIBRO SÉPTIMO
LIBRO OCTAVO

AL LECTOR

Charísimo lector, juez árbitro, en tu retiro, de cuanto esperan ver tus ojos en este pequeño volumen, ya llevados del deseo de entretenerte, o ya de la curiosidad de hallar qué censurarle. Una novela te presento, temeroso de lo que te ha de parecer, pues va preñada de muchas, su estilo no es tan cuidadoso, que se acoja a esto que llaman culto, ni tan relevante que le ignore por oscuro el que le dessea entender, porque no quiero que este libro se compre por no inteligible que estuviera a peligro de correr varias fortunas, hallando en él ignorancias apiñadas; su lenguaje es claro y, si humilde, con él han corrido otros de su mismo autor por manos de quien les ha honrado. No espera menos favor, aunque en ajeno reino, donde tan agudos ingenios saben honrar a los forasteros. Este espera en tus manos, para que con él se anime a dar a la estampa la *Huerta de Valencia*, libro de novelas, por hacer verdadero lo que predixo cierto culto en su opinión, que pronosticó en un prólogo fértiles años de ellas; verdad es, que hacía los profecías después de los sucesos por acertar mejor, o por tener calzado el ingenio del revés. El mío, aunque no sea tan fértil, desea tu divertimento, dejándote gustoso en su final, que no fuera lisonjearte dártele tal, que la tuvieras por una de las desdichas de la vida. Vale.

DON GASPAR VIVAS Y VELASCO,- *Deán y Canónigo de la Asseo de Valencia y Subcolector Apostólico, diputado por nuestro muy, S. P. Urbano.VIII.*

Mecenas español, que al otro excedes
en conceptos sutil, en verso y prosa,
pues solo en tu castillo ya reposa
con sus Ninfas Apolo, a quien sucedes.

El orbe navegar contento puedes,
pues tu fama, corriendo vitoriosa,
la gloria te previene más gloriosa,
con que a las Parcas y a su oficio vedes.

Un Sabio Alfonso dió a Castilla el cielo,
que el non plus ultra fué de aquella era,
mas tus letras, Alfonso, en este suelo

el non le borran, y de tal manera,
que Apolo no dió al ave mayor vuelo,
cuando en su curso passa aquella Esfera.

De DON LUIS CASTILLA DE VILLANOVA, Capitán de caballos.

Si de un Castillo eminente
pende la seguridad,
de la menos fiel ciudad,
de la más robusta gente.
¿Qué crítico habrá que intente,
Lisardo, el daros enfado
tan galán y enamorado,
siendo para rebatillo
obra de tanto Castillo,
fuerça de tanto cuidado?

De VICENTE GASCÓN DE SIURANA.

Palma, Lisardo, ha ganado,
pero no me maravillo,
saliendo de ese Castillo,
de discreto enamorado.
Como hijo del cuidado
de vuestro ingenio y valor,
no pudo salir mejor:
pues para que fuesse solo,
os prestó su lira Apolo,
y sus plumas el amor.

De DON IUSEPE GIL PÉREZ DE BAÑATOS, Caballero del hábito de Montesa.

Poco le vendrá a deber
a mi alabança Lisardo,
cuando por Vos tan gallardo,
se ve al mundo amanecer.
Ni de Aristarco temer
debe crítica contienda,
pues, cuando mordaz le ofenda,
tiene su valor prudente,
en un Castillo valiente,
a Palas que le defienda.

De MONSERRAT DE CRUYLLAS, Caballero del hábito de Montesa.

Cedan a tu elocución
cuantos con mudo pincel,
dieron materia al papel,
y a la fama admiración.
La elocuente erudición,
que para invidiarte has dado
nadie la hubiera intentado,
aunque su ingenio alentara,
que solo el tuyo pintara
un Lisardo enamorado.

De MOSEN ABDON, CLAVEL

El ave eres que examina
al sol sus hijos, gloriosa
estirpe, y Apolo hermosa
luz, y a padre te destina.
Rayos; Lisardo fulmina,
su ardor le bebe, eternice
tanta luz, pues que predice
tu estilo y grave cultura,
o que humanes su luz pura,
o él la tuya, divinice.

De MOSEN COSME DAMIAN TOFIÑO.

Sale de un Castillo fuerte
con espíritu gallardo,
a solicitar Lisardo
el buen logro de su suerte.
No hay temer que desacierte,
que aunque es valiente, se humilla,
y da, nueva maravilla,
con glorioso desempeño,
inmortal nombre a su dueño,
como él le da a su Castilla.

De HYACINTO NAVARRO.

Críticos que reprender
no tenéis, sí que admirar,
pues al daros que invidiar,
también os da que aprender.
Don Alonso pudo ser
de obra tan alta caudillo,
pero no me maravillo
pues libra bien en Lisardo,
si respeto a su resguardo,
invidias a su Castillo.

De DON FRANCISCO DE TAMAYO Y PORRES.

Don Alonso, de Lisardo
escribís varios sucesos,
y con felices progressos
le hacéis en todo gallardo.
El de ingenio culto y tardo
admirará vuestro estilo;
no temáis de Momo el filo,
que, quien como vos escribe,
seguro de ofensas vive
de Aristarco y de Zoilo.

De MARCO ANTONIO DE ORTIN, Secretario de la ciudad y reino de Valencia.

Si enemiga detracción,
que de envidias se mantiene,
armas, contra vos, previene
de loca murmuración,

cuando fortificación,
sabio don Alonso, admira
en vuestro Castillo, y mira
el triste fin que la aguarda,
temerosa, se acobarda,
y cobarde, se retira.

De DON HYACINTO FERNANDEZ DE TALAVERA Y ARIAS.

Lo dulce, y lo provechoso
tan doctamente juntáis,
que a la perfección llegáis
de lo más dificultoso.
Al vil Zoilo envidioso
dejadle, no os dé cuidado,
que antes bien considerado
su furor es vuestra dicha;
porque es la mayor desdicha
no ser de nadie envidiado.

LIBRO PRIMERO

Con las negras sombras de una obscura y tenebrosa noche, caminaba el enamorado Lisardo, acompañado de más penosos pensamientos, verdugos crueles de su alma, que de criados de la ilustre y noble casa de sus padres, pues con sólo uno, fiel archivo de sus secretos y segura guarda de su persona, iba camino del Reino de Valencia, dexando a toda priessa a Madrid, amada patria suya, Corte insigne del Cathólico Filipo, cuarto deste nombre, ínclito monarca de las dos Españas. En esta insigne villa tenía Lisardo su antiguo solar y calificada casa siendo el primogénito en ella y sucesor de un cuantioso mayorazgo que al presente poseía su anciano padre.

Iba el afligido caballero tan cercado de confusiones como abrasado de rabiosos celos. Era la causa de su pena, y el desvelo de sus cuidados; la hermosísima Gerarda, raro milagro de la naturaleza,. único fénix de la beldad y recreo de los ojos de la juventud cortesana. Sus primores, sus gracias y donaires, eran sumamente celebrados en la Corte, sin que a ninguna de sus perfetas partes hubiesse hermosura que las competiesse, ni discreción que con la suya emulasse. De conocer Lisardo en este prodigio de belleza con tanto cuidado la estimación general que todos hacían de tan perfeto sujeto, nacieron los desvelos y temores, causa de su inquietud y de la que le obligaba a dexar su patria, ofendido de ver ingratemente pagada su firme fe y su estable perseverancia.

Caminaba con algún recato en un alentado rocín, y Negrete, que así se llamaba su fiel criado, en otro, cuyos portantes, si bien eran a propósito para la fuga que hacían, temerosos de la justicia, se ofendía Lisardo de su velocidad, que, aunque ofensas le desterraban de su patria, no quisiera que con tanta ligereza le alexaran della. Toda la noche caminaron sin entrar en poblado hasta que vino el aurora, con cuya venida, por dar descanso a sus cuerpos y pasto, a rocines, les fué forçoso entrar en una pequeña aldea diez leguas de donde habían salido.

Apeáronse en un mesón y, pidiendo una cama, Lisardo, más para passar recostado en ella lo que durasse el día, que, para eligirla por su reposo, en ella se echó, donde entre mil penosas imaginaciones, le venció el sueño.

Bien habría dos horas que daba tributo a Morfeo, si bien con alguna inquietud, cuando, llegado el mediodía, el rumor que oyó en el mesón de gente que en él se apeaba, le despertó. Estaba en su aposento otra cama, la cual se le dió al nuevo huésped, que poco había que llegara; quiso comer allí, y para esto entró el huésped a decirle a Lisardo tuviese por bien que allí se alojasse el recién venido caminante. Mucho quisiera el gallardo caballero que se le diera otro aposento al huésped; pero la casa era tan corta, y así mismo el caudal en tener camas, por lo cual hubo de condecender Lisardo con su gusto, aunque con cuidado le preguntó antes al mesonero si sabía de donde venía el forastero, a que le respondió que, de la ciudad de Cuenca y que passaba a Madrid, con que se aseguró Lisardo.

Entró a este tiempo el caminante, y, apenas le saludó, cuando fué conocido de Lisardo ser don Félix de Vargas, íntimo amigo suyo, con quien se había criado desde las escuelas hasta aprender la latinidad, y había que estaba ausente de la Corte doce años, asistiendo todo este tiempo en Flandes en servicio de su Majestad, a las órdenes de la serenísima Infanta doña Isabel, que gobierna aquellos estados con el acertamiento que siempre se esperó de su prudencia y valor.

Abraçáronse los dos amigos con estrañas muestras de amor y, después de haberse preguntado por sus saludes y las de sus padres, don Félix le dió cuenta a Lisardo de como era capitán de caballos en Flandes, y que esta merced le había hecho la señora Infanta por sus servicios, que los tenía muy buenos de las ocasiones en que se había hallado, donde había procurado cumplir con sus obligaciones que a su illustre sangre debía. Después de haber don Félix dado cuenta a su amigo Lisardo del estado de sus cosas, le pidió que él la diesse de su vida y del camino que hacía dexando su patria.

Aquí le dixo Lisardo que era para más espacio el tratar de sus cosas, y que así era bien que primero se diesse orden en que comiessen. Hízose así, y, siéndoles servida la comida, que fué breve por venir sin prevención alguna, en tanto que los criados de don Félix y Lisardo comían, se quedaron los dos amigos en el aposento donde habían comido, y, ocupando los dos la cama en que Lisardo había reposado, le oyó don Félix estas razones:

«-Por estraña novedad tendrás, ¡oh amigo don Félix!, que, éste que lo es tanto tuyo, salga fugitivo de su patria, cuando por nuestra frecuentada correspondencia tenías larga noticia de mi amoroso empleo. Pues advierte que, no hay seguridad que dure, ni correspondencia que esté firme en un ser mientras estuviere en el flaco sexo de las mujeres su apoyo, que, como amigas de tantas novedades, lo que hoy aman mañana lo aborrecen, y de lo que ayer se pagaron hoy lo desprecian. Escúchame atento el largo discurso de mis amores, que, aunque a pedaços, te he hecho partícipe de él, como amigo íntimo, hoy engarçado quiero que todo junto lo escuches.»

Sentóse en la cama, y habiéndose sossegado un poco, prosiguió así:

«-La sazón del año en que la primavera viste las umbrosas selvas de verdes, libreas y esmalta los amenos campos de vistosas flores era, cuando por el mes de mayo goza la beldad y la juventud de la Corte en sus mañanas las recreables salidas que hacen a su río, aunque corto de caudal, el más célebre de las dos Castillas. En uno destes festivos y alegres días, salí con otro amigo, más llevado de la curiosidad que de cuidadosos desseos, a gozar de la frondosa ribera del Sotillo que llaman de Mançanares, en cuyo ameno sitio vimos el primor de la hermosura cifrado en las bizarras damas que entonces ocupaban las márgenes del claro río, que, por haberle sido el passado invierno favorable con pluvias, estaba más caudaloso que otros años. Allí los amantes, avisados de su cuidado, o favorecidos de su dicha, gozaban en las verdes orillas del cristalino río las presencias de sus amados dueños, que, con la licencia que permiten las salidas al campo, depuesta la autoridad de los chapines, le secundaban, pisándole con menos embaraçoso calçado, con que se manifestaban mejor los buenos talles, que ya en esto hubiesse andado la naturaleza avara, suplía el buen aire y adorno de las galas el disfavor que se les había hecho.

»Dos veces passamos la ribera, divertida la vista en lo mucho que en ella había que notar, cuando, desde el verde soto, vimos que vadeaba el río una hermosa carroça para passar a la opuesta orilla, con desseo que llevaban los que en ella iban de passar a gozar la amena recreación de la casa del campo, quinta de los reyes de España que hizo el monarca Filipe segundo, donde el arte vence a la naturaleza en amenidad de jardines y en escultura de pórfido y mármoles que adornan varias fuentes. Passaba, como os digo, esta carroça el celebrado río, cuando cuatro frisones que la conducían començaron a rifar unos con otros en medio del más caudaloso y veloz curso de las aguas y fué de tal suerte que, embaraçado el cochero con su desasossiego, fué retirando la carroça a parte donde, por la desigualdad del suelo, se vino a volcar en el agua a vista de los que, con atención, vían este fracasso. Las voces de los que iban en la carroça, y assí mismo las que daban los que miraban su daño, hacían una notable confusión a los oídos. Halléme con mi amigo casi frontero de donde se había volcado, y pareciéndome que por las damas me podía aventurar a cualquier peligro, arrojando la capa y espada en la verde yerba, y haciendo lo mismo mi camarada, nos entramos en el río a favorecer a los que en él peligraban. Llegué yo el primero, a tan buena ocasión que, pude sacar del agua una dama de las que más necessitaban de socorro, porque, yendo al estribo de la banda donde la carroça se había volcado, era la que más peligro tenía de ahogarse, y assí la saqué en mis braços, casi sin sentido alguno a la orilla. Mi camarada hizo otro tanto con otra, y assí, sin ayuda de nadie, sacamos hasta cinco mujeres, las dos dellas ancianas, y las tres sin comparación

hermosas. Socorriónos un caballero que se halló allí con su coche, donde metimos estas damas, y nosotros nos fuimos, en la carroça que se había volcado, detrás dellas hasta su casa que era en los barrios de San Bernardo. Iban todas asustadas de lo que les había sucedido, en particular la que primero saqué del agua, de suerte que, con el sobresalto, aun no habían tenido atención a mostrársenos agradecidas.

»Llegaron a unas principales casas de aquella anchurosa calle donde se apearon con nuestra ayuda, no yendo aun en su sentido la que yo libré del peligro primero que a las demás, por ser la que más padeció en aquél corto naufragio. Allí pudo su madre, ya cobrada del passado susto, darnos las gracias del socorro que las habíamos hecho tan a buen tiempo, por sí y por su hija, que lo era esta hermosa dama a quien mi amigo y yo llevamos en nuestros braços hasta su cuarto, y dimos lugar a que la acostassen en una cama, desseando hacer lo mismo las demás. Despedímonos los dos dellas ofreciéndonos a su servicio, y la madre de aquella dama que iba sin sentido, que era una señora anciana y viuda, estimó de nuevo nuestro ofrecimiento, diciéndonos que tendría a mucha suerte el conocernos más de espacio, para agradecer con el conocimiento más la deuda en que les dexamos, y que assí nos pedía la volviésemos a ver a ella y aquellas señoras vecinas suyas, que querían vernos para más larga comunicación. Yo le dixé que esse era interés nuestro, y que assí la obedeceríamos en lo que nos mandaba, con que nos despedimos yendo yo aficionado sumamente a la incomparable hermosura de la dama desmayada.

»Bien se passaron ocho días que no las visité, si bien en todos estos acudió un criado mío a saber de la salud de la hermoso Gerarda, que éste era su nombre, la cual estuvo todo este tiempo en la cama: tal la dexó la peligrosa caída de la carroza. Parecióme sería ocasión de irla a visitar, y assí, avisando a mi camarada, fuimos a ver aquellas señoras en el mismo día que Gerarda se había levantado. Hallámosla, aunque quebrado el color, notablemente hermosa, que, sin exageración, lo es más que quantas damas hay en la Corte.

»Recibiónos su madre cortés y afablemente y ella assí mismo, si bien con aquel encogimiento y recato que su estado pedía; hablamos en la conversación que hubo assí del passado peligro como de varias cosas que se ofrecieron, y en toda ella habló muy pocas palabras la hermosa Gerarda, y essas tan a tiempo y con tanta prudencia, que nos dexó a los dos admirados, y a mí mucho más enamorado. Bien quisiera yo que hubiera lugar para decirle mi pensamiento, mas por entonces no le hubo, por assistir allí su madre cerca della. Preguntónos la anciana señora si éramos naturales de Madrid. Yo, que hablé primero, le di cuenta de quién era, con que se holgó mucho por conocer bien a mis padres. Mi amigo le dixo su patria, que era Vizcaya, y la causa que le obligaba assistir en la Corte, que eran unas pretensiones. Con las dos relaciones se satisfizo la madre de Gerarda de que éramos personas principales, lo cual me dió atrevimiento a suplicarle nos dicesse licencia para volver a visitarla otras veces, a que respondió con mucho agrado que esso había de nacer della el pedirlo, pues también le estaba que la hiciessen merced personas tan calificadas a quien tanto debía estar agradecida, con lo cual nos despedimos, dándome, a la despedida, Gerarda, las gracias de nuevo, del socorro que la había hecho, a que respondí en voz baxa:

»-Hermosa señora bien le ha menester de vos quien, por dárosle, está puesto en mayor peligro, y assí es justo que tal deuda se pague.

»No hubo lugar de hablarnos más; pero esto bastó para principio de declararle mi intención. Subimos al cuarto alto donde estaban las amigas desta señora: que juntamente sacamos del río, y allí tuvimos un rato de conversación corto, porque, como yo no estaba en mi centro y amaba ya con veras, todo lo que no era estar en presencia de Gerarda, gustara de passarlo en soledad. Despedidos de allí, traté luego de saber la calidad de quien había ya elegido por dueño de mi alma, y supe la que bastaba para estimar alcançarla para esposa. Su padre había sido capitán de caballos en Flandes, en tiempo del Duque de Alba, a quien el prudente y cathólico rey Filipo segundo honró con él hábito de Santiago. Esto supe por mayor, si bien de la hacienda no hice información alguna, pareciéndome ventajoso dote para mí el de la calidad junta con tanta hermosura.

»No hay amante que, si lo es de veras, no tenga mil dudas y temores de su pretensión, y assí los había en mí, temiendo que el acudir a menudo a casa de mi Gerarda la había de ofender assí a ella como a su madre, y desta manera me privaba de mi gusto, desseando no dar nota en la calle cuando no tenía el beneplácito de Gerarda para servirla, y desseaba hallar ocasión en que manifestarla con más espacio mi amoroso cuidado, ofreciémela mi buena suerte como la podía pedir. En la fiesta que se hacía en una iglesia, cerca de los barrios de mi dama, se halló ella de emboço con las amigas vecinas del cuarto alto sin que las acompañassen sus ancianas madres, acerté a estar sentado cerca de donde ellas habían tomado asiento. Una amiga de Gerarda envió a una criada suya que de su parte, sin decir quién era, me dixesse que unas damas desseaban que me llegasse más cerca dellas que desseaban hablarme. Yo la respondí que en las iglesias era muy grossero en no obedecer tales mandatos, por parecerme que, los templos se hicieron más para la oración que para hablar en cosas ajenas desto, que, si fuera de la iglesia gustaban que yo les bessase las manos y acudiesse a lo que fuessen servidas de mandarme, me avisassen de su gusto, y que, si importaba ser secreto, que yo tenía la casa de un amigo allí donde me podrían hacer merced, y cierto, amigo, que, aunque sea paréntesis de mi discurso, es la mayor lástima del mundo ver lo que desto passa en la Corte, sin que haya remedio para quitar esta perniciosa costumbre tan introducida, que más parecen templos de gentiles los que hay en ella, que de christianos con lumbre de fe; pero esto, remédienlo aquellos a quien toca, que no harán poco servicio a Dios y amistad a los que, castigados, escarmentaren.

»Vuelvo al hilo de mi historia, y digo que, la criada volvió a las damas con la respuesta de su recaudo, y hubo entre ellas, como después supe, varios pareceres, condenándome algunas por grossero, sino pecaba en hipócrita, pero mi Gerarda aprobó por buena mi respuesta, y le pareció acertada la consideración de no querer profanar con pláticas ociosas el sagrado lugar dedicado para sólo alabar a Dios, y assí se determinaron a que fuera de la iglesia, acabada la fiesta, me hablarían, y con este acuerdo volvió la criada a darme el recaudo. Llegóse el tiempo, habiéndoseme hecho bien largo porque estaba con mil dudas vacilando quién serían aquellas damas, y muchas veces presumía en que podría ser Gerarda una de ellas, aunque su demasiado recato me hacía dudar en esta presumción. Al fin, por salir destas confusiones, yo me puse a la puerta de la iglesia, donde, al salir las

cuatro mujeres, una dellas me hizo una seña, con que las fuí siguiendo hasta una callejuela angosta sin salida: allí se pararon, y yo, llegando entonces, las dixé estas razones o otras equivalentes a ellas:

»-Juzgarán vuessas mercedes a hipocresía, sino a grosera respuesta, la que le di a su recaudo, cuando experimentan cada día en tales lugares diferentes condiciones en este particular, que no reparan en el escándalo que dan a los que miran su poca consideración; yo he tenido la que debo al sagrado templo, y, mirado esto con buenos ojos, sé que habrá parecido acertada mi opinión.

»Tomó la mano la hermosa Gerarda para hablar, aunque no conocida de mí por entonces, y díxome:

»-No nos ha parecido mal, señor Lisardo, vuestro respeto y considerada advertencia, si la nuestra no passara a notar cuán ajena es de tanta mocedad, por donde venimos a presumir que, alguien que merezca más que las que estamos aquí, es causa de que reparéis más en dar la pesadumbre con celos, que en profanar el templo hablando en él con mujeres. Si esto es assí, no le habrá faltado cuidado para haceros seguir, y no querríamos que, la merced que nos hacéis aquí sea a costa de su sentimiento y a peligro de que perdáis su gracia. Nuestro intento fué entretener un poco la tarde hablando con vos una de estas señoras que lo dessea, pero yo sé cierto que mirarán vuestra razón de Estado para que no perdáis el feliz que poseéis en vuestro empleo, que, de vuestro gusto, juzgo que será bueno.

»-El que más bien me puede estar -dixé yo-, es el que de presente gozo, estimando la merced que me quiere hacer quien decís, bien sin cuidado de que a nadie se le dé que yo hable aquí o en otra parte, porque no tengo quien me cele ni haga seguir los passos, que, quien yo desseara que lo hiciera, aun a penas llega a saber cuánto la desseo servir, con que os asegura quien, tan a los principios de sus favores está, que éste le haga cuidando de saber por dónde anda.

»-Todos decís esso-dijo otra dama-, y es porque no queréis dexar passar ocasión alguna destas, que a tener seguridad de ser verdadero lo que os oímos, fuérades un prodigio en esta Corte, pues galán sin tener nadie que le favorezca y estime, se me hace muy difícil de creer.

»-Con certeza os puedo asegurar lo que os digo-le repliqué-, y assí os suplico os sirváis de que sea favorecido en que os vea los rostros.

»-¡No nos faltaba otra cosa -dixo Gerarda-, ya que os hemos hecho salir de la iglesia, sino que relaxáramos vuestra virtud! ¡No lo permita el cielo, que también somos christianas y con asomos de religión, sino tanta como la que habéis mostrado tener!

»-Frívola excusa dais -dixé yo-, por donde juzgo en el donaire que hacéis de mí que habréis presumido ser hipócrita en el sacaros de la iglesia a este puesto.

»-No digo tal-dixo Gerarda-, aunque lo parece; pero por el escrúpulo que habemos concebido de que os haremos aquí daño, quedaos con Dios.

»Y diciendo esto, me pidió con grandes encarecimientos que no passasse de allí a acompañarlas, que otra ocasión habría en que me hablassen más de espacio, que querían ver si cortés les obedecía en lo que me mandaban. Con esto me hube de quedar allí diciéndoles:

»-Précíome tan de cortés como de obediente, y no porque me está bien el que no os acompañe, sino porque quedo haciendo lo que me mandáis,, con muy ciertas esperanças de que me favoreceréis otro día como decís.

»Con esto se fueron y yo me quedé en aquel sitio, si bien hice una seña a un criado mío para que las fuesse siguiendo. El, que no era lerdo, sino muy experimentado en semejantes ocasiones, las siguió, y volvió a decirme haberse entrado en casa de mi querida Gerarda, con que quedé el hombre más contento del mundo, determinando ir el siguiente día a visitarla. Aquella noche se me hizo un año, culpando al tiempo de tardo, que, para con los desseos de amante, tiene pies de plomo y no hay velocidad alguna que le satisfaga.

»Llegó, pues, el desseado día y la hora de mi visita, que fué a las cuatro de la tarde, y hallé a la hermosa Gerarda y a la anciana doña Theodora su madre, que estaba con otras dos señoras, amigas suyas, en visita, por cuya causa fué más breve la mía que quisiera. Culpóme la madre de Gerarda en no haber ido a verlas aquellos días, que yo estimé en mucho, por parecerme que, donde se dan quejas de poco visitadas, hay desseo de serlo, y que no cansaba mi presencia.

»Por si no había ocasión de hablar a solas a mi Gerarda, como en otras me había sucedido, llevaba escrito un papel en que le manifestaba mi pensamiento, y éste, al levantarme de la silla, que estaba junto al asiento de mi dama, le dexé caer cerca della, de modo que no pudo ser visto de nadie sino de Gerarda. Y porque no fuesse hallado de otra persona, vi que con cuidado le alçó del suelo y se le metió en la manga, dexándome gustosísimo ver cuán bien se me había logrado mi desseo. Lo que contenía el papel eran estas razones que no he perdido de mi memoria:

»Cuanto mayor es el conocimiento que tengo, hermosa Gerarda, de lo que merecéis, tanto mayor es el temor que me acobarda para tomar la pluma y manifestaros el cuidado que desde el primero día que os hallé en aquel peligro me ha dado vuestra vista, prompto me dispuse a serviros, sin advertir que, del centro del agua pudiesse haber salido tanto fuego como abrasa mi enamorado corazón. Dueño sois dél, como de muchos que por víctimas se os ofrecen en las aras de esa belleza, pero a ninguno cede la ventaja el mío en adoraros con más estimación y decoro. Para que comience a tener méritos esta fe, os da cuenta de los que le sois deudora; admitid en prendas tan pura voluntad, tan rica en desseos y tan dispuesta a serviros, mereciendo respuesta déste, quien, con tan firme fe, se llama ya esclavo vuestro. El cielo os guarde.

»Retiróse Gerarda, ida la visita, a leer el papel, según supe después, y consultando con su severidad y recato la respuesta dél, no ayudó nada la dilatada cuanto mala opinión que algunos hijos de Madrid tienen, que, con fingidas apariencias de amantes han burlado a muchas mujeres que, con fácil crédito les han hecho favores y, escarmentando en ajeno daño, Gerarda, sospechosa de que yo fuese uno destos, quiso que la experiencia y el tiempo la asegurassen estas dudas, y assí me respondió el papel que oiréis, que también tengo en la memoria y decía assí:

»Las leyes de mi severa condición llegan a romper mi agradecimiento y cortesía. El, para conocer la acción passada de vuestro generoso y noble ánimo, y ella para no dexaros sin respuesta de vuestro papel, desseando que, con más verdad y menos lisonja, diérades sin ponderación la que le toca al conocimiento de mis pocos merecimientos y al temor que me significáis haber tenido de los efectos de aquel peligro en que fui socorrida de vos. No creo nada por parecerme estar imposibilitada de hacer tales milagros, y porque lo fuera en vos sujetaros a rendimientos de amor, cuando tan poco se usa tener, y assí, incrédula de vuestras ponderaciones, os pido escuséis la nota que podréis dar con el mentido cuidado, como lo hacéis en los templos con la verdadera virtud.

»En la última razón confirmé ser Gerarda la que me había hablado fuera de la iglesia, y quedé con el severo papel algo desconfiado de mi impresa, y mucho receloso de que tenía prendada la voluntad. Este papel me dió un escudero anciano de su casa, y, queriendo sobornarle con dádivas, le hallé más recto que un ministro nuevo, y más severo que un suegro avaro. Procuré todos los medios posibles para darle otro papel, pero no fué de provecho, que jamás hallé ocasión para esto con lo cual estaba tal que perdía el juicio. Comunicué con aquel amigo el estado de mi afición y cuán imposible era hallar modo para proseguirla por la esquiva condición de Gerarda. Este me aconsejó que, a costa de mi sufrimiento, procurasse no passar por su calle, ni visitarla en su casa, por ver si con esto mudaba de propósito; pero que no dexase, junto con este fingido desamor, de acudir de noche emboçado en su calle, procurando no ser de nadie conocido, para ver si a ella acudía algún pretensor a quien mostrasse voluntad. Hícelo assí, procurando de allí adelante asistir a todas las fiestas públicas donde se hallaba, sin el cuidado que otras veces afectaba, por saber donde estaría, sino muy divertido con otros amigos. Passáronse dos meses en que observé el consejo del amigo, si bien se me hicieron dos siglos. En este tiempo se ofreció encontrarse un criado mío, conocido de Gerarda y de su madre, con las dos, a quien doña Theodora preguntó por mi salud, quejándose del olvido que tenía de su casa, no visitándolas, a que respondió que, negocios forçosos me estorbaban el acudir a mis obligaciones. Interrumpió esta plática Gerarda, diciendo al criado:

»-Por ahí se dice que se nos casa el señor Lisardo, y essa ocupación sola tiene de disculpa al mal pago que ha dado a la voluntad de mi madre.

»-No pienso que, por ahora, le passa por el pensamiento esso -dixo el criado-, porque, cuando lo intentara, a nadie diera primero parte de su empleo sino a mi señora doña Theodora que la tiene respeto de madre.

»Con esto se despidió dellas y vino luego a darme cuenta de todo lo que le había pasado, con que me alegré mucho, echando de ver que iba obrando mi descuido en Gerarda. En todas las noches que acudí a su calle, siempre hallé músicas en ella que se le daban debaxo de sus balcones y las más destas le llevaba un don Fadrique de Peralta, caballero navarro que asistía en Madrid a sus pretensiones y estaba muy enamorado de Gerarda, si bien tenía menos entrada en su casa que yo.

»Entramos en consulta mi amigo y yo sobre lo que haría en este empleo, visto el cuidado con que había preguntado por mí, acusándome el descuido de verla, y salió acordado della, por parecer del amigo, que passase otros quince días con mi olvido adelante, teniendo el mismo cuidado de no hallarme donde ella estuviese.

»En este tiempo se ofreció tener una prima mía ausente a su esposo, y porque la acompañase en tanto que duraba su ausencia, pidió a mi madre me mandase ir a ocupar un cuarto baxo de su casa, cosa que hice de mala gana por obligarme su recato a irme a recoger más temprano que acostumbraba. Pocos días había que vivía mi prima en el fin de la calle de Gerarda, en casas propias que su esposo había labrado, y tenía mi dama, desde que se pasó a vivir a sus barrios, apretada correspondencia con ella, cosa que me estuvo muy bien, como adelante oiréis.

»Acudían a visitar a mi prima a menudo su madre y ella, pagándoles mi prima las visitas con mucha puntualidad, pero en todas ellas, nunca Gerarda me tomó en la boca, si bien su madre acusaba mi descuido en no las ver, con algún sentimiento, disculpándome mi prima con los divertimientos de hombre moço.

»Supe un día que había de verse Gerarda con mi parienta sin su madre, porque ella iba a una visita de cumplimento, y, para examinar curiosamente lo que en ella tenía, con acuerdo de mi amigo, di parte de mi afición a mi prima para executar lo que oiréis. Estimó el declararme con ella, ofreciendo ayudarme en cuanto de su parte fuese possible; pero yo la supliqué no hiciesse otra cosa con ella sino que, con achaque de hacerla ver su casa, baxasen a mi aposento y no dexasen en él cosa que no viessen y buscassen, dándole parte de que mi curiosa prevención era para saber del todo su voluntad.

»Vino, pues, Gerarda a visitar a mi prima y, habiendo estado con ella dos horas largas sin tratar de mi nada, tanto era el cuidado que había puesto en esto, quiso darla a merendar, y, mientras las criadas lo prevenían, la dixo muy falsa, si quería ver su casa, que se holgaría de ver cuán bien acabada estaba. Gerarda la respondió que tendría mucho gusto dello, que se la había alabado mucho su madre. Tomáronse de las manos las dos y vieron muy de espacio el cuarto alto que mi prima vivía, y queriendo mostrarla el que yo habitaba, de propósito le halló cerrado, y estando junto a la puerta dél, dixo mi prima:

»-Yo apostaré que Lisardo aun no debe de haber salido de casa; espera, amiga: verélo por el hueco de la llave.

»Hizo que lo miraba con cuidado, y díxola, advertida de lo que había de hacer:

»-No está aquí mi primo y se ha llevado la llave, cosa nueva en él, porque siempre nos la dexa su criado para adereçarle su cuarto.

»-Debe de tener en él cosa que le importe -dixo Gerarda.

»Aquí replicó mi prima:

»-No sé, amiga, qué te diga en esso; novedad se me hace el dexarle cerrado. Pero en cuanto a haberlo hecho por alguna mocedad suya, será sin mi gusto, porque sabe que es lo primero que le supliqué cuando vino aquí a hacerme compañía.

»-No todas veces se cumple lo que se promete -dixo Gerarda.

»-Pero, para asegurarnos desta sospecha, yo tengo llave maestra que hace a todas las puertas de casa, y con ella abriré, si bien dudo que la halle, porque no sé bien donde la dexó mi esposo.

»-Por tu vida, amiga, que la busques -dixo Gerarda-, que desseo veamos lo que hay dentro.

»Subieron arriba y fingió mi prima que buscaba la llave y que no la hallaba, de lo cual mostraba pena Gerarda. Finalmente, después, buscándola por todas las gavetas de un escritorio, dió a entender que la había hallado, de que recibió no poco gusto Gerarda. Baxaron luego a mi cuarto y, abriendo, buscaron en él lo que las tenía sospechosas; pero como no hallasen dentro nadie, dixo mi prima:

»-¡Válgame Dios; pues por algo dexaría Lisardo esto cerrado!

»-Si no es por estar abierto aquel contador -dixo Gerarda-, no hallo causa porque lo haya hecho.

»-Tienes razón-replicó mi prima-, que esso es sin duda alguna.

«Començaron a buscar todo lo que había en las gavetas del contador y hallaron en ella unos papeles de letra de mujer, que de propósito habíamos hecho escribir a una dama conocida de mi amigo, de la manera que él se los notó, que fueron como de correspondencia assentada entre dos amantes. Mirándolos todos, hallaron uno, que era custodia de un hermoso retrato de mujer, que se puso allí con la misma cautela entre los papeles y era de una dama de Toledo. Miráronle con mucha atención y la misma puso mi prima Gerarda por ver qué semblante mostraba a lo que tenía presente, y conoció dél bastante turbación, para habérsele mudado, con no pequeña demonstración de tristeza, con que se alegró sumamente mi prima diciéndole:

»-Bien decías, hermosa Gerarda, que esto era la causa de haber cerrado Lisardo su cuarto. Nunca yo he presumido dél lo que agora veo: debe de ser, sin duda, por lo mucho que es

recatado; pero lo más cierto es, que la dama no debe de ser de aquí, que, a estar en esta Corte, no dexara yo de saber su empleo.

»-Si es, como decís, tan recatado -dixo Gerarda-, en tan gran lugar como éste, bien se puede servir una dama, sin que se sepa. Pero de ello nos informarán mejor estos papeles, que, deben de ser del dueño deste retrato, el cual nos asegura que debe de ser hermoso su original, si el pintor no ha andado lisonjero, como muchos que lo son a costa de sus opiniones.

»-Tengo por tan curioso a Lisardo -dixo mi prima-, particularmente en lo que toca a la pintura, de que se le entiende mucho, que no tendrá en su poder cosa que no sea muy perfectamente acabada. Y si él se comunica con el original, como será cierto, no hay duda sino que será muy fiel la copia.

»-Pocas mujeres he visto -dixo Gerarda-, que excedan en belleza al dueño deste trasumpto y, si mal no me acuerdo, pienso yo que le he visto en esta Corte.

»-Bien podrá ser -dixo mi prima. Y, fingiendo recato, prosiguió-: Paréceme que siento ruido, y no quisiera, por quanto hay en el mundo, que viniese Lisardo, y nos hallasse metidas en esta impertinente curiosidad, que quanto es cortés y afable, es insufrible si se enoja, y assí me parece que guardemos estos papeles en el lugar donde estaban, que, con la llave que tengo, no faltará ocasión para verlos despacio otro día.

»-Esso, ¿cómo será possible -dixo Gerarda mostrando gana de leerlos-, si él se lleva la llave deste contador?

»-Dices bien -dixo mi prima-; que no había reparado en tanto con la turbación de temer que vendría; mas porque se lean, yo me pondré a esta rexa, que cae a la calle, y de allí veré si viene, que, desde que le descubra la vista a la entrada de la calle hasta que entré en casa, hay tiempo para guardarlos y subirnos a mi cuarto.

»Con esto se puso a la rexa, y Gerarda no estaba ociosa, que a toda priesa iba leyendo los papeles, tan ocupada en ello, que mi prima, desde el lugar donde estaba, pudo notar de su curiosidad recelosa, las acciones de su rostro, mudándole de mil colores, al passo que iba leyendo los fingidos favores de cada papel. Dexó mi prima de ser centinela de mi no esperada venida, al tiempo que Gerarda estaba leyendo el último papel, que era cubierta del hermoso retrato y entre las dos vieron en él estas razones, que, por quedarme en la memoria, os las diré:

»Esta copia de quien os adora va donde el alma de su original assiste; déxame envidiosa en que goce más tiempo de vuestra compañía que de su dueño. En su igual semblante, manifiesta mi firmeza para consuelo de lo que siento el no teneros siempre presente. Os pido correspondáis a la obligación de su visita pagándola con otro retrato vuestro, que, en conformes voluntades, no quiero que me quedéis a deber fineza, quando es excesso en mí el anticiparle a hacerlas. Dios os guarde más que a mí. Vuestra hasta la muerte.

»Con este papel no pudo Gerarda más con su disimulación, sino que, manifestando su encubierto amor con la punta de los celos, comenzó a suspirar sentándose en una silla con el papel y retrato en la mano, dexando admirada a mi prima cuanto contenta de esta acción que veía. Preguntóle qué tenía, y ella, comenzando a derramar algunas lágrimas, que no hay duda sino que serían finísimas perlas, dijo:

»-¡Ay amiga, cuán mudables nos llaman los hombres, y cuán poca firmeza tienen!

»No se dió mi prima por entendida de la razón, y preguntóla que a qué fin decía aquello. Mas Gerarda, dando más profundos suspiros, dixo,:

»-Nunca pensé que Lisardo se cansara tan presto de una impressa que intentó; culpo a mi poca dicha y a su facilidad.

»Persuadióla mi prima que le declarasse aquellas preñadas razones que la oía, assegurándola que, en cuanto fuese de su parte, la ayudaría como verdadera servidora suya.

»-¡Ay, amiga mía -dixo Gerarda-; ya llega tarde vuestro favor, cuando la correspondencia de vuestro primo está tan adelante, que no será quien es, sino la conserva! Yo he visto en estos papeles haber echado muchas raíces en su empleo porque, cuando una mujer se dispone a manifestar tantas finezas, no hay duda sino que tiene satisfacción de que es querida con exceso y que tiene seguridad de su amante. Pensé que Lisardo era como todos o los más hombres cortesanos, finos en lo aparente y falsos en lo interior; mas estos papeles desmienten mi necia sospecha; del buen gusto de Lisardo infiero que le habrá puesto en quien se le merezca y le pague su voluntad; Dios se la conserve. Y vos dadme licencia, que quiero irme a mi posada, que no me siento buena.

«Porfióla mi prima en que se había de declarar más con ella, y tanto la persuadió, que la dió parte de lo que conmigo había pasado desde el día que la saqué del río, hasta haber dexado de visitar a su madre; cosa que ella atribuía a estar tan prendada mi voluntad, como lo aseguraban aquellos papeles.

»Prometióla mi prima saber de raíz esta afición y, si gustaba, afear mucho el haber tenido tan poca perseverancia en servirla, mereciéndolo tanto sus partes, para ver qué hallaba en mí, y si veía muestras de no tener muy fija mi afición, acabar conmigo que volviese a servirla.

»Agradecióle Gerarda el ofrecimiento; pero pidióla que no intentasse nada de lo que la ofrecía, porque no pensase que había salido della, pues vela cuán mal le estaba a su reputación.

»-Yo me ofrezco -dixo mi prima-, a saber esto por buen camino, sin que perdáis nada; lleváos el retrato, que yo lo consiento, para que, con su pérdida, tenga Lisardo ocasión de darme pie para saber su empleo y darle intención para que os vuelva a servir.

»Vino Gerarda en lo que mi prima ordenaba, aunque lo había rehusado antes y así se despidió della, y se fué a su casa no muy gustosa, si bien habiéndola declarado su voluntad.

»Llegué yo a casa de mi prima en compañía de mi amigo, y de su boca supimos todo lo que aquí os he dicho, con que yo estaba el hombre más ufano de la tierra. Conferimos los tres lo que se debía hacer, y de la junta salió que lo dexásemos en este estado, hasta ver qué hacía Gerarda, la cual el siguiente día envió a decir a mi prima, que aquella noche no se había sentido buena, y que por esto se quedaba en la cama, que la fuese a ver, para divertir su indisposición con la vista de tan buena amiga. Dióme parte del recaudo, y propuso verla aquella tarde y que yo fuese por ella, habiendo, de propósito, héchole falta el escudero. Hízose así y fuí a casa de doña Theodora y, con su licencia, subí arriba entrando en el aposento de mi Gerarda.

»Recibióme doña Theodora muy afablemente diciéndome:

»-Cierto, señor Lisardo, que, a no estar vuestra prima aquí, no sé cómo recibiera en mi casa hombre tan desconocido y ingrato a la voluntad que en ella le tenemos.

»-Yo soy el que he perdido gozar tanto favor -le dixe-, si bien no ha faltado de mí el conocimiento de lo mucho que os debo, pero eso pagan los desseos que tengo siempre de serviros, desseando muchas ocasiones que los experimentéis.

»-Esso de cumplido de palabras-dixo Gerarda-, es lo mucho el señor Lisardo; así lo fuera de obras.

»-Huélgome -dije yo volviéndome a ella-, que estéis, hermosa Gerarda, en estado de decir pesadumbres, que es señal cierta que vuestra indisposición no es de peligro.

»-No os ofendo -replicó- en acusaros con tanta verdad y razón.

»-Confieso -dixe yo- que no la he tenido en lo poco que he acudido a serviros. El conocimiento de mi yerro me solicite el perdón, y vamos a lo más importante, que es saber qué haya sido vuestra indisposición.

»Allí me dió cuenta Gerarda della fingiendo haber tenido un grave accidente la noche pasada. Pero lo cierto fué la mala tarde que la dimos con los fingidos papeles y retrato. Dexóme asegurar Gerarda estando yo hablando con su madre, y dixo a mi prima:

»-Páreceme, señora amiga, que no habrá echado menos vuestro primo el retrato.

»-Mal lo, sabéis- dixo ella-; ha estado hecho un león, con su criado, a quien echa la culpa de que haya faltado.

»-¡Ay desdichada de mí -dixo Gerarda-, volvámossele, que a él y a mí nos ha hecho daño la no conocida copia!

»-Dexalde estar, si os importa -replicó mi prima-, que yo podré poco, o le sacaré del pecho el original, y no haré mucho, porque yo presumo que no está con muchas raíces el empleo.

»-Esso será -dixo Gerarda-, por ser de mudable condición.

»-No es -dixo mi prima- sino porque, o yo me engaño, o éste ha sido despique de vuestros desdenes.

»-Nunca los recibió de mí -dixo Gerarda-; mas decidme si de esse se ha quexado.

»-No hemos llegado a tanto, pero desseara mucho divertir a vuestra madre, para que Lisardo hablara con vos, que lo dessea -dixo mi parienta.

»Con esto se quitó del lugar donde estaba sentada y, con achaque de que hacía calor, se passó a otra silla, que caía cerca de una ventana diciendo a doña Theodora, que se passase a otro asiento cercano al suyo, para que gozassen del fresco. Hízolo assí, con que me dieron lugar para que me passase al que había dexado mi prima, que era la silla de la cabecera de la cama y, viéndome allí, dixé a Gerarda estas razones:

»-Nunca entendí de mi corta suerte, que me diera el lugar que a solas gozo en vuestra presencia, ¡oh, hermosísima Gerarda!, al tiempo que experiencias de vuestra severidad, me tienen aun con temores de enojaros con mi visita que, el presumir esto, ha sido la causa que me ha obligado a no acudir a recibir merced desta casa, como antes. El mismo soy en la voluntad de serviros que hasta aquí, que en mí, viviendo vos, no puede haber disminución en ella, ni quiebra en la fe con que os amo. Mi silencio ha procedido de vuestro recato, en favorecerme con presuponerse que mi intento siempre fué endereçado al honesto fin de ser vos mi esposa. Y si deste pensamiento he faltado, castigüeme el cielo.

»-Bien creo, que otro sujeto, ya que no el vuestro, que juzgo inclinado a favorecer a otro más dichoso que yo, moviera mi asistencia y amor, a serle correspondido, pero conociendo en vos lo que valéis, y en mí tan pocos méritos, disculpo el mal pago que me habéis dado, si más antigua voluntad tienen echadas mayores raíces que la mía.

»Aquí di fin a mi discurso, cuando Gerarda, viendo que mi prima entretenía a su madre de suerte que no nos podía oír, incorporándose en la cama, me dixo:

»-Señor Lisardo; toda cuanta alabança dais a mis pocas partes y el conocimiento que significáis tener de ellas, os culpan más en lo que pretendéis disculparos, pues si valgo lo que me encarecéis, esso mismo os sirva para que os persuadáis, a que, mereciendo lo que decís, debiera ser mayor vuestra asistencia. Muchas experiencias ha de hacer una mujer con un hombre que se confiessa aficionado della, para començar a persuadirse que son verdades las que le significa, pues estamos en tiempos que se usan poco, y por esso vemos tantas flaquezas en aquellas que se han dexado llevar de las lisonxas. Confieso que desde el primero día que os declarastes conmigo en el papel que vi vuestro,

comenzárades a conocer en mí el agasajo que piden vuestros merecimientos; mas tuviera poca estimación para con vos, si en mí hallárades esta facilidad; y cuanto más obligada de vuestro socorro, que ahora y siempre reconoceré, tanto más me convenía a mi opinión, el mostrarme huraña a vuestros ruegos; que, conseguido el honesto fin, los amantes no les pesa de haber hallado estas resistencias que les han hecho sus damas, antes la estimaban en más que si las hallaran fáciles. Esto os puedo responder a las que me imputáis de severa para mi abono, pero lo cierto es que, ni mi encogimiento ni vuestra sospecha, de que favorezco a otro galán, que eso es falso porque yo a nadie me inclino, os ha hecho retirar de lo que emprendiste, si no amante, sino el serlo de quien, sin tanto recato, os debe de haber favorecido; defecto que, al fin de la correspondencia, conoceréis vos bien para menos estimación suya.

»En estas razones eché de ver lo que habían obrado los papeles y retrato, contentísimo de que hubiesen surtido el efecto para que se fingieron y, para sacar más luz de lo que sentía, le dixe:

»-Nunca, cuando intento servir en parte que me está bien aunque hallen repugnancia mis persuaciones, busco luego el despique, hasta que el largo tiempo o el breve desengaño me curen; y así, lo que de mí sospecháis, con manifestaros mi condición, que es ésta, os he respondido.

»-Eso fuera, a ser verdad lo que me decís -dixo Gerarda-; pero, aunque Madrid es grande, ni tenéis tan cerrados los ojos de los curiosos, que algunos no hayan penetrado secretos que vos pensáis, que están ocultos.

»-Tal vez se engañan los más perspicaces, como en lo que me decís; porque no siento que ninguno haya visto de mí, cosa que aquí la negara.

»-Sois tan cortés,-replicó ella-, que juzgárades a grosería el confesar sin tormento delante de quien habéis solicitado, por la regla general, que no es cordura, alabar a ninguna dama delante de otra, ni manifestar el empleo en presencia de quien se ha pretendido. Con certeza sé -dixo Gerarda-, de buen original que amáis y sois correspondido y esto sin que me haya costado algún cuidado el saberlo.

»-Más, bien me estuviera -dixe yo-, que le hubiérades tenido de favorecerme que de saber cosas que no son verdaderas.

»-No quisiera yo que lo fuera tanto -replicó-, porque os habéis acreditado para conmigo de poco perseverante, como de mucho para con la dichosa que os ha merecido y ya adquiere así el nombre de dueño de vuestra voluntad, como la opinión de excederme en partes, pues esto se ve que os ha llevado de mi dominio al suyo.

»Viendo que en esta razón se me había declarado tanto, ufano con lo que le vía y casi fuera de juicio, de contento, la dixe:

»-Hermosísima Gerarda, presumid lo que fuéades servida, ora por conjeturas, ora por averiguadas experiencias, que yo soy vuestro y lo seré mientras mi vida durare, desseando que sea muy larga para llamarme siempre esclavo vuestro. Lo que os puedo asegurar es que no he puesto los ojos en cosa que me dé cuidado, sino en vos, que os he elegido por dueño de mi alma.

»Aquí, ¡oh caro amigo!, se encolerizó de manera Gerarda que, mudado el semblante y perdido el color de su rostro, no acertaba a hablar, pero cobrándose, dixo:

»-No quisiera, mentiroso caballero, estar en la parte que me veis para responderos, con volveros las espaldas, y de esta suerte fuera, que no me viéades la cara más en vuestra vida. Ahora me afectáis lisonjas y ponderáis encarecimientos, cuando estoy cierta que es falso todo. ¿Podéis negarme que el dueño de este papel y retrato que tengo aquí no es servido de vos y que, lo que escribe, no manifiesta assentada correspondencia, y pagada voluntad? Haréisme mucho gusto en iros sin darme disculpa alguna y llevaos esas prendas que yo las he guardado para confusión vuestra y escarmiento mío, en no creer a nadie ni encarecimientos, ni muestras de voluntad pues sé que todo es fingido en estos tiempos. ¡Qué necia me hallara si hubiera dado crédito a vuestras lisonjas para que hiciérades donaire de mí en la presencia de la que traéis estampada en el alma y copiada en el naípe. Volvedla a vuestro poder y tened más cuidado con vuestros papeles, que el cielo dispuso que yo los leyesse en vuestro aposento con beneplácito de vuestra prima, para que conozca que, si en vos hay este trato, le deben de tener todos los hombres.

»No os puedo encarecer, amigo, cuál me hallé con estas razones de Gerarda: por una parte contento de ver cuán bien habían obrado los celos con ella, y manifestado su encubierto amor; por otra, pesaroso de verla enojada y en parte donde no la podía satisfacer, por estar casi a la vista de su madre. Sólo lo que pude decirle fué:

»-Dueño mío, que lo habéis de ser si tengo dicha que os satisfagáis, no puedo ahora disculparme con vos como quisiera cuando tan enojada os veo; pero antes que se vaya mi prima, os suplico la deis cuenta de lo que os ha pasado conmigo, que ella os dirá lo que hay acerca de los papeles y retrato que habéis visto y asimismo que el dueño del retrato no le conozco.

»No quiso oírme más razones Gerarda volviéndose al otro lado de la cama con estraño enojo; con lo cual me levanté de la silla y dixé a mi prima que la llamaba Gerarda.

»Entréme en el balcón con su madre y procuréla entretener, en tanto que las dos amigas tuvieron un largo coloquio acerca de lo que había pasado. Satisfízola a Gerarda mi prima en cuanto pudo, diciendo la verdad del caso y cómo se había tragado con beneplácito suyo, para saber lo que había en su pecho, que la verdad era, que yo la quería entrañablemente y andaba fuera de mí viendo cuán severa se me mostraba, temeroso de que favoreciesse a otro galán.

»Por una parte se holgó la hermosa Gerarda de lo que a mi prima oía y por otra le pesaba de que le hubiesen conocido por sus celosas acciones su afición, y así la dixo que ya

que su traça les había salido como dessearon, por no hallarse segura de que yo no estuviese algún empleo, la pedía que le fuese verdadera amiga para solicitar que yo no me divirtiese en parte alguna, más que en servirla a ella. Assí se lo prometió mi parienta, con que cessó la plática, y, llamándome para despedirnos, tuve ocassión de pedir a mi dama perdón de la estratagemata que había usado, el qual, alcancé della y en muestra de que era assí la besé una de sus blancas y hermosas manos, con gusto suyo.

»Desde aquel día quiso mi buena fortuna darme prósperas dichas, favoreciéndome Gerarda con muestras de grande amor, assentándose entre los dos una amorosa correspondencia dirigida al casto Himeneo. Vímonos muchas veces en casa de mi prima, donde, con la presencia de Gerarda, se me aumentaba el amor, mas esto no sin la pensión de recelos, que no me faltaban de la frecuencia de don Fadrique de Peralta en su calle, aunque no podían asegurar los temores la voluntad de Gerarda, junto con sus favores, para entender que ya era el elegido.

»Vino el esposo de mi prima de su jornada, con que yo me volví a casa de mi padre y assí había menos ocasiones de vernos, cosa que yo sentía en extremo. Consolábamonos con ir yo a casa de Gerarda de cuando en cuando y con escribirnos cada día, siendo terceros de estos papeles una criada suya y un criado mío en quien habíamos hallado fidelidad.

»Seis meses había que duraba la amorosa correspondencia entre los dos sin decaer yo de la desgracia de mi Gerarda ni ella dexar de favorecerme con muchas veras en lo que lícitamente, sin ofender a su reputación, podía, hasta que la fortuna, cansada de favorecerme, ordenó para desdicha mía, que se ofreciesen en Madrid unas fiestas por la venida del Príncipe de Gales, en que se hizo un solemne regocijo de toros y juego de cañas, entrando en él la Majestad de nuestro Rey y Señor.

»Para ir a verle se conmovió toda Castilla la Vieja, Andalucía, y Reino de Toledo. De aquella Imperial ciudad, cabeça suya, vino con otras la dama aquella cuyo era el retrato, que nos manifestó la encubierta afición de Gerarda. Con ésta se correspondía don Claudio, aquel amigo y consejero mío, aunque no muy apretadamente; si bien, un tiempo que asistió él en Toledo fué favorecido de ella con muchas veras, mas en aquél, sólo había una correspondencia de papeles entre los dos. Llegó el día de las fiestas, en el qual Gerarda tuvo balcón en lo mejor de la plaça con su madre y otras amigas, y esta dama de Toledo se le había buscado don Claudio muy cerca del suyo, convidándome a mí para él, a donde fuí sin saber que estuviese tan cerca del de Gerarda. Ella, que era curiosa y amiga de ver, como las mujeres, no dexó balcón de los convecinos que no mirasse con atención y curiosidad, por notar la belleza de las damas que los ocupaban, ta gala de sus vestidos y la bizarría de sus tocados. Acertó a poner los ojos en el balcón de don Claudio y vió, a aquella dama al tiempo que yo estaba hablando con ella en cosas de Toledo, y ella, muy atenta a mi plática, y como tuviese en su idea vivas las especies que había concebido de su retrato, luego la conoció, y al verme a mí con ella, la causaron tales celos que, sin poder disimular con su madre y amigas, se quitó del balcón y, fingiendo un repentino accidente, se echó en una cama que había en aquella pieça, perdido el color de su hermoso rostro, dando muchos suspiros, cosa que puso con cuidado a su madre y amigas y les aguló el gusto con que vían los toros y regocijo.

»Acabóse la fiesta y, al volverse las damas y Gerarda a casa, llamó a un paje de una prima suya a quien, dando las señas de la casa, rogóle mucho que supiese qué personas habían estado en el segundo balcón de ella, y si yo había estado siempre con ellas y que, si era possible, las procurasse seguir en particular a una cuyas señas le dió, como quien tan bien las tenía en la memoria. Fué el paje tan solícito en servir a la celosa Gerarda cuanto dañoso para mi empleo, pues su demasiada solicitud me cuesta hoy todo mi dessasosiego y de dexar ahora mi patria. Finalmente él estuvo en el mismo balcón y reconoció a cuantos en él estábamos y, al irnos a la posada, nos fué siguiendo de suerte que, vió meterme en el coche con la dama y sus amigas, juntamente con don Claudio, y en sabiendo la casa donde paramos, que era en la de un pariente de la forastera dama, fué con su aviso a la presencia de Gerarda, a quien dió cuenta de todo, sin olvidársele circunstancia alguna por decir, con que la dama quedó hecha un volcán de celos, fulminando injurias que decirme, oprobios que hacerme y quejas que dar a mi prima de haberla engañado. El siguiente día se vió con ella, a quien dió Gerarda cuenta de lo que había visto y assí mismo de como yo había entretenido la tarde con la dama del retrato, cosa de que se admiró mucho, no disculpándome como otras veces por no saber la verdad del caso. Essa misma tarde fuí a ver a Gerarda, sabiendo que estaba allí mi prima para venirla acompañando, y, al tiempo que entré en casa de Gerarda, fué en ocasión que estaba su madre en visita con un deudo suyo forastero, y assí tuve lugar, siendo llamado de mi prima, de entrarme en otra pieça más adentro donde estaban ella y Gerarda y, antes de preguntarla por su salud, me dixo llena de cólera y enojo estas razones:

»-Nunca entendí, engañoso Lisardo, que con las mujeres de mi calidad, olvidado de la vuestra, usárades el doble trato que he averiguado de vos; es buen modo de granjear voluntades tener la vuestra repartida en dos partes, engañando a quien os tiene creída la fé que mentís y las firmezas que publicáis. Yo me tengo la culpa de haberme creído de vos, cuando indicios de vuestro empleo, me pudieran hacer más temerosa y menos fácil; cuando no hubiera ayer traído de la fiesta más que el desengaño de vuestro término y mal proceder, había hecho mucho para mi opinión. Gracias al cielo que no os podréis alabar de muchos favores míos, pues siempre han sido con el recato que a mis obligaciones debo. Lo que os suplico es, que todos mis papeles os sirváis de enviármelos que no es razón que tenga conceptos vivos quien tiene la voluntad tan muerta. Esto ha de ser sin excusas, que yo os perdono lo que podéis presumir, en cuanto al imputaros de grosero en la entrega pues cuando de por medio se aventura mi reputación todo lo debéis posponer, fuera de que sé, que en vuestro poder están violentos, sino agraviados de que quizá estén en la parte de los de la dama del retrato, cuyo empleo gocéis largos años.

»Y diciendo esto se entró en otro aposento, cerrando tras de sí la puerta, sin ser possible ruegos de mi prima acabar que abriese hasta que de cierto supiera que yo era ido. Aquí entró luego la reprehensión de mi parienta, culpando mi poca firmeza y el haber engañado a Gerarda poniéndola a ella en peligro de perder su amistad por mi causa, siendo también engañada. De nuevo la di entera satisfacción de que la dama del retrato era de Toledo y dueño de don Claudio y que, siendo menester a uno y a otro, les haría confessar la verdad en presencia de Gerarda. Con esto parece que se satisfizo mi prima algo, que no estaba menos enojada que mi dama.

»Díxome que, porque su madre no sintiese este disgusto, me fuese luego de allí que ella procuraría darla satisfacción a sus celos y me diría después como la deseaba. Obedecíla, yéndome sin que doña Theodora me viese, y, luego mi prima hizo que Gerarda abriese la puerta del aposento donde se había cerrado a quien halló echada sobre la cama, toda bañada en lágrimas. Procuró consolarla queriéndola satisfacer por mí; mas a esto se incorporó en la cama y con increíble enojo la dixo:

»-Amiga: a lo pasado no hallo ya remedio; para lo porvenir, os suplico hagáis dos cosas por mí: la una que me cobréis mis papeles de vuestro primo, y la segunda que en ninguna ocasión no le habéis de tomar en la boca. Esto es si gustáis de conservar mi amistad, ya que a vos no puedo con razón culparos, pues que habéis sido engañada dél como yo.

»De nuevo quiso mi prima satisfacerla, con decirle que estaba engañada en lo que había presumido de mí y ofrecerse a darla satisfacción bastante; mas no la quiso oír y así por entonces dexó aquella plática con notable cuidado y pena por la que veía tener su amiga y por la que a mí me había de dar. Acabóse la visita de doña Theodora; Gerarda fingió haberla dado un vaguido para disimular su pena, con que se quedó en la cama. Hízose hora de volverse mi prima a casa donde yo la estaba aguardando; dióme cuenta de todo lo que había pasado con Gerarda y de la resolución que tenía de no verme más en su vida con lo cual yo estaba que perdía el juicio.

»Ocho días se passaron sin verse las dos amigas y en cada uno dellos enviaba Gerarda recados a mi prima para que sus papeles se le volviessen, amenaçándome que, si no lo hacía, me había de costar muy caro; pero yo no estaba en obedecerla, antes en procurar mil modos para darla satisfacción a lo que me imputaba, mas ninguno hallaba. Consolábame con passar por su calle las noches y tal vez verme con su criada de quien me informaba cuán en su punto estaba su enojo.

»En este tiempo don Fadrique de Peralta no dexaba de asistir en su calle y darla músicas, cosa con que me daba notables celos; y tal vez estuve determinado a acuchillar a él y a sus criados; tan picado me tenía el retiro de mi Gerarda. Dióle a su madre una enfermedad grave, de que murió dentro de ocho días. Halléme en su entierro y, passados otros ocho, parecióme, consejo de mi prima, que sería bien darle el pésame a la hermosa Gerarda, y así fuí a su casa en ocasión que estaba sola. Entró un escudero a decirle que estaba allí y sin mirar lo que podía el mismo presumir del caso, atrevióse a hacer un desprecio de mí, que fué decirle al escudero que me dixesse que no estaba en disposición de recibir mi visita, por hallarse indispuesta; que la perdonasse. Díxomelo así el criado, con que me dexó perplexo su resuelta voluntad, y así me dispuse contra su gusto a entrarme en la sala de su estrado, mas a penas ella me conoció desde donde estaba sentada, cuando, sin aguardar a oírme palabra alguna, se levantó de su asiento y se entró en otra pieça, cerrando tras sí la puerta, y de allí dentro me dixo:

»-Señor Lisardo; ya os he suplicado que no os canséis en verme, que será escusado. No soy de las mujeres que se dexan engañar dos veces; basta una para quien bien siente como yo.

»Dexáronme sin sentido las rigurosas razones de la enojada dama, de modo que no pude por un rato volver en mí, y, pareciéndome que dar voces en casa ajena era publicar con mi desprecio nuestros amores, reventando de pesadumbre, me baxé por las escaleras dexando bien sospechoso al escudero con lo que me había visto.

»Fuí a casa de mi prima, donde pude descansar, dando mil suspiros, queixándome de la crueldad de Gerarda, de mi poca dicha y de su engaño. Consolóme mi parienta y prometióme afejar a Gerarda el desprecio que de mí había hecho, pero a ella se le dió muy poco de todo, aunque se lo dixo volviendo a instar que se le habían de dar sus papeles, o que ella los habría de modo que a mí me pessase, con lo cual, y el volver mi prima por mí, tuvieron las dos algunas razones pesadas por donde no se hablaron de allí adelante tan amigablemente.

»Dentro de un mes que esto passó supe como don Fadrique andaba muy solícito en servirla, y que había tratado con un tío de Gerarda su casamiento; nuevas fueron éstas que me hicieron acabar de perder la paciencia. Víale muy puntual en la calle de día, y de noche, con que me asseguró el creer que con gusto de Gerarda se trataba el casamiento. Escribíla un papel queixándome en él de sus sin razones y olvido y satisfaciéndola de nuevo de sus sospechas; mas apenas se le dió su criada cuando le hizo pedaços sin ver letra dél. Con esto ya podéis, amigo, juzgar cuál estaría; ni comía, ni dormía, ni sossegaba un punto; huía de las conversaciones de manera que mis amigos sentían esta novedad y me lo decían, y yo me disculpaba con que, pretensiones que tenía, me estorbaban el comunicarlos.

»Un día me encontré con Lucrecia, la criada de Gerarda, y díxome como la noche antes se había ofrecido hablar en mí y la había preguntado su ama si me había visto, a quien respondió que no, para ver lo que decía y que le volvió a decir dando un pequeño suspiro:

»-Debe de estar ausente.

»Parecióme ser esta ocasión para verla la noche siguiente, atreviéndome a todo lo que me viniесе, por sólo tener ocasión de satisfacerla a boca despacio, y assí, haciendo un presente a Lucrecia, aquella tarde la rogué que me abriese la puerta sin decir nada a su señora. Ella que deseaba verme vuelto a su gracia, obligada del donativo, se ofreció a hacer lo que le pedía, y assí concerté mi venida, señalando la hora que era a las diez. No me descuidé, que a las nueve y media estaba en la calle sólo con mi espada, y broquel. Era la noche obscura y lluviosa de suerte que, a penas se conocían los bultos de la gente; mas aunque era assí, pude conocer en la calle a don Fadrique. Mi competidor hablaba con un criado suyo mandándole cierta cosa que fuesse a hacer, que, a lo que pude oír, parábase en querer dar una música a Gerarda.

»Partió el criado de su presencia y yo me quedé diez passos desviado de las rejas de la casa de mi enojada dama, con lo que le puse a don Fadrique en cuidado para no se quitar de la calle cosa de veinte passos de donde yo estaba. Assí nos estuvimos más de una hora, con que me tenía apurada la paciencia, y pareciéndome que, si no le deslumbraba su sospecha, no se iría de allí, di la vuelta por otra calle para volver por la parte donde

estaba. Era el rodeo largo y, cuando volví al puesto, ya no estaba mi competidor en el lugar que le había dexado. Acerquéme debaxo de las rexas de Gerarda que eran baxas y assistía en aquel cuarto. Púseme a escuchar lo que dentro se hablaba y oí la voz de un hombre dentro, que me pareció ser don Fadrique, cosa que me puso en notable cuidado. Escuché con más atención pero no pude percibir lo que hablaban más de oír la voz y certificarme, según mi parecer, ser de mi competidor, con lo cual, y no ver que Lucrecia salía a la ventana, me deshacía teniendo el pecho lleno de mis temores y recelos. Oí las once y tres cuartos para la media noche y queriendo dar un silbo para ver por si Lucrecia salía a abrirme, llegó a este tiempo un hombre a la puerta de Gerarda, el cual llamó con algún recato que juzgué más a cuidado de ser avisado que llamasse assí, que a recelo de haberme visto. Apenas tocó la puerta cuando fué abierto. Yo, que por salir de mi sospecha como por ver la ocasión tan a mano, entréme tras él. Era Lucrecia la que había abierto y assí como me conoció me dixo:

»-Señor Lisardo, ¿dónde vais? Mirad que no podéis hablar esta noche a mi señora.

»Con esto certifiqué ser verdad mi temor y, sin oírle otras razones que me decía, con el enojo y los celos que llevaba, me entré en la pieça del estrado a pesar de la resistencia de Lucrecia. ¿Qué os diré, amigo? No sé con qué razones os refiera mi desdicha y la poca firmeza de Gerarda, pues en todo el tiempo que la serví, nunca merecieron mis desvelos y finezas el premio que en cuatro días el venturoso don Fadrique. Teníale la ingrata en sus faldas, y él regalándose con una de sus blancas manos, que ponía en su boca. A un lado de la pieça estaba puesta una mesa con mucha curiosidad que aguardaba la cena.

»No puedo significaros con razones el enojo, la rabia y celos que de ver esto concebí y assí, llevado del impulso de la cólera, tal suerte me cegué que, sin reparar en nada, sacando la daga, acometí a don Fadrique tan prestamente, que no le di lugar a levantarse. Tres veces bañé el acero con su sangre, con que le dexé revolcándose en ella por la tarima del estrado, y, queriendo quejarme a Gerarda de su ingratitud y doble trato, no pude por verla desmayada del susto que la di, tendida a otra parte de su estrado. Dió voces Lucrecia y el criado que había entrado, y, pareciéndome no estar seguro en tal lugar dexando muerto a don Fadrique, me salí de casa de Gerarda, yéndome a la de mi padre, a quien di cuenta de lo que me había sucedido con lo que les puse en notable aflicción; pero, considerando que a lo hecho no había remedio alguno, me sacó de un contador todo el dinero en plata y oro que al presente se hallaba y tomando dos rocines andadores de su caballeriza, me partí acompañado de sólo un criado, con ánimo de no parar hasta llegar a Valencia.

»Esto es amigo lo que me ausenta de mi patria conociendo cuán poco hay que fiar en mujer alguna, pues, la que más publica ser firme, con cualquier disgusto, se muda despiciéndose con otro empleo; no juzgara tal de Gerarda habiendo estado tan dudosa en determinarse a favorecerme.»

Consoló don Félix a su amigo Lisardo, y prometióle no dexar su compañía hasta ponerse dentro en Valencia, porque se asegurasse más de la justicia. Agradecióselo Lisardo con

cortes y amigables razones y, siendo hora de caminar porque ya el sol iluminaba el occidente, se pusieron todos a caballo, tomando el derecho camino de Valencia.

LIBRO SEGUNDO

Con la escasa luz que prestaba el mayor de los planetas a su hermana Cinthia, caminaban los dos íntimos amigos Lisardo y don Félix su jornada, yendo Lisardo imaginativo y suspenso sin ser parte la compañía de su amigo para divertirle su pena; tanto sentía el mal pago de su ingrata Gerarda. Muchas consolatorias razones le decía don Félix: pero todas eran en vano, que, como experimentaba mal pago de su voluntad y menosprecios de firme fe, era sin efecto cualquier consuelo. Esto le obligó a admitir la compañía de don Félix hasta Valencia, pero si ella le sacase del alma parte de la pena con que padecía, sin saber que don Félix no la llevaba menor que él, como se dirá adelante. Muchos medios intentó el bizarro soldado para divertir a su amigo, ya contándole sucesos de Flandes en la guerra, ya empleos amorosos en aquellos países: pero, acabados los discursos que sobre esto hacía, volvía a quejarse de su agravio, y a lastimarse de su corta fortuna. Traía consigo Lisardo un criado llamado Negrete, que en todos sus amores siempre fué su fiel Achates, y el archivo de sus más ocultos secretos. Era hombre bien entendido, de gracioso humor, músico y poeta, Este, pues, viendo la melancolía con que caminaba su señor, y que el verle con ella obligaba a seguir su humor los que le acompañaban, quiso con el bueno que siempre gustaba, que se entretuviessen un rato siquiera para divertimento del sueño que acompañaba las más veces a los que caminan de noche. Y así pidiendo licencia a su amo, que se la dió, más a ruegos de su amigo don Félix, que por su voluntad, afirmándose en los estribos, por sacar fija la voz con sonores acentos, cantó este romance:

Niña del color trigueño,
la de los ojos azules,
oficina de la estafa,
y taller de los embustes.

La que desde su mansión,
no hay bolsa que no saludes,
faltriquera que no emprendas,
ni talego que no aruñes.

La de tía duplicada,
que, los que tu amor conduce,
como a cruz de mortuorio,
se hallan siempre entre dos luces.

La que a todo forastero
conoces por las vislumbres,
y le traes boquimuelle,

por hallarle boquidulce.

La que de sonora voz
se hapreciado aunque te culpen,
que los acentos de daga
en toda bolsa retumben.

Yo que topé tus traiciones
primero que tus virtudes,
con licencia de agraviado
publicaré tus costumbres.

A los piélagos de Venus
piscatriz cosaria acudes,
donde tu anzuelo amoroso
prende arenques como atunes.

Hoy te pagas de plebeyo,
y mañana del ilustre,
como en metal roxo y blanco
armas traigan, traigan cruces.

Ahora hablarás a un sastre,
y luego admities a un duque,
confundiendo los bordados
con los vulgares pespuntes.

Al que pródigo conoces,
tú dispones que le apuren,
con regalos tus despensas,
y con galas tus baúles.

Contra visitas de avaros,
en tu brasero introduces,
los pebetes del pimiento,
las pastillas del azufre.

Que viendo que por no dar
siempre de tus gracias huyen,
como a demonios los tratas
con adherentes perfumes.

Tu calidad española
perdiendo va de su lustre,
viendo que ya te cortejan
tantos humores Monsiures.

Lo encarnado del clavel
tu boca no lo produce
que ya magistrales traga,
porque marfiles escupe.

Y así cualquiera vianda
no la mascas si la muques,
aunque el fuego te la cueza
o el tiempo la papanduxe.

El que te trata ignorante,
o le mancas o le tuelles,
viniendo a sudar de espaldas
lo que ha pecado de bruces.

Sigue tus recetas Laura,
la zarça tiene virtudes;
si tú corraste sin ella,
nadie corre que no sude.

Si es tu salud como media
que por puntos se deszurce
en cada esquina hallarás
remendones de saludes.

Si no buscas el atajo
de la muerte, no los busques,
que son como amoladores:
más que adereçan, destruyen.

Pues se llega la Cuaresma
pon pausa a tus inquietudes,
y quien es congrio cecial
viva entre santas legumbres.

No, hipócrita, nos engañes
como muchos que se aturden,
siendo en lo aparente santos,
y demonios en el fuste.

A la ceniza y al llanto
aplica amorosa lumbré;
verás que un alma tizona
a colada la reduces.

Celebraron don Félix y, sus criados con grandes alabanzas el agudo y bien cantado romance con que Negrete los había entretenido, tomándole la palabra, de que, en lo que durasse el camino había de cantarles otros de aquel género, con que se prometían buen viaje. A todo esto no habló palabra alguna Lisardo; tan engolfado iba en sus pensamientos, que no atendía a otra cosa, sino a considerar, cómo pudo su ingrata dama negar obligaciones de tanto amor, y deudas de tanta fe y voluntad. Parecióle a don Félix exceso su demasiado imaginar, temeroso que esto le causase daño al juicio que, cuando una pena se está de asiento, pueden temer ruinas en él, y así, queriendo que en parte le sirviese de consuelo, y en parte de divertimento, le quiso dar cuenta de su cuidado y peregrinaciones para lo cual, pidiéndole silencio, comenzó así:

»-Determinado, ¡oh caro amigo Lisardo!, de venirme a España desde Flandes donde assistía, quise, a costa de gastar algunos meses en mi camino, no verla sin estar primero en el reino Parthenopeo, y ver las grandezas que dél oía en Bruselas, y así mismo la gran ciudad Corte del Santo Vicario de Christo, Vicediós en la tierra. Dispuse mi jornada, teniendo licencia de mi general, con la cual partí de Bruselas, con algunos dineros que bastaran para más largo viage, porque en el juego me había ido felizmente, y estaba de vuelta de más de cuatro mil ducados. Estuve en Nápoles, vi aquella hermosa y rica ciudad, sus templos y santuarios devotos: admiróme su grandeza, y ponderé sus edificios. Gobernaba entonces el Excelentísimo Duque de Alba, cuya prudencia y valor están iguales en él, granjeando el agasajo y alabanzas de lo noble y plebeyo de aquel poderoso reino, para ponderar perpetuamente cuán digno es el gran Toledo de ser premiado de su Rey, con ocupaciones de mayores cargos. Hízome su excellencia mucha merced, sabiendo quién era, y con su favor, hallé grande acogida en los Caballeros y señores de aquella ciudad, donde estuve quince días. Passé a Roma, y, querer contaros lo que en aquella gran Corte vi, fuera gastar largos episodios, prolixos discursos en mucho tiempo: allí estuve otros quince días. Partíme hacia el puerto donde estaban dos galeras que iban para Génova, y embarcándome en la una, tuve feliz viaje hasta aquella rica y opulenta ciudad, cuyos hermosos edificios, curiosas quintas, y hermosas damas me admiraron más que todo lo que había visto. Estas galeras habían de pasar a España en conserva de otras cuatro, y haciendo viento a propósito, no quise perder la ocasión, y víneme en ellas hasta Barcelona, sin sucedernos ocasión de peligro en toda la navegación. Desembarqué en aquel hermoso muelle, y, haciendo sacar mucha ropa, se llevó a una buena posada a que me guió un caballero genovés, que había venido embarcado conmigo. En ella descansamos cuatro días reparándonos del penoso naufragio que, aunque fué todo con viento próspero, las incomodidades de la galera se sienten después de saltar en tierra.

»Al quinto día de nuestra llegada, salimos por la tarde a ver la ciudad, y supimos que la más gente della salía al mar a ver embarcarse seis compañías de soldados que se habían levantado en el Principado de Cataluña, y passaban a Lombardía para guarnecer aquellos presidios. Estaba el muelle poblado de gente de a pie y a caballo y grande cantidad de coches de damas. Mi camarada y yo íbamos vestidos con galas de soldados lucidamente, de suerte que los más ponían los ojos en nosotros. Al anochecer, cuando nos veníamos a la posada, pasó por cerca de los dos una carroça en que iban unas damas, y a un estribo della se llegaron dos caballeros a hablar con ellas, pero no sólo no fueron admitidos sino

que con grande desprecio los despidieron de suerte que, cuando nosotros emparejamos otra vez con la carroça, pudimos oír estas coléricas razones a una dama:

»-Señor Iorge, baste el desengaño que tantas veces tenéis de mi prima, para no perseverar en cansaros y cansarla; suplícoos que escuséis empeñaros en estos lances, que no han de servir de otra cosa que de irritarla para que suceda alguna desgracia si da parte desto a su hermano. Terrible cosa es que queráis enamorar por fuerça a quien no os quiere.

»Aquí respondió el despreciado caballero, no menos colérico que la dama:

»-Cuando mis méritos no igualaran a la calidad de mi señora doña Victoria, mi amor la había de obligar a estimar los desseos que siempre ha visto en mí de servirla: estos no solamente no quiere conocer, para consuelo mío, sino que de mi vista se ofende de tal suerte que a todos manifiesta el desamor que me tiene y la poca estimación que hace de mí, con que vengo a presumir que tiene algún empleo que estima, y hace favores en sujeto más dichoso que yo, pero no más fino en querer.

»-Sea lo que fuere -respondió doña Victoria-, mi gusto no es que me sirváis y esto os baste por última respuesta.

»Y mandando al cochero que caminasse porque se había parado, él obedeció, mas cuando quiso partir, don Iorge, más encendido en cólera, metió mano a la espada y le amenazó que no se moviesse; pero él, haciendo más caso del mandato de su ama que del galán, dió del açote a los caballos para que partiessen, aunque fué para su daño, porque, habiendo en don Iorge puéstose la cólera en su punta, la picazón del desdén redundó en agravio del cochero, porque con la espada le alcançó en la cabeça, haciéndole una peligrosa herida, con que le derribó del caballo abaxo dando voces. Lo mismo hicieron las damas, viendo lo que el desalumbrado caballero había hecho, pidiendo favor. A este tiempo llegamos el ginovés y yo, y, sacando las espadas, el primero que se acercó a don Iorge fuí yo que le dixé:

»-No es cortesía, caballero, que queráis por fuerça ser oído donde no os admiten la voluntad; nunca se ha de violentar en quien se dessea servir, sino granjearla por suaves y blandos medios, porque jamás el amor quiso ser llevado por fuerça, que es un afecto el de querer que, si espontáneamente no se hace de inclinación, ni puede durar ni ser amor perfeto. Esto os digo en breves razones para que os reportéis y os sirváis de dexar ir a estas señoras a su posada, que sienten verse impedidas de vuestra violencia.

»Estuvo reparando don Iorge en mí un rato, por si conocía a quien le hablaba con tanto despejo, pero no conociéndome, me dixo no menos soberbio que descortés:

»-No sé yo, caballero a quien no conozco, quién os mete assí en impedirme mi gusto como en darme consejos, no siendo vos a quien toca ni defender estas damas ni el venir a aconsejarme, y assí tendría por cordura que os fuéssedes vuestro camino adelante sin buscar pesadumbres, que es fuerça tenerlas a emprender la execución de mi intento.

»-No llegué aquí, le repliqué, para menos que estorbaros que passéis con vuestra grosería adelante: estas damas os han pedido que las dexéis; eso mismo me mueve a suplicároslo como lo hago de nuevo, de no querer hacerlo, aunque a mí no me toque, está puesto en razón el ser de su parte que no obedeciéndolas habréis de tener la pendencia conmigo.

»Era bizarro el Caballero y, como yo le irritasse con esto, sacando la espada, me acometió ayudado de su compañero que era un amigo suyo. Lo mismo hizo el ginovés, y los cuatro nos començamos a acuchillar con muy bien aliento, sin que se hallasse nadie a ponemos en paz, por ser en parte sola de gente donde estábamos. Quiso la mala suerte de mi contrario, que yo le alcançase con una punta en el pecho con que le atravesé la espada, saliéndole por un costado. Lo mismo había hecho del otro mi compañero, con que los dexamos tendidos en el suelo, pidiendo confesión. El cochero, animándose cuanto pudo se puso a caballo, y partiendo a todo correr con su coche, salió de aquel lugar a una calle principal y, como si nada hubiera sucedido, se fué passo a passo hasta la posada de sus señoras, y nosotros, emboçados, siguiendo el coche. Al apearse dél las damas, llegué yo a quitarles el estribo diciéndole:

»-Hasta aquí, hermosas señoras, nos ha tocado el acompañaros, aunque a riesgo de que nos hayan conocido: mas todo se puede dar por bien empleado por haberos hecho este pequeño servicio, quitándoos de delante el penoso estorbo de aquel descortés caballero.

»Habló la primera doña Victoria y díxome:

»-No os sabré encarecer, señor, cuánto me ha obligado vuestro bizarro pro ceder; pero quisiera no hubiera sido tan a costa vuestra. Temo que os hayan visto; lo que os pido es que os pongáis en salvo, y de allí me aviséis donde estáis, preguntando por la casa de don Iaime de Cardona, que es mi hermano.

»Salió con esto del coche y a la luz de dos hachas que truxeron dos pajes para que subiesen a su cuarto, pude ver la mayor hermosura que mis ojos han visto, y, si bien no la igualaba su prima, era también hermosa. Dexóme la primera aficionado de modo que, a no temer el peligro de ser seguido de la justicia, la acompañara hasta su cuarto; mas esto me hizo despedirme dellas, prometiéndolas avisarles desde donde estuviessse. Pregunté a mi camarada qué podíamos hacer, y él me dixo, que, por si nos habían conocido, era lo más seguro retirarnos a un monasterio de San Francisco, donde estaba un religioso de su tierra, amigo suyo, que nos hospedaría en su celda, hasta tanto que supiésemos qué había sucedido de los heridos, y si se sabía quién los había acuchillado. Parecióme bien el consejo; y, assí le aprobé retirándonos al elegido monasterio, donde fuimos afablemente recibidos del conocido religioso, el cual hizo salir a un criado suyo a avisar a los nuestros en la posada, que acudiesssen allí con toda nuestra ropa. Otro día supo el religioso, cómo los heridos estaban de peligro, y que la justicia había ido a casa de don Iaime a prender al cochero, con quien había averiguado haber sido la pendencia, y no le hallando en casa, habían tomado sus dichos a doña Victoria y a su prima, las cuales dixeron, que sobre querer passar con el coche por donde dos hombres, que no conocían, estaban, le dieron una cuchillada, que le obligó a dexar la silla del caballo y que luego se trabó una rencilla sin saber quiénes fuesssen los della, ni por qué. Los heridos estaban en estado que no se

les pudo tomar su declaración, y así, por no hallar más información, aguardaban a su mejoría para saber el caso más de raíz. Con esto no nos determinamos a salir del Convento hasta ver en qué paraban los caballeros heridos. En tanto me pareció dar aviso a la hermosa doña Victoria, de la parte donde estaba, advirtiéndola este papel, que tengo bien en la memoria por ser el primero:

»Menos peligro de perder la vida tuviera en manos de la justicia, que retirado de vuestra presencia, hermosísima Victoria, pues juzgo que, aunque incurriera en delito de homicida, esperara clemencia de su tribunal, y no muerte en el amor si dura mi estada en este convento de San Francisco donde cada día que pierdo el veros, me cuesta de penas lo que no sabré encareceros. ¿Quién duda que no creáis esta recién nacida afición en el poco tiempo que pude haberos visto? Mas si consideráis vuestras partes, conoceréis que es mucha la batería que en mí han hecho. Si el haberos servido y el desear continuarlo merecieren que me favorezcáis con vuestra presencia, os suplico que os dignéis de venir aquí mañana a Missa. Quedo esperando recibir esta merced, aunque no la haya merecido lo poco que os he servido. El cielo os guarde.

»Llevó este papel un criado del Religioso con las señas que le dimos de la casa de don Jaime, juntamente con algunas advertencias acerca del recato con que había de darle. Sucedióle bien, porque, sin encontrarse con nadie que se lo estorbase, se subió hasta la pieza del estrado donde estaba la hermosa doña Victoria, a quien, por las señas que le di della, como quien ya las tenía estampadas en la idea, la conoció y dió el papel, diciéndola cuyo era. Holgóse mucho con él, según lo manifestó del semblante que notó el portador, y, después de haberle leído, le mandó aguardar la respuesta. Púsose luego a escribir, y ella misma salió sola a dársela en otro papel, que, puesto en mis manos con increíble contento, vi que contenía estas razones:

»Cumpliendo con las leyes de agradecida, respondo a vuestro papel, si bien con las de incrédula, me ajusto a pensar, que de vuestra cortesía puedo prometerme más que la acción pasada por servicio de cualquier dama, mas no por vuestro amor y la voluntad que me significáis. A corresponder con lo primero me dispondré a obedeceros, que en lo segundo hay mucho que considerar y más que inquirir, antes que llegue, a dar crédito a las que juzgo más por lisonjas de cortesano, que por verdades de amante. El cielo os guarde.

»Contentísimo me dexó el bien razonado papel, y con grandes deseos de que llegase el futuro día para verme con ella. Hízoseme aquella noche un siglo hasta que vi la luz de la mañana. Levantéme poniéndome un vestido de color de los más galanes y costosos que tenía entre algunos que había hecho en Nápoles; que en esto se la ganan a cuantos reinos tiene el Orbe con la ocasión de las muchas telas que allí texen.

»Vino, pues, la hermosa Victoria cerca de las once a Missa, en su carroça, acompañada de su prima que, a no venir a su lado, luciera mucho su belleza. Estaba avisado el criado que llevó el papel para decirles que mi camarada y yo las estábamos aguardando en una capilla retirada de las demás, donde se fueron después de haber oído missa. Venían las dos hermosas damas de emboço, y sin escudero alguno. Antes desto me faltaba de

deciros, como yo me había informado por el religioso ginovés de quién era esta señora, su calidad y partes, y supe ser doncella, y estar en compañía de su hermano, que había poco que heredara un rico mayorazgo por muerte de sus padres, y ella un cuantioso dote de bienes libres.

»Llegaron, como os digo, las dos damas a la capilla donde las estábamos aguardando siendo recibidos de las dos con mucho gusto, y después de haber tomado asientos y preguntándonos por las saludes, poniendo Victoria sus hermosos ojos en mí con agrado, me dixo:

»-No podréis creer, señor mío, que aún no sé vuestro nombre, con cuánta pena me tuvisteis hasta saber por vuestro papel, deste retiro, que me precio tan de agradecida, que lo hiciera ingratamente si este cuidado faltara en mí, cuando vuestro cortés término me dexó obligada con el riesgo a que os pusistes.

»-Beso mil veces vuestras manos -le dixe yo-, por el favor que me habéis hecho, y el que al presente recibo, confirmándole vuestra boca, que me tengo por muy dichoso, que a obligación tan pequeña haya satisfecho vuestro cuidado, pues ya me lo pone el haberle conocido por mi buena suerte. Suplícoos passe el agradecimiento adelante a pagarme la voluntad que me debéis y el desvelo que me costáis.

»-Dos cosas son las que decís -dixo ella-, que a ser verdaderas, no había para ellas paga, por lo que tienen de sospechosas me desobliga a no conocerlas por deudas, porque dudo que, donde hubo más lugar de demostraciones bélicas que de empleos de los ojos, haya hecho en vos mi vista esos efectos que me significáis; con más espera diérades mejor capa a vuestra lisonja, y a mí menos temores de que lo sea.

»-Agravio, me hacéis -repliqué yo-, en persuadirnos a que esto no es verdad, que sale del alma, baptizándola con el título que peor le está. Los soldados raras veces nos confessamos vencidos del amor, sin estarlo, porque dar gloria a quien no la alcanzó, nos parece descrédito de nuestra profesión, por escusar, si es posible, cualquier rendimiento porque no sea ensayo para lo verdadero en que cada día nos vemos. Pero quien conoce tan bien vuestras partes y mucha calidad, amable todo a todos, ¿qué mucho que se haya rendido tan de veras?

»-Vos los decís tan bien -dixo ella-, que cuando no tenga fundamento de verdad como lo he sospechado, muestra tal apariencia dellas, que ya me confieso obligada por esse camino, como lo estoy por el de la defensa vuestra, sin habéroslo merecido. Y para que veáis que quiero con fundamento escucharos, os pido que me digáis vuestro nombre y patria porque sepa quién es y de dónde, quien tanta merced me hace.

»-Mi nombre -dixe yo-, es don Félix, el apellido Vargas, y mi patria Madrid, que ya habrá de ser Barcelona, porque, donde assiste quien es de mi alma el dueño, esse es mi centro, mi tierra y habrá de ser eterna habitación.

»-Menos ponderativo os quisiera -dixo Victoria-, que sois de la Corte, y, como hijo suyo, se os habrá pegado el saber encarecer lo que no sentís.

»-Doce años ha que falto de mi patria -repliqué-; esos ha que assistí siempre en Flandes, tan connaturalizado en aquel país, que todo lo que de Cortesano en essa parte puede llevar, lo perdí.

»-¿Qué hacéis en esta ciudad? -me preguntó luego.

»-Llegué aquí -le dixen- habrá seis días de Italia, por donde quise venir desde Bruselas, por verla, y estaba de partida para Madrid a mis pretensiones; mas otras, que más me importan me estorbarán que las emprenda, aunque tope en mi reputación.

»-Y ¿cuáles eran las de Madrid? -replicó ella-. Que las de aquí, yo assiguro, que no sean las del verdadero cuidado vuestro.

»-Presuponiendo que sí son -dixen yo-, os respondo, que las que me llevaban a Madrid son la remuneración de mis grandes servicios, que procuro sean con un hábito y una encomienda.

»-Mucho se parecen a las de la significada voluntad -dixo Victoria-, pues no queréis que la espera merezca por sí.

»-En la de Madrid -repliqué-, ayudarán a mi despacho la justicia y la razón si a las dos cosas atienden los que han de hacer mi consulta; mas en las de aquí, aunque por la justicia, que de mi parte tengo, pueda esperar favorable despacho, por lo que espero que me debréis la razón viendo lo poco que valen mis méritos, no dudo que me detenga el despacho. Mas como yo supiese que había de salir en mi favor, años y siglos que yo tuviese de vida pasaría en espera deste premio.

»Por escusar el que passase adelante con la plática, se levantó la hermosa Victoria, diciendo:

»-Quien tuviere buenos servicios puede prometerse buen despacho en sus consultas. Mucho se hace con el tiempo, méritos acrecientan la paciencia. Ella sea mi desengaño, que si me destierra algunas sospechas, y os veo más catalán que castellano, aun podrá ser.

»Y en esta razón me dexó, volviéndose al ginovés que estaba hablando con su prima a quien dió las gracias de haberse puesto en el riesgo pasado por ella, y assí, despidiéndose de nosotros, me dixo al salir de la Capilla:

»-Señor don Félix, quien os ve tan de camino y ausente de la patria doce años, juzgad a qué podrá aventurarse.

»-El tiempo que aquí assistiere, que será lo que vos gustáredes -dixen yo-, responderá por mí.

»-Experiencias os acrediten -dixo ella-, que de la promesa no tengo que quexarme.

»-Ni de la asistencia tampoco -la repliqué-, que yo me quedo sin saber por qué orden, os pueda volver a besar las manos, aquí o en otra parte.

»-No os digo el cuando -dixo ella-, por estar subordinada al gobierno de un hermano que tengo, pero será presto; en tanto me avisad de vuestra salud.

»Con esto se despidieron, dexándome el hombre más contento del mundo y ya sin ningún desseo de venirme a Madrid. El caballero ginovés, camarada mía, quedara no menos picado que yo de la prima de Victoria, sino supiera de su boca que estaba tratada de casar con un caballero de Valencia, que esperaba dentro de veinte días.

»Los heridos llegaron muy al cabo, mas como eran moços, dentro de un mes cobraron entera salud, y de su pendencia no se supo haber sido nosotros los que los habían herido, ni aun ellos mismos

supieron dar fixamente las señas, que, como Barcelona está siempre con tantos forasteros que van y vienen de Italia y otras partes, tienen casos, como estos, inaveriguable la pesquisa por parte de la justicia. Con esto pudimos salir del Convento, sin las galas de soldados para no estrañar a la vista de los naturales y renovar sospechas en los ofendidos.

»En este tiempo se efectuaron las bodas de doña Marcela, la prima de Victoria, y en ellas quisieron los caballeros de la Ciudad regocijarlas con una lucida sortija en la cual entré por haber trabado amistad con dos Caballeros catalanes que había conocido en Flandes. Gané dos premios en la sortija que di a doña Victoria y a su prima. Aquella noche de la boda hubo un sarao en casa de don Iaime, donde acudí con mis amigos y, tuve tan buena suerte que, dancé con mi dama. Díxome cómo iba a Valencia, acompañando a su prima y a ver aquella Ciudad, que, si disfraçado quería seguirla, gustaría mucho dello. Ofrecíme a obedecerla, el hombre más contento del mundo y assí, dentro de tres días que partieron de Barcelona, con voz de que iba a Madrid, me partí a Valencia alcançándoles dos jornadas antes de llegar a aquella célebre Ciudad, donde, mudando el hábito en el de moço de mulas, pude assistir cerca de la presencia de Victoria. Contaros, amigo, lo que se holgó de verme la primera vez, sería alargar mucho este discurso, y por no ser prolijo en él, sólo os diré que, con mi invención, se obligó tanto que ya me favorecía con muestras de gran voluntad. Estuvo en Valencia un mes, en el cual tiempo fuí favorecido de mi dama, en lo que lícitamente, sin ofensa suya, pudo, informándose entonces de quién yo era, por persona que de propósito envió a Madrid a saberlo, y le truxo las nuevas que desseaba. Siempre assistí en Valencia emboçado, sin salir de casa de día, y de noche nos viamos mi dama y yo por un jardín, amparándonos con su protección la hermosa doña Marcela, por dar gusto a su prima, a quien amaba como si fuera su hermana. Tenía el esposo de doña Marcela su hacienda en Gandía, donde he fueron a vivir, y por esto se volvieron don Iaime y su hermana a Barcelona, en cuyo camino, con el mismo disfraz que había venido, la acompañé sin dar sospecha alguna a don Iaime. Llegados a aquella ciudad fué preciso volver los ojos de los que antes me conocían, diciendo que había vuelto a esperar a un tío mío que aguardaba cada día de Nápoles.

»El despreciado don Iorge, no obstante que Victoria le aborrecía como habéis oído, con su venida de Valencia se atrevió a volverla a servir públicamente de día y de noche, de suerte que no se quitaba de baxo de sus reñas siendo su asistencia causa de estorbarnos muchas noches el hablarnos. Y si bien andábamos con el recato possible, guardándonos assí dél como de don Iaime, fué nuestra desgracia tal, que una noche, para darne Victoria un aviso con un papel de cierta holgura a que había de acudir para que me hallasse en ella, pensando ser yo el que le aguardaba, arrojóselo a don Iorge que, leyéndolo, vió en él el aviso que me daba, juntamente con el estilo amoroso con que nos comunicábamos, con lo cual dió lugar a que los rabiosos celos se apossentasen en su pecho, y anduvo desde entonces con mayor cuidado. No me hallé en la holgura y averiguando la causa Victoria por otro papel, me disculpé con no haber sido avisado della, pero assegurándome que lo había hecho y dádome el papel, como viesse que porfiaba en ello, sospechó que por yerro se había dado a otro y éste presumió ser don Iorge, que pocas veces faltaba de su calle. Vimos presto ser verdadera la sospecha, porque, sobornando el impertinente caballero a una criada de mi dama, supo della cómo era yo el que la servía. Era algo tímido o por fiar poco de sus manos o por escarmentado de la pendencia passada, y con lo que le dixeron, descubrió luego el autor de su herida, y assí quiso intentar un medio estraño y fué pedir a su hermano don Iaime por esposa a doña Victoria. Hízolo, mas don Iaime no se resolvió a darle la respuesta sin el consentimiento de su hermana. Comunicó con ella el desseo de don Iorge y halló repugnancia en su voluntad suplicándole que antes la diesse un hábito de Religiosa que casarla con un caballero tan contra su gusto. Escusóse don Iaime con don Iorge, con las mejores razones que pudo diciéndole que su hermana no tenía voluntad de casarse por entonces, y que él la quería tanto, que no la forçaría por ningún caso a tomar estado, sino cuando ella tuviesse mucho gusto en ello, que para su casa le fuera de mucha honra el tenerle por hermano, mas que faltaba a esto la voluntad de su hermana, que era lo importante.

»Estimó don Iorge las corteses excusas de don Iaime y díxole:

»-Bien creo que mi señora doña Victoria no tendrá gusto de honrar mi casa, siendo mi esposa, porque le ha puesto en quien dudo que iguale a mi calidad, ni a la suya, que sospechoso desto, que ya hallo cierto, quise averiguar su gusto, y ahora conozco que nace de su desprecio el no conseguir mi desseo. Esto os sirva de aviso para que tengáis cuidado con vuestra casa, porque me dicen favorece a un Capitán castellano, que dice assistir aquí a sólo aguardar un tío suyo, que ha de venir de Italia, y esto es capa, para estarse de asiento a recibir los favores que vuestra hermana le hace; aprovechaos de mi aviso para hacer lo que más os convenga que yo cumplo con hacer esto ya que no he merecido el título de hermano vuestro.

»Dexó con esto a don Iaime y fuesse, quedando el noble caballero admirado de lo que le había oído, y dudoso en lo que había de hacer para averiguar lo que don Iorge imputaba a su hermana, determinóse a rondar su calle disfraçado teniendo por cierto que me hallaría en ella si yo, como decía el envidioso don Iorge, estaba tan favorecido. No se le lució el cuidado, porque no faltó quien, oyendo la plática de don Iorge, que fué una criada de doña Victoria, le dió cuenta de todo y ella me avisó dello y advirtió cuánto importaba el deslumbrarle a su hermano, no passando yo por su calle de día ni de noche, que ella

buscaría modo de vernos. Sabe Dios, Lisardo, cuánto sentí la privación de ver a mi Victoria, cuántas veces maldixé a don Iorge y cuántas me determiné a quitalle la vida, si la consideración de ver lo que perdía por este camino no me lo estorbara. Al fin me pasó desta suerte más de doce días de mi sentimiento, hasta que una noche, no pudiendo ya sufrir tanta dilación en ver a mi dueño, me determiné a passar por su calle a las once de la noche. Halléla con quietud y haciendo la seña acostumbrada, salió Victoria a la ventana donde estuvo hablando conmigo cosa de media hora, consolándome con que su hermano no había averiguado nada de lo que don Iorge había dicho, y que así vivía con seguridad, sin haberla a ella dado cuenta de su sospecha. Estábamos en nuestra plática los dos divertidos, cuando don Iaime, celoso del honor de su casa, se levantó y puso a la ventana y, sintiendo que de la otra de más arriba de su cuarto hablaban en la calle, se pasó a la que caía debaxo della, para oír lo que hablábamos; mas fué a tiempo que Victoria lo sintió, y, haciéndome ir de la calle, se fué a acostar, con que no pudo del todo averiguar lo que desseaba, si bien quedó receloso, aunque no cierto si era Victoria, o alguna criada suya la que hablaba; mas para remediar esto ora fuese verdad o no, despachó otro día a un criado suyo a la ciudad de Lérida, donde estaba una dueña que había sídolo de su madre muchos años, y ésta se había retirado a su patria con su hacienda a descansar. Escribióla don Iaime una carta muy regalada en la que la pedía encarecidamente que se fuese a holgar por unos días con su hermana que era muy desseada en aquella casa. Leonarda, que este era el nombre de la dueña, como había criado a los dos hermanos, y les tenía grande amor, quiso obedecer a don Iaime, y así en una litera, que el criado le buscó, vino a Barcelona, donde fué muy bien recibida de los dos hermanos, principalmente de Victoria, la cual no sabía para qué fin era venida hasta después, que, a saberlo, no la recibiera con tanto gusto. Descansó la anciana Leonarda ocho días y al noveno pareciéndole a don Iaime que su hermana dormía la siesta, se retiró con Leonarda a una pieza de su cuarto, al mismo punto que echándola de menos Victoria, quiso saber qué hacía con su hermano y, por otra parte del cuarto, vino a dar a una pieza antes de la que los dos estaban, donde llegó con mucho silencio por ver qué hacían, y puesto el oído al agujero de la llave, pudo oír a su hermano unas razones equivalentes a éstas:

»-Bien creo, Leonarda, que estáis cierta del mucho amor que os tengo, reconocido siempre, que desde los pechos de las amas que nos criaron a mí y a Victoria, tuvisteis a cargo la crianza de los dos, con especial cuidado y amor y, agradecida mi madre desto al tiempo de su muerte, os encomendó a mi padre tanto como a sus propios hijos, y él, lo cumplió tan bien, que os dió de su hacienda lo bastante para que pudiéssedes retiraros a vuestra patria a descansar, viendo que era vuestro gusto éste, que, a saber que le teníades en asistir en su casa, nunca en él faltara de teneros en ella, estimándolo mucho. Estaréis suspensa sin saber en que ha de venir a parar este largo exordio que os he hecho después de haber enviado por vos, con fin de que viniéssedes a holgaros con Victoria. Pues agora sabréis el que me ha obligado a traeros a su compañía, si me dais atención. Yo he desseado casar a mi hermana con un Caballero desta ciudad, noble y de buenas partes y proponiéndola cuán bien le estaba a nuestra casa el hacerse este casamiento, la hallé con poco gusto en admitirle, cosa que me hizo novedad por haber conocido en ella siempre una obediencia, no de hermana, sino de hija. Por lo cual me prometiera que no desestimara cosa que yo la propusiera. Dió por excusa el de ser muy poca edad, que quería asistir en mi compañía más tiempo, con que ya no pude apretarla en esto y así di

su respuesta al Caballero, el cual, o picado del desprecio o, lo más cierto, celoso con no haberle respondido a su gusto, me dió a entender que Victoria favorecía un Capitán Castellano, que assiste aquí y me avisó que anduviese con cuidado en guardar mi casa. Este tuve de allí en adelante y en una noche hallé hablando un hombre a las rejas del cuarto de Victoria, pero con tanto recato hablaba en tan baxa voz, que no pude distinguir el oído si era mi hermana o alguna criada suya. Esto me ha movido a enviar por vos, y assí os pido encarecidamente si desseais mi quietud y la conservación de su opinión, os quedéis en su compañía, no a servirla, sino a ser dueño desta casa y tener cuidado con ella, que yo me prometo de vuestra fidelidad y amor que, assistiendo con mi hermana, nadie se atreva a ponerla objección alguna.

»Atenta escuchó Victoria lo que su hermano había dicho a Leonarda y pesóle grandemente de saber de cierto a lo que había sido venida de su tierra, puso atento el oído a escuchar lo que ella le respondía don Iaime, y oyó decirle razones en su alago, como quien le tenía entrañable amor, deslumbrándole con la assentada opinión de Victoria las sospechas, pero, juntamente con esto, le prometió servirle en lo que mandaba con mucho cuidado, el cual le perdonara Victoria porque sabía de su condición cuán severa la tenía y que no la hiciera humana solicitud divertirla a otra cosa que a guardarla de los ojos de todos con mucho cuidado. Este tuvo de allí adelante Leonarda, tan grande, que no era posible aun tener lugar Victoria para avisarme por un papel desta novedad, porque, en tomando la pluma, estaba luego con ella y quería saber qué escribía y a quién, cosa que la era grande martirio. Al fin en un poco de lugar que Victoria tuvo, que los amantes, cuando quieren de veras, toda dificultad vencen, me pudo escribir un breve papel, avisándome del estado de sus cosas y lastimándose de su desgracia con que yo estuve sin juicio, viendo cuán empeñada tenía la voluntad y cuán dificultosamente me vería con Victoria y, deste cuidado con que estaba siempre, me sobrevino una enfermedad con que llegué a lo último de mi vida. Supo mi mal Victoria por orden de una amiga suya hermana de un caballero amigo mío y ésta le dió cuenta de mi peligro, con quien la afligida dama se declaró en su afición con el mayor disimulo que pudo, reprimiendo las lágrimas por la presencia de la anciana Leonarda, que siempre estaba con ella; mas con todo la dixo cuánta voluntad me tenía y cuán imposibilitada estaba de poderme favorecer que lo que la pedía era, que me procurasse visitar, y en la visita me significasse esto con todo encarecimiento, para que yo cobrasse algún aliento y que por el camino nos podíamos corresponder. Compadeciósela amiga de doña Victoria y tomó muy a su cargo mi consuelo. Viéndome esotro día y esforçándome con que yo me alivié algo y desde entonces con algunos recaudos de mi dama que recibí por esta orden, vine a cobrar salud. Ya estaba con determinación de venir a Madrid a poner las cosas de mi hacienda en razón y volver a Barcelona a pedírsela por esposa a su hermano, cuando un anciano caballero de aquella ciudad, habiendo acabado una casa de placer junto a Barcelona, quiso festejar en ella algunas damas deudas y conocidas suyas a quien convidó para un banquete y una comedia que después dél se hacía de noche. Entre las convidadas fué una mi Victoria, acompañada de su vigilante dueña, que su hermano no pudo hallarse allí por una forçosa ocupación. Para que yo me hallase en esta holgura fuí avisado por un papel suyo que, por orden de la amiga, se me dió: en él decía estas razones:

»En tanto que vuestra partida se dispone, don Félix mío, para el fin que sabéis y a mí me ha de estar tan bien, se ha ofrecido el ir a una holgura; sabe el cielo que he aceptado, más por veros en ella que por gusto que tengo de hallarme en tales fiestas. Tengo traçado de hurtarme a los ojos de todos y de mi nueva aya que, con la mucha gente podrá ser fácil para verme con vos todo el tiempo que la fiesta durare, que por no estar ahí mi hermano no será notado. Estad prevenido en la mejor forma que viéredes que conviene a mi reputación. Dios os guarde.

»Con este papel que recibí me ví el hombre más gozoso del orbe, haciéndoseme mil siglos cada instante. Fuíme el día siguiente a la Quinta y en otra cercana a ella concerté, con dineros que ofrecí, con su jardinero que me abriese la puerta y dentro de la casa permitiese el verme con una dama que vendría allí. Todo lo allana el interés y así hizo este efecto pues no faltó en su palabra el sobornado jardinero. Llegóse, pues, la hora de juntarse las damas y yo, disfrazado con el vestido de moço de silla, estuve siempre cuidadoso hasta que llegase la ocasión de verme con Victoria. No la quiso perder quien tanto la deseaba y así, en el ínterin que se encendían luces para la comedia, entre la confusión de las damas y caballeros, pudo escaparse Victoria y llegar a la puerta del jardín donde yo estaba. Conocióla al punto, y llegándome con disimulación sin que nadie advirtiese en ello, la apreté una mano, reparó en mí, y conociéndome, se retiró adentro donde se embozó como mejor pudo, y, con los chapines en la mano, se salió conmigo. Teníale apercebida una silla con sus moços donde nos entramos los dos, por ser así menos notados. Y guiando un criado mío que estaba de escolta, nos llevaron a la Quinta referida donde contaros lo que los dos passamos celebrando nuestras vistas, sería hacer este discurso más largo; sólo os digo que, queriendo atreverme con la ocasión y lugar a querer gozar lo que mis desseos tanto habían merecido, no fué possible con darle antes a Victoria, la mano de esposo delante de mis criados. Allí estuvimos más de dos horas largas y, en medio de nuestra gustosa conversación, donde tantos favores me hizo mi dama, nos interrumpió el gusto un portentoso ruido que oímos, y estando cuidadosos de lo que sería, entró un criado a decirnos:

»-Señores, ahora acaba de suceder una de las mayores desdichas que se han oido ni escrito en el mundo, en esta Quinta donde se hacía esa fiesta, y es que, en medio de ella, se cayeron las bóvedas de la sala donde se hacía y con ellas todo el edificio de encima, de suerte que ha cogido a todos debaxo, y creo que no ha escapado persona. Dexónos atónitos y sin sentido la relación de la fatal ruina, sin saber qué pudiésemos hacer en tal caso. Pedí licencia a Victoria para ir a saberlo, pues el disfraz con que estaba nos lo permitía, y, saliendo de la Quinta, hallé ser el daño más de lo que el criado nos había dicho, porque ninguno de cuantos en la sala de la fiesta estaban, pudo escaparse sin dexar de cogerle debaxo la trágica ruina. Acudió luego mucho gente de la ciudad a ver el lastimoso espectáculo y, por parecerme que por la vecindad de la Quinta donde estaba mi dama acudirían a ella y sería vista, me determiné a llevarla en la silla a la ciudad, diciéndola, que era de parecer, visto cómo había passado el caso, que no se manifestasse passando plaça de muerta entre los muchos que lo eran que, de hacer lo contrario, ponía a su hermano sospechas de haber estado en lugar no conveniente a su reputación, que yo me la llevaría a Madrid donde, después de haber celebrado nuestras bodas, daría parte dello a don Iaime. Parecióle a Victoria cuerda resolución mía, si bien estaba la más

penosa mujer del mundo, de lo que había sucedido, pues era cierto haber muerto allí todas las amigas que con ella habían ido a holgarse. Con esto llevé a mi dama a la posada haciendo que con secreto estuviese retirada en ella.

»El día siguiente fué todo confusión en la Ciudad, porque ninguno de cuantos en la sala se hallaron a ver la comida escapó con la vida. Contaros los llantos que hacían los padres por las hijas, los maridos por sus mujeres, los hermanos por sus hermanas, era para causar de nuevo compassión. Sólo os diré que don Iaime, como los demás, andaba cuidadoso y afligido buscando los cuerpos de Victoria y Leonarda para darles sepultura. Muchos fueron los hombres de trabajo que concurrieron a quitar la tierra del arruinado edificio para sacar debaxo los que entre ella, maderos y tablazón estaban sepultados. Y llegando a topar con los cuerpos, os puedo jurar, como quien se halló presente, que fué una de las mayores lástimas del Orbe, ver el desbrozo que en aquellos cuerpos hizo el daño. Allí se renovaron los llantos conociendo cada uno al que había perdido en aquella trágica holgura o por el vestido o por el rostro, si alguno había que el daño le hubiese dexado con enteras facciones. Confuso se vió don Iaime en no hallar el cuerpo de su hermana entre los demás aunque le buscó con mucho cuidado, y, pensando que con los otros cuerpos se habría llevado por yerro, procuró de nuevo hacer diligencias, mas fué en vano. Al ' fin con el cuerpo de Leonarda se retiró a su casa a quien dió honradamente sepulchro y por su hermana, como a difunta, le hizo exequias cubierto, de luto él y toda su familia.

»Ocho días estuve en Barcelona después de esta desgracia, que no lo fué para mí pues assistía en compañía de mi hermoso dueño con quien ruegos ni caricias no bastaban para que yo gozasse el premio de mis finezas, remitiéndole para cuando en Madrid fuésemos velados in *facie ecclesiae*, cosa que yo hube de passar por ella, por no disgustar a Victoria. Concertamos nuestra partida y, para ir con más secreto, dispusse que fuese vestida de varón; prevínele lo necesario y en tal hábito la saqué de la ciudad, yendo el hombre más contento del mundo por traer a mi patria esposa tan de mi gusto y que tanto mostraba quererme. Pero como la fortuna nunca da los gustos estables, antes como mujer usa siempre de su inconstancia, quiso que durase poco mi contento, con lo que ahora oiréis.

»Dos jornadas habíamos andado, cuando, una tarde calurosa de verano, llegamos a una pequeña aldea en cuya entrada estaba una casa de placer, que a la vista nos pareció hermoso edificio y recreable estancia, por la amenidad de árboles que la cercaban en torno, umbrosas guardas de un ameno jardín no obstante que estaba cercado de fuertes paredes que adornaban verdes y enlaçadoras yedras y trepadores jazmines. Por unas rexas que, a trechos tenía, se manifestaba la compostura de los cuadros y las artificiosas fuentes que tenía. Llegó Victoria, aquí con mucha sed y, por no haber de parar en aquel lugar hasta otro donde hacíamos jornada, quiso satisfacerse del agua de aquellas fuentes cuyo antojo, nunca yo lo intentara, quise cumplirle. Llamé en aquella casa y saliendo a responder un hombre de ella, me pareció haberle visto, aunque no me acordé bien a donde, mas él me conoció mucho mejor, aunque lo disimuló cautamente. Pedimos el agua para Victoria y ofrecióse a traerla con mucho gusto. En tanto que volvía con ella, vimos que de la parte del jardín se había abierto una ventana que estaba con unas vidrieras, a la que se puso gente, y ésta caía muy cerca de donde estábamos. ¡Qué dañoso le es vivir sin

recato, quien le importa retenerle; dígolo porque no advertimos en que Victoria se cubriera el rostro y así pudo ser vista de la gente que estaba detrás de las vidrieras. Llegó el hombre que había ido por el agua, que se tardó algún espacio en traerla y, dándomela a mí, se la llevé a Victoria. Aquí pude notar que, curiosamente, llegó el hombre a los dos y nos miró con mucha atención, cosa que me dió algún cuidado por entonces. Agradecíle el socorro y con esto partimos de allí llevando conmigo una pena de haberme detenido en aquel sitio, aun sin saber el daño que me pudiera venir dél. Al salir del lugar topé con un labrador y preguntéle cómo era aquella amena recreación, no sin algún recelo y cuidado, que me parecía que el corazón me profetizaba el daño que de allí me había de venir. Respondióme ser de don Jorge Centellas de quien era también aquel lugar y que asistía entonces en aquella casa de placer en cuya fábrica había gastado gran suma de ducados. No os podré significar con razones, amigo Lisardo, cuántas penas recibí con estas nuevas y así me lo conoció Victoria a quien dí parte de mi enfado, procuré, receloso de alguna novedad, torcer el camino que llevaba y seguir otro y así, diciéndolo al moço de mulas y ofreciéndole buena paga por ello, dexó el camino que iba a Çaragoça y tomó el de Valencia; pero no aprovechó toda esta diligencia para escusar lo que veréis.

»Tres jornadas habíamos caminado cuando a prima noche llegamos a dormir a un pequeño lugar donde nos apeamos en un buena posada y, mientras se aderezaba la cena y Victoria rezaba sus devociones retirada a su aposento, ya me salí a gozar un poco del fresco que venía caluroso. Al doblar por una esquina y otra calle para salir a una placeta, sentí que me venían siguiendo, y vi ser dos hombres; paréme y ellos hicieron lo mismo, hablando el uno con el otro en secreto: receléme de ellos previniéndome para lo que sucediese, y, presumiendo que por ser forastero sería tenido por otro, proseguí con mi paseo. Volvieron a seguirme como antes, y yo segunda vez a pararme. Llegése el uno dellos a mí, diciéndome:

»-Señor hidalgo, díganos cómo se llama, que nos importa saberlo, por si acaso es el que buscamos.

»Yo, disimulando la voz natural con otra fingida, les respondí:

»-Aunque por recién llegado a este lugar, pudiera deciros mi nombre; por si me puede importar el ocultarle no os podré dar gusto en decírosle: ved si en la voz conocéis ser yo el qué venís buscando, que aquí me hallaréis para lo que quisiéredes.

»Esto, y terciar la capa y empuñar la espada todo fué a un tiempo. Ya traían ellos desnudas las suyas y, acometiéndome, nos començamos a acuchillar y quiso mi fortuna que, siéndome favorable aquí por mi desgracia, yo acertasse con una punta al uno en la garganta con que al punto cayó en tierra herido mortalmente y pidiendo confesión. Viendo esto el compañero, desamparó la calle, aunque no tan a su salvo que no llevasse una herida, al irse, en la cabeça, dexándome su sombrero a mis pies. Visto lo que había hecho y no sabiendo las calles del lugar, me fuí de una en otra hasta salir al campo, donde pude ver un monasterio. Llegué a él a hora que estaban las puertas cerradas; pero llamando a la campanilla de la portería, me abrieron, dí cuenta de lo que me había sucedido al portero y él la fué a dar a su Prelado, en cuya presencia me ví brevemente;

tornéle a referir el caso, y él me animó ofreciéndose hacer salir, con achaque de que se iba a confesar a un enfermo, quien supiese en qué estado estaban las cosas. A mi persuasión me vistieron un hábito y, por compañero suyo salí con un religioso y, habiéndole dado las señas de mi posada, me llevó a ella. Hallámosla toda revuelta, y dentro la justicia haciendo averiguación de quién eran los huéspedes que allí habían posado. El mesonero decía no saber desto más de que a prima noche habían llegado de Barcelona. Entró el religioso y yo con él al tiempo que replicó el Alcalde al huésped:

»Y estos que se llevaban de aquí aquel mancebo, ¿no sabremos quién son?

»-¿Quién ha de saberlo tampoco? -le replicó-. Sólo sé deciros que uno dellos entró en essa sala, donde se había apeado con el otro que le acompañaba y oí que le decía:

»-¿Son estos, infame hermana, los buenos respetos que debíades guardar a vuestra generosa sangre y a las obligaciones de vuestro estado? ¡Cuánto más valiera que en aquella fatal ruina de la Quinta pereciéades con los demás que no con tanta deshonra de vuestro linaje viniéades en esse traje vil en compañía de quien no conocéis! Y a esto la disfraçada no dió respuesta alguna, sino, con el susto de haber sido hallada del hermano, caerse desmayada sobre una cama. Tomóla en sus braços y, a pesar de los criados que la defendían, la pusieron a caballo y partieron con ella a toda priessa de aquí.

»No pude, amigo, oyendo lo que el mesonero decía, resistir la pena que entonces me sobrevino y assí, dando un profundo suspiro, me caí de mi estado desmayado al suelo. Acudió el Religioso, a quien acompañaba, a tenerme y las demás gentes también. Quiso saber el Alcalde qué había sido aquel repentino desmayo y haciendo, a pesar del Religioso, que trujexen una luz, me vió el rostro y como los crecidos mostachos desdixessen de aquel santo hábito que llevaba, sospechó luego que yo era el que había muerto a aquel hombre; mandó a dos hombres que, tomándome en braços, assí como estaba, me llevassen a la cárcel, al tiempo que volví en mi acuerdo, y conociendo en el estado en que estaba, sacando una daga, procuré defenderme; mas cargó tanta gente sobre mí que me rindió, llevándome a la cárcel donde me cargaron de prisiones, desnudo ya del hábito que se le entregó al religioso, el cual me consoló cuánto pudo y se volvió a su convento dando cuenta al Prelado de lo que había sucedido.

»Viéndome en aquel estado estuve mil veces por darme la muerte si el ser Christiano y el perder la salvación no estorbasen estos gentílicos intentos. También pusieron en la cárcel a mis dos criados, embargándome toda mi ropa. Allí estuve cerca de tres meses sin haber persona por parte del difunto que me pidiese nada, con que el rigor del Alcalde se moderó algo, dé modo que hizo aliviarme las prisiones, dexándome con sola una cadena, no muy pesada, y a mis criados con grillos. Entre los compasivos que acudían a verme, era un caballero de aquel lugar llamado don Luis. Este se me mostró tan aficionado mío que fué siempre el que me acompañaba en la prisión y con quien yo comuniqué todas mis cosas. Ofrecióse a enviar un criado a Barcelona a saber de raíz lo que passaba en casa de don Iaime: esto hizo por dar algún alivio a mi pena. Hizo su jornada y volvió della dentro de quince días, habiendo sabido que el hermano de mi dama no estaba en Barcelona sino en Valencia donde se había llevado a doña, Victoria, y, entrándola en un Convento, si

bien no con el hábito de religiosa, que no se pudo acabar con ella que se le pudiese, diciendo ser esposa de don Félix de Vargas, caballero de Madrid.

»Gran consuelo me dieron las nuevas que el criado había traído, con que me alenté algo; pero, por certificarme mejor de la voluntad de Victoria, pedí a mi amigo don Luis enviase a su criado otra vez a Valencia, para que diese a Victoria, si fuese posible, una carta mía en la que la quería dar aviso de mis cosas. Volvió a darme gusto el buen caballero y así partió a Valencia su criado que, con su buena diligencia, tuvo modo, aunque con dificultad, de verse a solas con mi dama y darla mi carta, con que se holgó en extremo de saber que, aunque en prisión, tuviese salud. Respondió a mi carta estas breves razones:

»Querido esposo mío; por aviso de don Jorge, señor de aquel lugar por donde passamos, vino en nuestro seguimiento mi hermano por la posta y, con la violencia que habréis sabido, me llevó de esse lugar, trayéndome a este Convento donde ha intentado su crueldad que tome el hábito, pareciéndole que no me igualáis en calidad, y que es mentira no ser vos quien decís. Yo le persuadí a que se informase de la verdad, mas como a él le está bien que yo sea religiosa por la gruesa hacienda que espera heredar con mudar yo de estado, porfía que lo tengo de ser. Mi resolución es la de siempre, de ser vuestra. esposa. Desseo el buen sucesso destas cosas y en primer lugar el veros fuera de essa penosa prisión, para que, con vuestra libertad, yo la tenga saliendo de aquí a gozar de vuestra deseada compañía. Vuestra esposa.

»Con esta carta quedé el hombre más contento de la tierra y haciendo diligencia en que sentenciase mi pleito, amenazando al alcalde que haría que se le inhibiese por el Consejo de guerra, se determinó a darme por sentencia que diese cierta cantidad de dinero para obras pías. Halléme entonces falto dél y pudiendo dar aviso desto a mi madre, por no causarle pena, me resolví en escribir a la ciudad de Cuenca a un deudo mío, a quien di cuenta de mi prisión y sucesso, y pedí me socorriesse con el dinero que se hallase para salir de la prisión. Hízolo luego, viniendo al mismo lugar él en persona, donde brevemente fuí puesto en libertad. Fuíme con él a Cuenca, sintiendo el despedirme de mi amigo don Luis. Desde allí volví a escribir a Valencia a mi dama, y de su respuesta supe como su hermano era venido a Madrid, a sólo matarme, para que con mi muerte consiguiese mejor su pretensión, que era ver a su hermana Victoria religiosa en el Monasterio donde estaba. Esta es, amigo, mi historia para que con ella os consoléis de vuestra pena considerando no ha sido menor la que yo he tenido y aun me falta por passar. En vuestra buena compañía me vuelvo a donde está mi esposa para ver si hay modo de sacarla del Convento y traerla a Madrid a pesar de su hermano.»

Mucho se admiró Lisardo de los sucesos de su amigo don Félix, siéndole algún consuelo para los suyos su agradable compañía, y así, con la suya, ofreció servirle en cuanto pudiese para conseguir su pretensión. El fin de la relación de don Félix y el de su jornada fué a un tiempo. Llegaron a un buen lugar cuando la Aurora mostraba su primera luz, donde tomaron posada para reposar del cansancio de su camino.

LIBRO TERCERO

Habiendo descansado los dos amigos todo el día cuando las hermosas luces del firmamento, con la que les prestaba el luciente Planeta, bordaban el célebre manto, se pusieron a caballo y, platicando en varias cosas, caminaron más de tres horas largas hasta que, faltándoles conversación, quisieron que les entretuviese con alguna cosa Negrete, el criado de Lisardo, al cual mandó su amo que cantase algo para divertirles: él, viendo que le prestaban atención, rompió el silencio de esta suerte:

A la sombra de una parra,
de Baco lisonja alegre,
cantaré de Iuan de Esquivias
un chiste: atención me presten.

No mendigaré favores
De Aganipe ni Hipocrene,
pues me los ofrece Coca,
Lucena, Alanís y Yepes.

Erase el hombre más diestro
que en tabernas de la plebe
con vaivenes de la taça
dió pasages al gollete;

el que con más puridad
remitió al gusto sus veces,
y sin ser Duque en Veraguas
fué Colón de los luquetes.

El que sin codicia Indiana
renunció cargos de allende
que en ser passados por agua
hasta los huevos le ofenden.

El que en ser fistol se funda
que le han de dar los Regentes
por el Consejo de Italia
sólo a brindis que gobierne.

El que a las palustres aves
aborreció sumamente,
pues su mesa nunca admite
cosa que en agua assistiere.

El que a los grajos se inclina
porque a su apetito acuerden

la mitad de Hipocrás
que están pronunciando siempre.

El que en la pueril edad
nunca oyeron que dixesse,
¡agua Dios!, agua, cantando,
tanto los vinos le deben.

El que en un francés achaque
los sudores aborrece
y agua de çarça repudia
por más que se la receten.

El que al linaje de Aguayos
notable ojeriza tiene
y sólo con los sarmientos
se trata amigablemente.

El que da que sospechar
que peca un poco en hereje,
pues la mitad de Calvino
de su memoria no pierde.

Este, pues, protocolaga,
congregación de claretos,
cónclave de los tintillos,
y hospicio de moscateles,

atrevióse un aloque
y él, por triunfar de sus sienas,
de su estómago piloto
subió a la cholla grumete.

Cebado con lo raspante,
tantos polvos van y vienen,
que con la gran polvareda
perdimos a don caletre.

Con candiles en la vista,
en los párpados con pliegues,
con equis en todos passos,
y en las palabras con erres,

en un rocín matalote,
despuntador de alcaceles,
insensible por la pança,

y contra espuelas rebelde,

subió a pesar de sus cascos
para que al campo le lleve
más fiado de su instinto
que no del freno que muerde.

Parte el pesado trotón
y él que va entre sus borrenes
como si fuera en colchones
acomodado se duerme.

Risueños dél, burlan todos
los que miraban su quiete,
esperando de un batuque
mil vomitados asperges.

Con el pajizo xigote,
sin que con grano se mezcle,
el gazzate del cuartago
sed insufrible padece.

Guió a la puerta cerrada
donde de coritos tiene
noblexas entretenidas
con su licor una fuente.

Estos en asnal bagaje
conducen a todo albergue
en hechuras de alcorcón
lo que dan cuatro vertientes.

El susurrante rumor
apenas entrada emprende
en la oreja del cuartago
cuando al pilón arremete.

La furia con que llegó
hizo al dormido ginete,
sin valerle los arzones,
que, por las orejas vuela.

Hallóse en el chafariz
hecho un remojado arenque
que, en común adversidad,
los contrarios se convienen.

Por no tragar su enemiga,
cerraba labios y dientes,
aunque quisiera en tal trance
cerrarlos con seis corchetes.

Venció el elemento frío
y en él, rendido, se tiende,
donde en lugares vedados
ya victorioso se mete.

Gustosso celebra el vulgo
de Esquivias la acción patente
y este epitafio le ponen
por si en el agua fallece:

«Yace entre cristales fríos
un estómago caliente,
teatro en quien tantas zorras
han hecho tantos papeles.

Viendo su pellejo aguado
los taberneros prometen
valerse del exemplar
porque su caudal se aumente.»

Con el mismo aplauso que al romance primero celebraron a Negrete previniéndole que recorriesse su memoria para entretenerles cuando les faltase materia de que hablar, porque caminando de noche, así por el calor como por la seguridad de Lisardo, era cierto el vencimiento del sueño, no habiendo con qué le engañar. Llegaron, pues, a un verde prado cuando la hermosa Diana esparcía sus plateados rayos por el Oriente y vieron con su luz clara los dos amigos ser apacible lugar aquél para descansar allí un rato, y que, en tanto, paciessen sus cabalgaduras. Apeáronse dellas tendiéndose en el verde suelo cerca de una cristalina fuente, cuyo apacible murmurio les convidó a gozar de sus claros cristales. Entretenidos estaban con sus criados los dos amigos, que el buen humor de Negrete les hacía olvidar sus penas, cuando al ameno sitio llegó un hombre a todo correr en un ligero rocín, el cual les dixo algo turdabo:

-Nobles caballeros, si la piedad se aposenta en vuestros pechos, como infiero de tan buenas presencias, ésta es ocasión para que uséis della, estorbando una peligrosa pendencia entre dos gallardos caballeros que se acuchillan detrás deste vecino collado. La causa no os la sabré decir más de que, llegando allí juntos, que es el sitio donde tengo un poco de ganado, se apearon de dos alentados cuartagos diciendo el uno al otro: éste me parece lugar más conveniente para que uno de los dos pierda aquí la vida, pues el caso a que somos venidos a esta soledad no pide menos. Yo me conformo con vuestro parecer, dixo el otro, y sin hablarse más palabras, atando con las riendas a sus rocines a un árbol,

sacaron las espadas animosamente y comenzaron a acuchillarse con gentil aliento. Yo que vi esto, pareciéndome que era lástima que muriessen dos personas de tan gallarda disposición, vine a este sitio donde nunca faltan pastores destes contornos apacentando en él sus ganados, para que me ayudassen a ponerlos en paz; pero ya que no los he hallado aquí, tengo por más feliz suerte que vosotros seáis quien evite este daño.

Ofreciéronse los dos amigos a ir con él, y subiendo en sus cuartagos a galope tirado, siguieron al que les dió el aviso. En breve tiempo llegaron al puesto donde era el duelo de los dos; pero, con toda la diligencia que pusieron, fué tarde su llegada porque ya uno dellos, habiendo tropezado en un hoyo, dió consigo en tierra, a tiempo que su contrario le entró con una punta por un lado, que le pasó a la espalda con que le dexó atravesado, pidiéndole encarecidamente que no le acabasse sin confessarse. Dexóle con esto su contrario y, oyendo a este tiempo rumor de los que venían en su socorro, se fué de aquel lugar a todo correr de su cuartago. Esto pudieron ver Lisardo y don Félix, por ser los primeros que llegaron, presumiendo luego lo que presto vieron, porque a dos passos dieron con el herido. Apeáronse y llegaron a donde estaba, al cual hallaron revolcándose en su sangre haciendo actos de contrición. Era un joven de edad de veinte y cuatro años, de gentil disposición y buen rostro, con que les movió a mayor piedad. Llegóse Lisardo a él, y tomándole una mano le dijo:

-¿Qué es esto, animoso caballero? Esforzáos para que seáis llevado donde os curen, que a esso somos venidos, ya que nuestra suerte no fué tan buena que os pudiésemos servir en no dexar pasar vuestra pendencia adelante.

Abrió los ojos el herido joven y respondióle:

-Mucho quisiera, piadoso señor, que vuestro socorro fuera el que ha menester en este trance mi alma, que assistirá poco en la cárcel deste miserable cuerpo, que de la vida hago poco caso, pues, en mi poco esfuerço, siento que por instantes se me acaba.

-Yo espero en Dios -dixo don Félix-, que nos ha de favorecer, en que no sean peligrosas vuestras heridas, para que podáis ser curado del alma y del cuerpo.

-Las del alma necesitan por ahora más cura que las del cuerpo -dijo el herido-. Y para su remedio me alentaré todo cuanto pudiere.

Ya Negrete, el pastor y los criados de don Félix habían cortado de un árbol unos palos largos con los cuales, atados unos con otros, se formó un féretro que, cubierto de ramos y después de sus capas, pudieron en él tender al herido, y así le llevaron al más cercano lugar que era el de donde había salido con su contrario. Todo el tiempo que duró el caminar con él nunca cessó con grandes veras de encomendarse a Dios. Llegaron al lugar habiéndose desangrado mucho y, por su orden, guiaron a una posada que dijo estar en la plaça del pueblo donde se habían apeado a prima noche, mas, cuando llegaron a ella, hallaron ocupada por mucha gente que acompañaba a la justicia de aquel lugar y había gran rumor de voces. Renovóse con ver entrar al herido al cual llevaron a un aposento donde le desnudaron y acomodaron en una cama, trayéndole luego un confessor y,

después de haberle confessado, un cirujano que le vió las heridas, las cuales eran muy peligrosas, dejándole muy dudoso de su vida. Acabándole de hacer la primera cura, entró la justicia a tomar al herido su confesión.

En tanto pudieron los dos amigos informarle de la causa de haber hallado a la justicia en aquella posada. El mesonero les dijo:

-Lo que puedo deciros es que, a prima noche, llegó a esta casa un caballero acompañando a una dama con un criado de a pie, a quien aposenté en una sala baxa que está cerca deste portal. La dama, a lo que me pareció en su semblante, venía descontenta y, queriendo curiosamente saberlo de raíz, después que se encerraron en su aposento a la hora de cenar, no fué posible acabar con ella el caballero con afectuossos ruegos que cenasse con él; antes bañada en lágrimas le pedía con grandes encarecimientos que la dexasse y que él cenasse solo, que no venía con gusto de obedecerle, antes lo que más deseara, fuera ver pronto el fin de su vida. Echóse con esto en una cama donde sentí que no cessaba de llorar, dando de cuando en cuando penosos suspiros en todo el tiempo que duró la cena, cosa que me dió notable lástima y puso grande desseo de saber la causa de su pena. Una hora después que había cenado el caballero, llegó a esta mi posada un mancebo que es el que habéis traído herido y, preguntando, por las señas que traía, por los dos le dixen que posaban aquí. Rogóme mucho que de su parte dixesse al que venía con la dama, que allí le quería hablar una palabra; fuí con el recado y, aunque se alborotó, oyéndolo, baxó a verse con el recién venido al portal. Lo que los dos hablaron en secreto, no lo pude entender; sólo sé deciros que, lo de la plática resultó, fué pedir su rocín el que antes había llegado y, assí el uno como el otro, se pusieron a caballo dejando, el que acompañaba a la dama, cerrado el aposento en que estaba y a ella con notable sobresalto de no saber donde partía. Dentro de dos horas que esto sucedió, vi volver al acompañante de la dama y, apeándose de su cuartago, subió donde estaba, cerrando tras de sí la puerta del aposento. Yo, deseando acabar de saber estas cosas, me llegué a escuchar lo que hablaban segunda vez y púdele oír estas razones algo turbado: «Señora doña Andrea, no quiera Dios que yo os oculte nada de lo que ha passado, aunque en ello eventuré mi gusto, pues no viéndoos a vos con él para favorecerme, es cierto que no lo puedo tener en cuanto la vida me durare. Don Gutierre, mi competidor y vuestro favorecido galán, llegó a este lugar siguiéndome hasta aquí; pero, si fué dichoso en haber encontrado conmigo a pesar de mi cuidado, aunque le hemos desmentido el camino, fué infeliz en sacarme al campo, ofendido de que os truxesse en mi compañía donde le dexo muerto media legua de aquí. Dura cosa se os hará de creer que esto sea verdad; yo os lo asseguro por quanto puedo juraros y dígalo mejor su sangre en esta espada. Ya es hecho; bién sabéis cuánto os he querido y qué fuerça de amor me obligó a la violencia de traeros de vuestra patria: pues sabéis mi calidad y hacienda no permitáis que a lo hecho se acreciente el perderme, suplícoos que salgamos luego deste lugar, si sois servida, porque de su asistencia en él pueden peligrar mi persona y la vuestra.

»Apenas oyó la dama lo que le dixo el Caballero, cuando cayó en el suelo desmayada, abraçóse con ella y echándola en la cama la arrojó agua en el rostro, con que volvió en su acuerdo dando mil penosos suspiros, y después que hubo desahogado algo su pecho de la pena, bañada en copiosas lágrimas, le dijo:

»-¿Es posible, enemigo don Carlos, que sea tu crueldad tanta que no te hayas satisfecho con haberme traído violentamente de la casa de mis padres, hurtando la ocasión a tu competidor y el estar desengañado del poco fruto que han hecho tus persuasiones y afectuosos ruegos para que yo te admita en mi gracia, sino que hayas quitado la vida a quien era la esperanza de la mía? ¡Oh infeliz don Gutierre; poca dicha te concedió tu fortuna, pues ya que pusistes tu afición en quien, aunque vagara por remotos climas y procelosos mares jamás te perdiera de su memoria, a pesar de cuantas violencias se me opusieran en medio de la seguridad que podías tener en mí, me pierdes con tu muerte. Bien puedes, riguroso homicida, mezclar la noble sangre, que dexó el que había elegido por esposo, en esa espada con la de esta desdichada mujer: aquí está mi pecho que antes consentirá mil muertes que dar un passo más en tu compañía, que si había pasado por la fuerza de traerme contigo a mi pesar, era para guardar ocasión en que darte la muerte y vengarme; pero, porque, no hallare mejor ocasión que ésta para que pagues el homicidio que has cometido, sepan todos que ha muerto don Carlos a mi esposo.

»Acudió don Carlos a taparle la boca y, con la pena y congoja que tenía, perdió el sentido otra vez. Acudí a solicitar abrir la puerta del aposento y dando golpes en ella para que me abriessen, fué al tiempo que la dama volvía en sí, pidiendo a voces favor. Aquí se apoderó la cólera del pecho de don Carlos en tanto grado que, sin mirar a quién era y al flaco ser de la dama, sacando la daga, la dió no sé cuantas puñaladas porque le dexasse. Y con esto, viéndose libre de sus braços, salió del aposento. Yo, que lo había visto todo por una rendija de la puerta, salí a la calle llamando gente y a la justicia, mas, por presto que llegaron, ya se había puesto a caballo y su criado a las ancas, y assí partió a todo correr del lugar. La dama está muy mal herida y no menos peligrosa que el caballero que habéis traído. Esto es lo que os puedo decir acerca de lo que me habéis preguntado.»

Admirado dejó a Lisardo y a don Félix la relación del mesonero, y pareciéndoles que el herido, desembaraçado de la justicia, reposaba, acudieron a saber en qué estado estaba la dama a quien acompañaba la huéspeda, no la dexaba el dolor de las heridas sossegar. Parecióle a Lisardo que sería de gran alivio saber que su amante, a quien juzgaba por muerto, estaba vivo y assí entró en el aposento a darle esta alegre noticia, con color de saber cómo se hallaba. Preguntóselo y habiéndole respondido que muy desfallecida de la sangre que había perdido, le dixo Lisardo:

-Yo confío, señora mía, que el cielo ha de permitir daros entera salud, para que la gocéis libre ya de temores, con quien deseáis y os merece el amor que le tenéis, y, para que os animéis a cobrar algún aliento, sabed que don Gutierre, vuestro esposo, no es muerto, si bien está mal herido en esta possada.

En extremo se alegró la hermosa dama, diciendo:

-El cielo, señor caballero, os dé felicidad en vuestras cosas que tan buenas nuevas me habéis dado, aseguradme si lo que me decís es sólo por consolarme o porque pasa assí.

-La verdad es ésta que me oís -dixo Lisardo-, conviene que por ahora reposéis, que esso hace don Gutierre, que yo fui quien le traxo del lugar del desafío hasta aquí. A él no le hemos dicho vuestra desgracia porque, aunque está algo desacordado, le dará pena.

Y por no dar lugar a que, hablando más doña Andrea, le hiciesse daño a la cabeça, la dexaron y se fueron a reposar a donde estaba don Félix, mandando a su criado Negrete que él y uno de don Félix asistiessen a ver lo que había menester el herido, velándole lo que restaba de la noche.

Con el peligro que vieron a don Gutierre y a doña Andrea se determinaron don Félix y Lisardo a suspender su viaje hasta verles fuera de peligro asistiendo en su compañía aquel corto lugar. Ya iban las heridas de don Gutierre mejorando y le habían dado cuenta de lo que por su dama había pasado, cosa que sintió en extremo y deseara hallarse con salud y buscar a don Carlos por todo el mundo para castigar su alevosía. Encarecidamente pidió al cirujano, si era possible, le mudassen la cama cerca del aposento de su esposa, mas esto no se pudo acabar con él por no estar aún fuera de peligro y ver el que doña Andrea tenía que, como de más débil natural, estaba muchas veces fuera de su acuerdo con la flaqueza de la sangre que había perdido.

Un día que los dos amigos estaban con don Gutierre y le vieron más alentado, le pidieron encarecidamente les hiciesse relación desde el principio de sus amores hasta entonces si gustaba. Quiso don Gutierre obedecerles y assí, prestándole silencio, comenzó su discurso de esta forma:

«La ciudad de Jaén, una de las principales de Andalucía, es mi antigua patria, donde estaba la casa de mis padres, de quien yo soy inmediato sucesor de un razonable mayorazgo que ya posseo. Hay en esta, ciudad muchos caballeros assí nobles como ricos, y con la comodidad de ser vecinos de la antigua Córdoba, ciudad en quien con tanto cuidado se crían los hijos del Céfiro, que assí llaman a sus velocísimos caballos. Todo nuestro ejercicio es criar sus potros y tener diestros picadores que les ajusten, preciándose todos los caballeros de tener muy buenos caballos, con los cuales hacemos muy lucidas muestras en los regocijos que en el discurso del año se ofrecen. Para el día de San Juan, que es muy celebrada su fiesta en mi patria, se concertó un regocijo de toros y cañas de solos los caballeros de la ciudad, que en esta ocasión no quisimos que nos ayudassen de Úbeda y Baeza, como en otras lo hacían los caballeros de aquellas dos ciudades. Yo quise lucir en aquella fiesta, y assí me determiné a ir a Córdoba a comprar cuatro caballos hechos, de los mejores que allí hallasse: para esto había avisado a un picador conocido mío que me los tuviesse prevenidos, el cual lo hizo y me avisó que los sacaría a un cortijo media legua de la ciudad. Acudí a él en compañía de un hermano segundo mío y hallamos allí al picador con los caballos. Por aquel día no quise ponerme en ellos para probar lo que eran, hasta la mañana siguiente por ser hora más a propósito. Llegada que fué me sacaron cuatro caballos a que los viesse y entre ellos escogiesse en el que quería ponerme primero. Pareciéndome todos muy bien y eligiendo para la primera prueba un alazán tostado, que prometía en su talle tener muy buenas obras, subí en él y manejele por el campo un rato, hallándole muy ajustado a la obediencia del freno con lo cual le passé la carrera dos veces, cumpliendo con sus obras lo que me prometí del talle

con que me resolví a no quedar sin él. Lo mismo me sucedió con el segundo que era un rucio rodado; mas poniéndome en el tercero, cuyo pellejo era morcillo, quísele primero passar la carrera y, partiendo, llegó las dos tercios de ella boníssimamente, mas excediendo del último quise parar y hallé tan duro de boca, o por lo mal enfrenado o por resabio suyo, que sin hacer caso del bocado proseguía en su ligero y atropellado curso. Valíme del común remedio, que era pararle con una rienda, mas dando a este tiempo una fuerte cabezada, rompió los alacranes del freno dexándome con las dos riendas en la mano con que fué fuerça tenerme a las crines, sin cessar en todo esto de correr a toda furia. Yo me había puesto a caballo en cuerpo y assí, no teniendo capa que arrojarle delante de los ojos, aguardaba ocasión de que passase por parte segura para arrojarme del indomable bruto; pero antes de esto, delumbrado, quiso saltar un barranco que había hecho un arroyo, y tropezando en él, cayó, arrojándome de sí con grande violencia, de suerte que, del golpe, quedé sin sentido. Sucedióme esta desgracia cerca de una quinta a quien muraba el claro arroyo con su cristalina corriente, de la cual salió gente y, tomándome en braços, como estaba, me entraron dentro, compadeciéndose de mí de modo que, cuando pude volver en mi acuerdo, me hallé desnudo en una cama de damasco azul con muchos alamares de oro, que estaba en un aposento muy bien colgado, y cercado de gente, entre la cual estaba un anciano caballero que era señor de la quinta y dos hijas suyas de incomparable hermosura. El caballero, como me vió restituído a mí primero ser, me dixo:

»¿Qué es esto, señor; esse es el ánimo que nos promete vuestra bizarra presencia? Mirad que nos cuesta caro vuestro desacuerdo por la pena con que nos tenéis a todos los desta casa.

»Yo, encorporándome entonces en la cama, le dixé:

»-No sé, noble señor, en qué pueda servir esta merced que en vuestra casa recibo en fracaso tan impensado y término tan peligroso como el que por mí ha sucedido, sino con estar perpetuamente agradecido y obligado al piadoso agasajo que me hacéis. Deme Dios vida para que, lo que me durare, pueda servirlos.

»-Sucesos son estos -dijo el anciano-, que cada día los experimentamos los caballeros de esta Ciudad que, aunque la fama de sus caballos corre por todo el mundo, en las ventas que dellos se hacen, con cuatro buenos quieren acomodar uno que no sea tal, que suele tener condición como éste en que os ha sucedido esta desgracia, y yo tengo tanta experiencia con el conocimiento de ellos que sólo en velle-si me hallara presente antes que os pusiéades en él os suplicara no lo hiciéades. Ya sucedió y Dios ha sido servido que el daño no llegue a rompimiento de alguna pierna o brazo, según veo, pero con todo os han ido a llamar quien os sangre, que tenéis necesidad de ello, y assí mismo de tomar una bebida.

»-No creo que es necessario -dixé yo-, porque me siento bueno aunque algo doloroso del cuerpo.

»-Pues por esso- dixo el anciano-, os será de provecho la sangría.

»En esta razón entraron mi hermano y el picador, diciéndole yo al caballero quién era, habló con mucha cortesía, y él, por su parte, le dió las gracias de la merced que me había hecho. Vino el cirujano y, en tanto que prevenía el recaudo para sangrarme, yo hablé a aquellas dos damas ofreciéndome a su servicio, y lo mismo hizo mi hermano. Parecieronme muy hermosas particularmente la mayor, que es mi señora doña Andrea, a quien habéis visto, que aun con estar como me significáis, sé que no juzgaréis a pasión de amor lo que os encarezco. Hízoseme la sangría y, dándome tras ella la bebida, me encargó que sosegase con ella y, si me sobreviniese algún sudor lo guardasse, con que me dexaron solo. En tanto se informó don Claudio, mi hermano, que el señor la Quinta se llamaba don Enrique de Valençuela, y era un caballero muy principal de Córdoba, cuyo mayorazgo heredaba doña Andrea, su hija mayor, y la segunda muchos bienes libres de su madre, a quien se aficionó mucho mi hermano.

»Bien se pasarían dos horas que yo reposé con la bebida, después de las cuales entró un médico a verme y, tomándome el pulso, me halló con calentura y así hizo que se dilatase la comida por dos horas, entreteniéndome todo este tiempo mi hermano, don Enrique y sus hijas. Entró la comida y, por gusto de don Enrique, me la partió la hermosa doña Andrea con mucha gracia, la cual introdujo tal amor en mí que, desde entonces la hice dueño de mi alma.

«Acabada la comida, volviéronme a dejar solo para que reposase, que así lo ordenó el médico. Don Enrique, ya estaba bien informado de quien éramos, y llevó consigo a don Claudio a otro cuarto donde comió con él y sus hijas, siendo para mi hermano no pequeño favor porque, como digo, se había inclinado a doña Estefanía, la segunda hermana.

»Al fin, señores, por no cansaros, mi calentura correspondió a terciana, con que fué necesario asistir el médico a mi cura y darme cuidado, por el que vi que ponían mi salud, don Enrique con el mismo amor que si yo fuera su hijo. Deseaba yo mucho que un día se ofreciera ocasión para hablar con la hermosa doña Andrea, y mi buena suerte quiso que, una tarde, por tener don Enrique una visita de unos caballeros, amigos suyos que le habían venido a ver de la ciudad, me dexó en compañía de sus hijas y de mi hermano. Viendo yo la ocasión a medida de mi desseo, estando doña Andrea sentada a la cabecera de mi cama en una silla la dixé estas razones:

»-Por desagradecido me tuviera, hermosa señora, si la merced que he recibido y recibo en vuestra casa, la pagara con sólo desseos de serviros, que era pequeña paga a tanta deuda y así, por hacerla equivalente, dexo mi alma en prendas de tantas obligaciones, muy gustoso de que se enajene de mí por que os sirva a vos de quien ya podéis llamaros dueño absoluto si ella merece esta dicha.

»Los colores del hermoso rostro de doña Andrea se aumentaron con esto que me oyó que, aunque por las acciones exteriores había conocido afición. en mí por lo que después supe, no estaba muy cierta della. Al fin me respondió así.

»-Muy poco se os ha servido en esta casa, señor don Gutierre, respecto de vuestros méritos y la voluntad de mi padre, que ella sola podrá suplir las faltas que en ella viéredes y esto mismo digo de parte de mi hermana y mía que, cuando al ser quien sois no se debiera la caridad, aun en el de menos méritos se ha de ejercer, y con este presupuesto podíades recibir, este pequeño servicio sin el cuidado de la paga, aun en el reconocimiento de la deuda, pues no hay de que le tengáis, cuanto más de hacerla con cosa de tanta estima como vuestra alma. Por muy dichosa me tuviera a ser singular en recibir tal prenda, pero vuestra edad, gentileza y gala me asegura que estará ya hecho este ofrecimiento con quien os lo haya merecido, cierta de vuestra voluntad como yo lo quedo con la cortesía con que me lo habéis hecho.

»-Ninguna -repliqué yo-, admite ofrecimiento de tal prenda sin prompta voluntad de su dueño, y si otros usan de tales términos para llegar lisonjeando, pareciéndoles que han de ser creídos, yo soy muy diferente de todos. El primero dueño que conoce mi alma sois vos y por quien me tengo por dichoso en ser por tal causa trofeo del niño Amor y assí el mayor mal que padeceré en esta cama, será la pena de que no me creáis estas verdades que me dicta el alma que os diga.

»-Fácil fuera en la credulidad -dixo ella-, si tan pronto la hallárades en mi a ser desta ciudad, donde presto os averiguara la vida, pudiera ser más cortés en creeros, sabiendo no tener cosa que la contradixera; pero siendo forastero habéisme de perdonar que no tengo por tan feas a las damas de Iaén y a vos tan olvidado de ser galán que me persuada que ellas nos hayan hecho de vos lo que me negáis y que vos no hayáis assí mismo correspondido a sus favores.

»-Los vuestros me falten, que será para mí la mayor desgracia -dixe yo- si hasta hoy he tenido cosa que me dé cuidado, no porque falten en mi patria muchos sujetos que me le pudieran dar, sino porque hasta ahora he gustado de vivir libre, ocupándome más en el ejercicio de la caça y en hacer caballos, que en el de ser tributario de amor.

»-Muy bien lo decís -dixo doña Andrea-, assí lo quiero yo creer porque no os quejéis de mí y no desestimo la merced que me hacéis; pero para conocer que es verdadera, fío del tiempo que me assegure mejor.

»-El saldrá por fiador mío -dixe yo-, como me deis esperanças de que, conocida mi verdad, seré favorecido de vos.

»-No las ofrezco -dixo ella- por la duda con que estoy, que a estar sin ella, no quedáredes con quexa, ni yo con vos en opinión de desagradecida que no debo tenerla sino de dudosa.

»-Dándome el cielo salud -repliqué yo- me ofrezco a haceros cierta de mi verdad, como a reconocido por vuestro esclavo siempre.

»-Esta humildad os acreditará para conmigo, porque me agradan siempre los hombres desconfiados que es la basa en que estriba la discreción.

»Passáramos adelante con nuestra plática si don Enrique no la estorbara con volver de su visita acompañado de los caballeros con quien había estado que, contándoles mi suceso, quisieron verme, en particular uno de ellos, que era este mi enemigo don Carlos, el cual estaba aficionado de doña Andrea y, pareciéndole que ella estaría conmigo, tuvo más desseo de que me hiciessen la visita. Entraron, pues, y con grande cortesía se me ofrecieron significándome haberles pesado de mi desgracia ofreciéndome de camino todos sus caballos para el futuro regocijo, a que yo correspondí con toda la cortesía que pedía su ofrecimiento. En el semblante que don Carlos mostró viendo tan cerca de mí a doña Andrea, que fué no muy agradable, conocí que era yo la causa y que debía de tener a la dama alguna afición, pero presto salí de la duda como veréis.

»Dentro de doce días estuve para levantarme, en el cual tiempo siempre me asistió la hermosa doña Andrea con mucho gusto y con quien le tuve muchos ratos a solas, haciéndome algunos favores honestos con muestras de voluntad. Viendo, pues, que era forçoso el volver a Iaén pues estaba ya en disposición para ello di cuenta a mi dama de mi partida, hallando en ella muestras de sentimiento de que la hiciesse. Olvidábaseme de deciros como mi madre había envidome a visitar y, en agradecimiento del buen hospedaje que de don Enrique y sus hijas recibí, les envió un gran presente que estimaron en mucho. Con esto me dió motivo para decir a mi dama, si, de parte de mi madre, sería bien que les enviase a convidar para la fiesta que se esperaba y díxome que lo estimaría su padre mucho. Llegó, pues, el día de nuestra partida y no tuvo menos sentimiento mi hermano que yo, porque estaba muy enamorado de doña Estefanía. Contaros los extremos de pena que vi en mi doña Andrea al partirme, fuera cansaros; sólo diré que me volvió a acordar lo del convite, aunque no había para qué, pues tan a mi cargo iba como quien tanto le importaba. Efectué la compra de los cuatro caballos y con otros dos que me dió don Enrique de su caballeriza, me partí a Iaén donde fuí recibido de mi madre y amigos con mucho gusto. Y dando a mi madre cuenta más por menudo del agasajo y favores que don Enrique y sus hijas me habían hecho la persuadí a que enviase a convidarles a las fiestas. Hízolo así con un anciano escudero de su casa y admitió el ofrecimiento don Enrique, poniéndose en camino con sus hijas. Media jornada antes de llegar a Iaén, les salimos a recibir don Claudio y yo con otros caballeros parientes nuestros, siendo grande el contento que con nosotros recibió el buen caballero, pero más en particular sus hijas con mi hermano y conmigo. Las fiestas se hicieron, a las cuales vino mi competidor don Carlos, no poco celoso de que posase doña Andrea en mi casa, temiéndose de que me favorecía. Ocho días después del regocijo estuvo don Enrique en Iaén donde le regalé cuanto pude, deuda bien debida al buen hospedaje que en su casa había recibido, en el cual tiempo se assentó más nuestro amor entre los cuatro hermanos. Volviéronse a Córdoba, prometiendo yo a don Enrique ir a verle presto. El me dixo, que en ninguna ocasión lo podía hacer mejor que en la de otras fiestas que se hacían para el día del glorioso Patrón de las Españas, que era de allí a un mes; yo acepté el ofrecimiento como quien tan interesado era en verme con mi dama.

»En este dichoso estado estaban mis cosas cuando quiso la fortuna, que nunca permanece en un ser, darme un penoso susto con lo que ahora oiréis. Tenía don Enrique un derecho a un mayorazgo de un caballero de Córdoba su pariente, el cual, si bien estaba en posesión, tenía alguna duda su justicia, y temiendo sentencia en contra, que era la última

en la Chancillería de Granada, quiso concertarse con don Enrique la parte contraria, y el concierto fué que se casase con doña Andrea. Hiciéronse con esto las capitulaciones con que se despachó por dispensación a Roma para casarse. Yo fuí avisado desto, y fijé tanta la pena que recibí, que estuve en poco de perder el juicio. Consolóme mi dama, asegurándome que nadie sería su esposo sino yo, que la dispensación no vendría en aquellos dos meses y que antes daría orden como se estorbasen los disignios de su padre, casándonos los dos. Alentéme con esta promesa y llegado el tiempo de las fiestas fuí a Córdoba sin la compañía de mi hermano, por estar con una fiebre maliciosa en la cama, bien penado por no poder ir a verse con su doña Estefanía; pero fuí acompañado de dos primos míos, por cuya causa no fuí a posar en casa de don Enrique, cosa que él sintió mucho y aun porfió en que todos habíamos de ser sus huéspedes, pero no lo pudo acabar conmigo. Víame muy a menudo con mi dama, y con ella comunicaba el modo que tendría para hacer nuestro casamiento, que, sin la voluntad de su padre, lo tenía por dudoso, pues era cierto, que, por la codicia de no perder el mayorazgo, aunque me mostraba voluntad, la tendría mayor al sobrino que era rico. Y después de muchas traças que dimos, la última fué que yo la sacase de casa de su padre dexándole un papel escrito de como salía con su esposo, habiéndonos dado las manos antes, para que lo tuviese don Enrique a bien, que de casarse con su primo tenía notable pena; con esto me dixo que me avisaría la noche que había de ser. Yo avisé a mis dos deudos del caso, y ellos se ofrecieron de ayudarme en todo con mucho gusto teniéndole de mi buen empleo, con lo cual aguardaba la resolución de mi dama.

»Hizo una noche don Enrique un banquete en el cual nos hallamos muchos caballeros y entre ellos don Carlos, el aficionado de mi dama. Después del banquete hubo una comedia, con que hubimos de salir algo tarde. Al despedirnos todos, doña Andrea mandó a una criada suya de quien se fiaba, que saliese a un cancel de la puerta de la sala, y que me diese un papel en que me avisaba que, aquella noche, era a propósito para el caso que teníamos concertado, que estaría prevenida. Pero mi corta suerte fué tal que, por la oscuridad del sitio donde se puso, por darme el papel a mí, se engañó y se lo dió a mi competidor, el cual, con el aviso, no obstante que se imaginó para quien se daba, se determinó a ser el tirano de mi gusto, y assí, previniendo dos caballos, fué a la puerta del jardín donde a la media noche, halló a doña Andrea que le aguardaba en aquel sitio. Ella, con el desseo de verse conmigo, sin desconocerle en la voz que assí se dexa entender, se dexó poner a caballo y ser llevada de don Carlos.

»Venido el día, siendo echada de menos doña Andrea de sus criadas, se lo fueron a decir a su anciano padre, el cual se levantó y acudió a su aposento; no la halló en él ni en el de su hermana, que eran otras dos piezas más adentro. Preguntóla por ella, y doña Estefanía no le supo dar más razón de que, desde que se había ido a acostar no la había visto más. Volvió don Enrique a su aposento y sobre un bufete halló un papel cerrado, el cual, abierto, contenía estas razones:

»Temiendo a tu rigor, no obedeciéndote en el casamiento capitulado con mi primo que no era

con mi gusto, he dado la mano de esposa a don Gutierre, persona de las calidades que sabes, pues le conoces; con él me voy a Iaén: suplicote consideres que, el empleo que sin gusto ha de durar toda la vida, es una muerte civil, y vale más vivir sin hacienda que sin contento. El cielo te me guarde más que a mí.

»No podré encareceros cuánto me significaron que había sentido don Enrique, que pecaba un poco en codicioso, la resuelta voluntad de su hija en casarse conmigo, que, si bien era muy aficionado mío, la cantidad del mayorazgo que perdía por no casarse doña Andrea con su sobrino, le hizo el perder yo su gracia. ¡Oh, fuerza del vil interés; qué de noblezas destruyes, y qué de sangres limpias adúlteras! Fuéronle luego a decir a don Enrique que yo estaba en la plaza haciendo mal a un caballo y él, indignado con la nueva, pareciéndole que el desacato mío en estarme en Córdoba con lo que había hecho era hacer menosprecio dél, fué a dar cuenta a la justicia del caso, pidiendo la fuerza de su casa. Dióle pena el verle al Corregidor; pero lo que le consoló era el parecerle que, casándose doña Andrea conmigo, estaba todo acabado. Salió de casa, y hallándome en la plaza, me prendió sin decirme la causa porque me prendía, llevándome sus ministros a la casa del Cabildo donde me dexó con cuatro guardas. Yo estaba ignorante de lo que passaba, hasta que amigos míos me dieron razón de todo, con que me hallaba el hombre más confuso del mundo. Tomáronme luego la confesión, preguntándome dónde estaba doña Andrea por mi orden, a lo cual dixé, no saber de ella ni haberla visto desde la noche antes en la fiesta de su casa; pero el escribano, que era conocido mío, me dixo:

»Señor don Gutierre; esto ha de parar todo en bien: pues las calidades son iguales, lo mejor es confesar la verdad, que, de lo contrario, puede ofenderse don Enrique y, aunque está colérico, todo ha de aplacarse. Una criada de mi señora doña Andrea os condena diciendo que anoche os dió un papel al salir de la fiesta de su casa, en que presume iba el aviso.

»Aquí fué donde yo perdí del todo la paciencia, jurando con mil juramentos estaba inocente de lo que me imputaban. Mandáronme llevar a una torre donde me pusieron prisiones y dobladas guardas. Considerad cuál podía yo estar con lo que había sucedido. No sé cómo no me di la muerte yo mismo: ¡tanto me apuró la pena! Quiso el cielo que, echando menos a don Carlos en la ciudad, dieron luego en que él había sido quien había llevándose a doña Andrea, y esto se verificó por un moço de caballos suyo, que dixo haber adereçado dos a media noche y que, llevándolos un lacayo entrambos, le fué siguiendo por curiosidad hasta el jardín de don Enrique, el cual estaba abierto aquella hora y que por la puerta había visto salir a una persona que no distinguió si era hombre o mujer, mas de que se pusieron a caballo y partieron de allí a toda priessa. Con esto se le hizo otra pregunta a la criada de doña Andrea, si sabía con certeza a quien había dado el papel, y con lo que había oído no supo decir más hallándose confusa de que, le había dado en parte tan obscura que, no se afirmaba de cierto si era yo o otro a quien se le dió. Con esto despacharon alguaciles con requisitorias en busca de don Carlos, estando el negocio de peor condición para don Enrique, porque aborrecía sumamente a don Carlos y sentía que su hija se hubiese empleado en él; pero el papel que le dexó escrito le ponía en confusión como en él le daba cuenta de que era yo con quien iba desposada, y assí se halló perplexo en este caso sin saber que hacerse. Al fin, le persuadieron todos en que

don Carlos era quien me había hurtado la bendición, y gozado de la ocasión, por el yerro del aviso, con lo cual consintió que me soltasen de la prisión. A penas tuve libertad, cuando, sin aguardar compañía, me puse en camino con el dinero que pude juntar y de mis amigos, siguiendo el que iba a Madrid por donde me pareció que debían de ir los dos, y cuatro jornadas de aquí tuve nuevas de que había posado en la misma posada que yo posé, y así mismo del disgusto con que doña Andrea caminaba. Y después, en todas las partes donde había estado, me iba informando, hasta que llegando anoche a este lugar, me vine a posar a donde don Carlos estaba, que era en esta posada, y aquí hago paréntesis en que sepáis que, por no ser seguidos, ordenó don Carlos el dexar el camino ordinario de Sevilla y venir por otro hasta dar en este que va a Valencia. Persuadí al huésped que me llamase a don Carlos, hízolo y sucedió, por mi desgracia, lo que visto habéis, mas querrá el cielo que yo le halle y me pague la crueldad que usó con mi dama. Esto es, caballeros, lo que ha paseado por mí hasta ahora.»

Mucho se holgaron los dos amigos de haber sabido el origen de los amores de don Gutierre, al cual animaron diciéndole que esperaban en el cielo daría presto salud a su dama. Con esto volvieron a verla, y, dándole nuevas de la mucha mejoría con que estaba, le alentaron a don Gutierre mucho, dándole las gracias de su asistencia allí. Doce días pasaron después que don Gutierre se comenzaba a levantar y contaros lo que con su dama pasó sería prolijo en mi relación. Siempre asistía a su cabecera, con cuya vista, la hermosa Andrea iba convaleciendo. Una noche que don Gutierre se había acostado algo temprano por no haberse sentido bueno, los dos amigos estaban con su dama entreteniéndola y, a cosa de las diez horas, llegó a la posada un caballero acompañado de dos criados y dixo venir de Córdoba. Quiso Lisardo informarle de lo que passaba en aquella ciudad y preguntóle por las cosas de don Enrique. El respondió que, con la pérdida de su hija, que le había llevado don Carlos, estaba enfermo en una cama y, tan agravado de una prolija enfermedad, que no se levantaría de allí con vida. Preguntáronle si se sabía alguna nueva de don Carlos a que dixo haberle encontrado dos jornadas de allí un día al amanecer muy cargado de pistolas, y que, preguntándole qué se había hecho de doña Andrea, le había dicho que la dexaba en un monasterio donde había gustado de ser monja y que, diciéndole que por qué había consentido aquello sacándola de casa de su padre, pues le estaba muy bien que fuera su esposa para heredar con ella un rico mayorazgo, le dixo que ella no había salido de su casa con pretexto de irse con él, sino con un don Gutierre, natural de Iaén, pero que él, queriéndola bien, gozó de la ocasión para gozar della, como lo había hecho; después de lo cual, no siendo a propósito el casarse con ella, la había forçado a tomar el hábito en aquel monasterio. Notable admiración causó a los dos la nueva del forastero, viendo cuán falsamente don Carlos había levantado aquel testimonio a la pobre señora, y así le dieron cuenta de lo que pasaba, con que le dexaron admirado. No estaba tan lexos la parte donde esto se hablaba del aposento de doña Andrea, que no lo oyese todo, con lo cual, causándole tierno sentimiento, dando un grande suspiro, se quedó desmayada: oyéronla los dos amigos y con el forastero entraron allá, hallándola sin sentido alguno. Hicieron todas las diligencias posibles para que volviese y al fin volvió, pidiéndoles con grande encarecimiento que le truxessen luego un confesor y le llamasen a su don Gutierre. Hízosse todo con brevedad; confessóse y diéronle luego el Viático por orden de un médico que la vió, descontento de

su indisposición y repentino accidente. Y después de haberle recibido con mucha devoción y lágrimas dixo, vuelta a don Gutierre:

-Amado señor mío, yo conozco en mi indisposición, cuán pocas horas tengo de vida; este accidente ha causado el sentimiento de haber sabido lo que el cruel don Carlos ha publicado de mí, y fuera una necia y sin entendimiento, si no cumpliera con la pena que tengo tocándome tanto en la honra, sino diera fin a mi vida. Para que yo tenga buena muerte, os suplico que, delante de todos estos señores, me deis la mano de esposo, llamando al Párroco para que sea más firme nuestro matrimonio, que, con esto, moriré consolada y honrada a pesar de quien procura mi infamia. Esto decía vertiendo copiosas lágrimas de sus hermosos ojos y perdiendo el sentido cada instante con uno y otro desmayo. Don Gutierre se arrodilló delante de la cama, y, tomándole sus manos, se las besaba muchas veces, diciéndola:

-A mí me está muy bien, dueño mío, la resolución vuestra; pero querría que os esforzássedes con menos pena a librar en mí el castigo que merece el aleve don Carlos. El cual os prometo que no se me escape sin recibirle de mi mano como merece.

-Antes os suplico, esposo mío -replicó ella-, que no usséis esse rigor con él, muera o viva; porque el cielo tiene el cuidado de su castigo, y én él confío que sabrá volver por mi inocencia y mi reputación sin riesgo vuestro.

Llegó el Párroco y, con los testigos presentes, desposó a los dos amantes alentándose la herida dama un poco con este gusto y haciendo que viniese un escribano ordenó su testamento, por si acaso su padre fuese muerto antes que le otorgasse, para que fuese válido. En él dexó por heredero en todos los bienes libres a don Gutierre su esposo. Dexáronla reposar un rato, hasta que nuevo accidente la volvió a apretar de modo que, desconfiando todos de su vida, trataron buscar un Religioso que le ayudase a bien morir. La diligencia que en esto puso Lisardo se le lució, porque, aunque era más de la media noche, vino allí, y con santas y devotas razones la animó a passar aquel tremendo tránsito. Y habiéndose despedido tiernamente de su esposo y de los demás amigos, les volvió de nuevo a acordar que persuadiessen a don Gutierre, dexasse la vengança de don Carlos. Ellos se lo prometieron, con lo cual, haciendo actos de contrición, dió el alma a su Criador. Llególe la nueva a don Gutierre de su muerte, que estaba retirado en otro aposento, cuya pérdida solenizaba con tierno llanto, valiéndose de la prudencia para no perder el juicio; tan grande era su sentimiento. Los dos amigos le consolaban dando en tanto lugar para que se adereçase el cuerpo para darle el último honor en el sepulcro, que se le dió el siguiente día en un Monasterio. Allí estuvieron los tres caballeros seis días después de la muerte de la hermosa doña Andrea, consolando a su triste esposo, don Félix y Lisardo, y habiendo determinado partirse de allí a dos días, antes deste término, una noche, en medio del quieto silencio de ella, se partió el desconsolado don Gutierre sin dar parte a sus amigos. Echáronle menos a la mañana, sintiendo el haber tomado esta resolución y, encima del bufete de su aposento, hallaron un papel, el cual contenía estas razones:

«¿Quién duda, ¡oh charísimos amigos!, que conocidas en mí las obligaciones que os debo habréis juzgado por ingratitud mi secreta partida sin comunicárosla? Séame disculpa desta grosería el justíssimo dolor de la temprana muerte de mi querida esposa, a cuya última disposición se ajustaron tanto las voluntades vuestras, que no consiguiera la execución de mi vengança en el aleve don Carlos, a quedarme en vuestra compañía. Esto me obliga a dexaros por ahora, pero no a ser desconocido de lo mucho que os debo, pues, si salgo con lo que voy a emprender, seré el que más presto os busque reconocido siempre de tantas deudas que pido al cielo me dexé pagar y os guarde. Vuestro amigo don Gutierre.»

Mucho sintieron don Félix y Lisardo la acelerada partida de don Gutierre, y, sin ver su papel, le disculparan, discurriendo en el justo sentimiento que debía de tener por la muerte de su malograda esposa, y el enojo contra don Carlos. Vista su determinación, fué la suya proseguir su camino aquella tarde, teniéndoles lastimados lo que habían visto en aquellos dos amantes, con que le sirvió de consuelo a don Félix, pues, por lo menos, tenía en mejor estado sus cosas, desseando llegar a verse con su retirada dama. Lisardo no podía apartar de sí la pena de verse despreciado de quien tan injustamente le olvidó. Con esto, pues, ordenaron su partida que, por hallarse cerca de la raya del Reino de Valencia, ya no era necesario caminar de noche.

LIBRO CUARTO

Con menos fuerça hería el radiante Planeta apresurando su curso al Occidente, cuando los dos amigos, con sus criados, partieron de el lugar, teatro donde poco antes de su partir habían visto representar tantas tragedias, determinando dormir aquella noche en la venta de Pajazos cerca del río y que divide aquel áspero puerto. Yban pues don Félix y Lisardo tratando de la muerte de la malograda doña Andrea, que no la podían perder de sus memorias, y, juntamente del solícito cuidado con que andaría su esposo, vagando por varias partes para vengarse de don Carlos, y habiendo discurrido un rato sobre esto sin retirarse de que lo oyessen los criados, Negrete, cuyo pecho nunca agravió harpón del vendado Dios de Chipre, ni ofensa de todo el duelo del mundo, antes dado a la comodidad, todo su amor era pensar en no lo passar mal en el camino, y todo su duelo, el rato que le quitaban del sueño, interrumpiendo la plática de los dos amigos les dixo:

-Cierto, señores, que os tengo grande lástima viendo que siempre vuestras pláticas son, o quejas del rapaz Cupido, o discurrir sobre desgracias procedidas de su inconstante deidad, cosa, más para afligir los coraçones, que para alegrarlos. Dexad, dexad, digo, esas trágicas consideraciones para otro lugar que el del camino, y baste andar fuera de vuestras patrias, con causas tan forçosas, nacidas ya de la ingratitud y desprecio de pechos poco reconocidos de vuestras finezas, o ya de sucessos adversos, causados de la variedad de la inconstante Diosa, y templad el trabajo del viaje con algún divertimiento que, oprimido siempre el arco, suele romperse si no se le afloxa tal vez la cuerda. No me hizo Dios tan manco de gusto que no sea un torrente de chistes y un diluvio de gracias. Y pues sabéis que en uno y en otro soy perenne, dadme licencia a que, interrumpiendo

vuestra plática, yo la sazone con un romance que quiero cantaros, escrito a un discípulo de Galeno, tardo en ir a visitar a los enfermos, de quien cobraba a largo plazo los gajes y breve en sus visitas. Este, curando la casa de mi dueño en una peligrosa enfermedad que tuve, me dexó seis días sin verme y, cuando Dios y en hora buena se determinó a visitarme, fué tan apriessa, que no se le entendía lo que recetaba; no paraba un instante en la silla. A su viveza codicia y pequeñez de cuerpo, le hice estos versos que, si gustáredes de oírlos os los diré que, por lo menos, os servirán de divertiros de memorias que os pueden dar pena.

-No puedo negarte -dixo don Félix-, Negrete amigo, que te sobra la razón en cuanto dices, y assí, con licencia de Lisardo, digo que gustaré mucho de oírte cantar esos versos que, si son de la data de los passados, serán muy gustosos.

Viendo Lisardo el gusto que su amigo mostraba de oír a Negrete, le mandó que cantase el prometido Romance al asunto del médico a quien él conocía bien, y se había curado con él en algunas enfermedades. Obedeciendo, pues, Negrete, rompió el silencio assí:

Discípulo de Esculapio,
practicante de Averrois
que te llaman por lo agudo
Arlequín de los doctores.

Dime si te concebiste
en las minas del azogue
o si pensaba tu madre
en ardillas o en hurones.

Dícenme que allá en su vientre
le diste un tropel de coces
hasta que te arrojó al mundo
a ser de Galeno gozque.

Tus enfermos se me quexan
que el pulso tomas al trote,
ves la orina de carrera
y recetas de galope.

Si al pipiricojo escuchas
sus enfermas relaciones,
¿cómo curarás sus males
si con priessa se los oyes?

Tú debes de dessear
al que debaxo le coges,
que a síncope se te muera
o que a estornudos mejores.

Para más breve en visitas
serás dichoso, si escoges
una mula comadreja
que suba por los balcones,

donde sin dexar los fustes,
assí al viejo como al joven,
tomes el pulso a caballo
porque de enfados ahorres.

Contra dudosos salarios
son tus priessas más veloces,
que a toda paga impalpable
casi invisible te opones,

que al señuelo de una coba
del Mexicano horizonte
te abates con tanta flema
que con la silla te coses.

Quien te aguarde sin moneda
que aclara la vista torpe,
será Hebreo en la esperança
sin que en possession te goce.

Y cuando acaso le veas
forçado de obligaciones,
por paga de malos días
dexárasle a buenas noches.

Comigo, que tu presencia
aguardé casi seis soles,
fuiste pintura de amago
que nunca descarga el golpe.

Por lo cual escarmentado,
el mi Doctor, desde entonces
que Dios de mí te defienda
añado en mis oraciones.

Aun bien que nos tiene el cielo
en el Centro de la Corte
donde en cada esquina se hallan
quien las saludes taconen.

La faltha de tu inquietud
yo dudo que se mejore,
si no te baña las sienes
el orinal de san Cosme.

Doctor démonos por buenos,
y como queexas se ahorren,
yo tu amigo seré sano
pero en enfermando, ¡oxte!

Todo lo que duró el jocoso romance que cantó Negrete, se le escucharon con mucho silencio, y después fueron grandes las alabanças que le dieron, assí de los buenos versos como del haberle cantado con mucha gracia. Llegaron con éste divertimiento y otros a la venta de Pajazos; en ella se apearon, trataron luego de que se les hiciesse la cena, por recogerse luego para madrugar mucho essotro día. Hízose, pues, con diligencia, y habiendo cenado con gusto, les dieron a los dos amigos un buen aposento con dos camas, donde se fueron a reposar. Bien sería tres horas después de la media noche, cuando Lisardo, como más cercado de penas y cuidados, despertó y sintió que cerca de su alojamiento en otro vecino dél, que hablaban dos personas y, aunque era en baxa voz, el delgado tabique que dividía los dos aposentos, daba permissão a oírseles las razones de su conversación. Quiso, pues, el desvelado caballero, puesto que no podía dormir, atender con despierto y curioso oído a lo que las dos personas hablaban, y pudo escuchar al uno que dixo:

-Bien se ha logrado vuestro intento, hermosa doña Mayor; sólo resta, para no ser hallados, ver el modo con que nos hemos de encubrir, pues sabes cuánta indignación causará a los deudos de don Leandro, que no hay duda sino que luego han de imaginar ser yo el autor desta muerte, como enemigo tan declarado suyo y competidor en sus amores.

Aquí respondió la mujer a las razones del que la hablaba, diciéndole:

-De todo lo que me dices, don García, estoy advertida y con el cuidado que pide el peligro en que estamos, del cuál sólo nos puede librar la confusión de la Corte. Lleguemos a ella, que allí se dispondrá todo como más nos conviniere; lo principal, que ha sido haberme vengado del falso don Leandro, ya está hecho, y assí, después de su muerte, no temo quanto me pueda venir estando en tu compañía.

-Estimo en quanto puedo el favor que me haces -dixo el que se llamaba don García-, que es bien debido a la grande voluntad que siempre he tenido, y assí desseo que tengas en la memoria este servicio para premiarle, cuando sin el presente cuidado nos viéremos.

-Pierde el que tienes y te da recelo dudando de mi voluntad -dixo la mujer-, que yo seré tuya, agradecida siempre a lo que has hecho por mi vengança, y pues es hora de ponernos a caballo, baxemos de aquí al portal de la venta.

Hicieron con esto algún rumor para salir del aposento y a este tiempo ya había Lisardo despertado a su amigo don Félix y dándole parte de lo que había oído. Dessearon saber quiénes eran los vecinos huéspedes y en qué traje venía la mujer que se llamaba doña Mayor, y con ocasión de llamar a sus criados para que se levantassen a dar orden en caminar, salieron medio desnudos de su aposento a tiempo que, a la luz que llevaba una criada del ventero, vieron baxar un mancebo de buena disposición y un criado con sus cojines, y, tras él, otro mancebo de edad de veinte y cinco años, de gentil talle, a quien acompañaba un muchacho cubierto el rostro con una mascarilla. Este iba en hábito de lacayuelo; el vestido era leonado, cuajado de mucha guarnición de plata y el capotillo con muchas cintas y un sombrero del color del mismo vestido, adornado con muchas plumas blancas. Ya les estaban aguardando tres alentados rocines en que se pusieron, desmintiendo su sexo la dama, en la agilidad con que ocupó la silla del suyo. Salieron con esto de la venta, estando los dos amigos confusos sin saber donde dexaban hecha aquella muerte que habían comunicado antes de la partida. Ya era hora de caminar, y así se pusieron a caballo, tomando el derecho camino de Valencia.

Un cuarto de legua habrían caminado, cuando la blanca Aurora restituyó los colores a las flores y plantas, dando con su venida motivo a las aves para hacer las sonoras salvas. Caminaron ya de día cosa de media legua, cuando, yendo entretenidos con los donaires de Negrete, vieron de entre las malezas de aquel áspero puerto, salir al camino un ligero rocín desenfrenado, con un aderezo de campo muy lucido, en cuya mochila llevaba las cuatro bolsas que usan los que cursan el venátil ejercicio, y estas vieron que iban ocupadas según el bulto en que cada una de ellas parecía. Apeóse Negrete a tomar el rocín, lo cual pudo hacerse fácilmente por estar cansado. Esperaron con él más de media hora, por ver si vendría el dueño, mas como no viessen venir a nadie en todo lo que descubría del camino, quiso la curiosidad de Negrete examinar lo que había en las cuatro bolsas de la mochila. En la una dellas halló un legajo de papeles que le pidió luego don Félix y, desdoblado el primero, vió ser letra de mujer y que contenía estas razones:

«La pena que me causa vuestra ausencia, mi don Leandro, me obliga a pedir os sea más breve vuestra venida de lo que me habéis escrito, con que veo que no hay verdadero amante sin temor ni desseo enteramente cumplido. Mi padre le tiene de darme esposo y según la afición que muestra a don Hugo, Caballero de Valencia, creo ha de intentar dármele por dueño, y a los dos este pesar. Vuestra presencia puede escusar estos lances, si ya los de esta Corte no estorban mi dicha y marchitan mi esperança. Dios os guarde y traiga a mis ojos como desseo. Vuestra hasta la muerte.»

Con este papel hallaron otro de letra de hombre, en que vieron escrito este aviso:

»Quien os desea servir, señor don Leandro, os avisa que guardéis vuestra vida y no salgáis de noche sin ir bien puesto o bien acompañado, que se trata de vuestra muerte con mucha brevedad; la causa vos la sabéis mejor que quien os da este advertimiento. La salida desta Corte podrá escusar este daño. Recibid la buena intención.»

Junto a éste estaba en otro papel envuelto un hermoso retrato de una dama, cuyas perfetas acciones admiraron a los dos amigos, y dieron luego por el nombre de don Leandro, a

quien se escribieron los dos papeles, que era este caballero el que dexaban muerto los que habían posado con ellos en la venta, y lo testificaba también el rocín sin dueño que vieron salir de entre la espesura del pinar al camino, habiendo sentido otras cabalgaduras. Con esto se determinaron a entrarse en el pinar por la parte que le habían visto salir, por si hallaban rastro de lo que presumían, y assí lo executaron, caminando por una senda angosta que decendía a un valle que, cercado de árboles, estaba media legua de donde habían cogido el rocín. En él vieron cerca de una fuente tendido a un hombre en el suelo, el cual estaba teñido de su rojo humor, no moviendo pie ni mano. Apeáronse Lisardo y don Félix y acomodándole Lisardo la cabeça entre sus manos, vió que tenía en el cuerpo cuatro heridas penetrantes. El rostro estaba cárdeno, vueltos los ojos y traspillados los dientes, señales de haberle desamparado la vida, si bien el cuerpo estaba aún caliente. Con el moverle Lisardo se estremeció algún tanto con que le dió algún consuelo, viendo que su alma aún no había desamparado su habitación corpórea. A este tiempo, por entre aquellos pinos y encinas llegó un hombre a toda priessa, vestido de camino, como lo estaba también el herido. Acompañábale un sacerdote y, arrojándose al suelo desde una mula en que venía, con tiernos solloços començó a llorar sobre el herido caballero juzgándole ya por muerto. Apeóse assí mismo el Sacerdote, y, llegándose al herido, le apretó una mano fuertemente estremeciéndole el cuerpo, diciendo en altas voces que hiciesse alguna demostración de arrepentimiento de sus culpas para poder absolverle dellas. Aquí la misericordia divina obró piadosamente, porque, dando un penoso suspiro, le apretó la mano, de que le tenía asido, dando muestras de arrepentimiento de sus culpas, con lo cual el sacerdote le absolvió, dexando a los presentes consolados. Después desta christiana acción trataron de dar orden como se llevase al más cercano lugar; mas halláronse confusos sin ver disposición en que poder ir, por estar tan mal herido; mas su criado, saliendo al camino para si topaba con más gente que les ayudasse, quiso su buena suerte que de Madrid venía un caballero en una litera, el cual pasaba a Valencia. Dió cuenta del desgraciado successo de su dueño, y pidióle con gran afeto que diesse su litera para llevarle a curar. Era el caballero compasivo y al punto se apeó para que sirviesse su litera en tan piadoso como justo socorro. Llegaron con ella donde estaba el herido y poniéndole en ella y los demás a caballo, caminaron con él hasta un pequeño lugar media legua de allí de donde era Cura el Sacerdote que le había absuelto, en cuya casa se aposentaron todos a ruego suyo. Hallóse allí de passo un soldado que sabía curar por ensalmo, el cual les pidió que le dexassen con el herido caballero que, pues estaba aún con vida, sería Dios servido que no se le muriesse como muchos a quien habla curado. Miróle las heridas y aunque eran peligrosas, todavía, les dió esperanças de su salud. El caballero de la litera quiso proseguir su camino, sacóle Lisardo al campo y preguntóle en secreto qué barrios eran los que vivía en Madrid; él le dixo que en la calle de San Bernardo. Holgóse Lisardo de oírle esto, y preguntóle si conocía a Gerarda, hija de doña Teodora. Dixo que sí y que della le podría decir que, había ocho días que la viera partir de Madrid en una litera, acompañada de un caballero de gentil disposición, que en su hábito parecía soldado. Con esto se despidió de Lisardo, dexándole confuso y con nuevos celos en pensar que era don Fadrique de Peralta el que la acompañaba, con quién presumía que iba casada a Navarra. Dió cuenta desto a don Félix, que le halló dando orden en que se le diesse una sustancia al herido, el cual, de lo que le dixo Lisardo no supo qué decirse sino presumir lo que él mismo en su salida de Madrid; pero para consolarle le dixo que presto sabrían la determinación de la partida, escribiendo a Madrid

para que les avisassen de la certeza desto. Ya le habían dado la sustancia al caballero, que, vuelto algún tanto en su acuerdo, la tomó, y con ella se alentó un poco, no sabiendo en el lugar donde estaba, ni aún casi acordándose de lo que le había sucedido; tal estaba de haber perdido tanta sangre.

Aguardaron otro día en que el soldado le curó y halló mejores las heridas, dándoles buenas esperanças de que cobraría presto la salud por haber conocido que las heridas no eran penetrantes. Con esto visitaron al enfermo los dos amigos, dándole cuenta su criado de quien eran, y lo que les debía, diciéndole que habían suspendido su viaje hasta verle fuera de peligro, agradeciéndole el enfermo con las más corteses razones que pudo, y, por dextarle reposar, se fueron a su aposento, que les tenía adereçado el cura, que, como hombre rico, assí de patrimonio como por la Iglesia, desseaba hacerles todo gusto en su casa.

Ocho días se passaron, en los cuales el soldado dexó sano de sus heridas a don Leandro, que assí se llamaba el Caballero, si bien flaco de mucha sangre que había perdido. Fuéle pagada su cura con mucha liberalidad y agradecimiento, assí de la parte de don Leandro como de la de don Félix y Lisardo, con que se despidió de ellos. Y sabiendo los dos amigos que don Leandro iba a Valencia, de donde era natural, quisieron aguardar a que estuviesse en disposición de caminar, que sería presto.

Un día que don Félix y Lisardo estaban con don Leandro, le pidieron encarecidamente que, si no le era cosa de disgusto, les dicesse parte de la causa de su desgracia, de la cual habían tenido noticias primero que nadie, como después sabría. Don Leandro, pareciéndole que era justo hacer lo que le pedía, les dixo que gustaría de servirles y assí, prestando atención, començó su discurso desta manera:

«-A la pretensión de un hábito y una Encomienda que tuvo mi padre, de que llevo ya hecha la merced, vine a Madrid, habrá nueve meses y, tomando posada en los Barrios de San Basilio, acertó a ser frontero de unas casas principales en que vivía un caballero de Burgos que había sido procurador de Cortes por aquella ciudad, y assistía allí después de acabadas ya sus pretensiones. Este tenía una hija cuyo nombre era doña Mayor; su hermosura os pondero con sólo deciros que no había cuatro damas en Madrid que la hiciessen ventaja. Tenían todas las ventanas de su casa celosías verdes, a donde assistía todas las mañanas y tardes, sin ser vista, a ver la calle. De allí me vió muchas veces en los balcones de mi posada, como se ofrecía, ya medio desnudo o ya vestido. Debíle parecer bien o a ella se le antojó passar el tiempo conmigo por acertar con la verdad. Al fin, dió parte desto a una criada, con quien, tal vez que su ama salía de casa, hablaba yo abriendo la celosía. Esta, inclinada a darme gusto, me dió cuenta de como su señora hablaba muchas veces de mí, favoreciéndome con alguna pasión. Yo, no dando crédito a sus razones, atribuí a lisonjas más que a verdades cuanto me decía, diciéndola que no tenía yo partes para merecer tanto favor de quien era tan celebrada en la Corte. Passáronse algunos días, siempre continuando Emerenciana, que assí se llamaba la criada, el decirme esto, y en uno, que era del mes de Julio, quando frecuentaba el río toda la Corte, ya a bañarse o ya a gozar de la gente que le assiste, vinieron unas damas en un coche a mi posada, donde habían concertado con un amigo mío verse para ir a merendar al sotillo

después de bañarse. Era gente principal y las dos dellas muy bizarras y hermosas. Estas, pues, subieron a mi cuarto donde me hallaron en calças y jubón, hábito en que estaba hasta muy cerca de la noche, que entonces salía de la posada por ser, como os digo, los calores insufribles. Recebiles con la cortesía y agasajo que merecía su calidad, por ser la una, a quien mi amigo quería y estimaba, el cual no tardó mucho en llegar después de ellas. Con el alborozo de verlas favorecer mi posada impensadamente, traté poco del recato que debía tener con las ventanas de ella, y así pudieron ser vistas curiosamente por la hermosa doña Mayor, y como conociese ser gente principal, según el hábito, aunque no conocidas della, y así mismo ser hermosas, dió lugar a que en su pecho entrasse un género de celos o no sé cómo los llame, pues no había amor confirmado en él. Llamó luego a Emerenciana y, con alguna pasión, le dixo:

»-¿Qué te parece, amiga de don Leandro, si tiene en su casa quien le entretenga esta tarde? Todo cuanto hasta aquí me había parecido bien ha perdido para conmigo, por lo que he visto.

»La criada le dixo:

»-¿Pues es maravilla divertirse y entretenerse un hombre moço y de las partes de don Leandro?, ¿Quién hay en esta Corte de su edad que no trate de lo mismo? Comigo a lo menos no habiéndole dado intención para que me sirviera no perdiera nada con esta acción: peor fuera que en edad madura tratara desto, como muchos ancianos que conocemos tratar de empleos, como si ahora començaran a vivir.

»-Con todo -dixo doña Mayor-, no quisiera verle tan bien ocupado.

»-Pues ¿qué te va, a ti- dix o la criada-, que él trate de su gusto?

»-Quisiera yo -replicó su ama- que él se dispusiera a servirme, o a la menos que, sabiendo que yo vivo aquí, que no lo puede ignorar, hiciera algunas diligencias por verme.

»-Divertido en sus pretensiones -dixo, la criada-, no debe de haber tenido essa curiosidad, o pareciéndole ser cosa de asiento y espacio.

»-Antes, divertidos en tales empleos -replicó ella-, se olvida de lo que le pudiera estar mejor, pues a obligarme, no le estuviera mal heredar comigo el mayorazgo de mi padre.

»-Nunca te pensé ver tan declarada -dixo Emerenciana-, pero, pues ya lo estás comigo, si gustas, yo le daré intención para que te sirva, sin que él presuma que de ti salga tal pensamiento.

»-En. ninguna manera -dixo la dama-, gustaré de que tal hagas.

»Esto supe yo después de Emerenciana. Hízose hora de ir al río; hice que me pusiessen mi coche y entrándome en él con el amigo y las damas que habían venido, nos fuimos, viéndolo todo doña Mayor con mucha atención desde su ventana, la cual, sin poderlo

sufrir, mandó a un paje, fuese a avisar a una tía suya, hermana de su difunta madre, que, si gustaba de baxar al río la enviaría el coche. Todo le sucedió bien, porque la anciana tía estaba con el mismo deseo y así se fueron las dos con Emerenciana al soto, y al río, llegando allá cuando se ponía el sol. Habíamos tomado sitio para merendar cerca de los primeros molinos en una umbrosa estancia, y como el río en tal tiempo siempre estaba vadeable, pudo venir por el agua el coche de doña Mayor y su tía, hasta que nos descubrieron. Yo no conocí el coche, y así no recelé de hablar con las damas en general, porque en particular sólo mi amigo era el que hablaba con la suya. Tomaron asiento, saliendo del coche, cerca de donde estábamos, y yo, desseando conocer quién fuesen las recién venidas, porque estaban de emboço, puse la vista curiosa y atentamente en ellas; pero, venían tan emboçadas que, no pude divisarles un átomo de ojo: tal cuidado tenían con taparse; pero no lo pudieron hacer como desseaban, porque, a hurto dellas, se me descubrió a Emerenciana, dándome a entender con esto y una seña que me hizo, que su ama estaba allí. Estimé la ocasión y tracé modo como poderme introducir con ellas; no le hallé sino por el camino de burlarme de cuanto se ofrecía a la vista y decir de todo disparates, sólo a fin de hacerlas reír, con lo cual pude a vueltas decir algunos a las vecinas emboçadas; mas a ninguna cosa de cuantas les dixé quisieron responderme. Truxeron la merienda y fué tan abundante que pude, por modo de cortesía, enviarles algunos platos regalados, suplicándoles me perdonassen el atrevimiento. Agradeciéronme el cuidado con corteses razones; merendaron y estuvieron allí hasta que vieron que nosotros nos veníamos que fué a tiempo que llegaron otros dos caballeros amigos míos, con cuya venida pude dexarlos entretenidos con las damas que ya estaban en el coche y yo ponerme a caballo y seguir el de doña Mayor. Luego que le alcancé, me acerqué a un estribo dél, diciendo:

»-Cumpliera mal con el deseo de serviros si en persona no viniera a pedir perdón del atrevimiento de haberos regalado cortamente. Merezca mi voluntad, que no lo será en esta ocasión alcançarle, con que me daré por favorecido.

»Aquí tomó la mano para hablar doña Mayor, y dixo:

»-Cuando lo seáis de nosotras, señor don Leandro, ¿qué sabéis si perderéis con la Señora Ero lo que aquí podéis ganar? ¡Que os importara poco y allá mucho! No tengo por fineza el haber dejado el coche de vuestras damas por hacernos merced, que os ponéis a riesgo de que no haya esta noche luz en la torre, y habrá peligro en passar el estrecho con haber dexado la compañía y dessear tenerla aquí.

»-Satisfago a vuestra maliciosa presunción -dixe yo-, asegurándoos que, si tan libre estuviera el galán de Abido de los peligros de amor, no passara por el que tan decantado anda en el mundo. La luz que me negáis emboçada, podré sentir y que el continuarlo me ponga en el estrecho de verme desvalido de vos.

»-No se os niegue -replicó ella- que habéis hablado en la historia agudamente, pero no os ha de aprovechar, por ser las tres conocidas de vos. Perdonad por hoy, que otro día daremos lugar a que nos veáis, estimando ahora con agradecimiento el agasajo que nos

habéis hecho y assí podréis seguir vuestras damas, que no queremos que os vean nuestros dueños ir con nuestro coche.

»-Rigurosa andáis -dixe yo-, en no permitir, ya que no os conozca, que os vea a vos solamente, porque me dexáis de suerte que será increíble la ponderación que os pudiera hacer.

»-Tiempo habéis tenido -dixo ella-, y ocasión para haberme visto si le hubiéades querido gozar, pero, como cosa de poca estima, no me admiro que no hayáis querido perder tiempo. Ganalde con quien os va a entretener las fiestas, que será pagar obligaciones.

»Esto dixo, y al mismo punto corrió la cortina del estribo, no dando lugar a que la satisfaciesse, ni respondídome más a cosa que le dixesse, con que me fuí a mi posada muy pagado de la conversación de la dama a quien nunca había visto, si bien por fama, sabía cuán hermosa era. Essa noche passé inquietamente, cercado de mil pensamientos, proponiendo desde allí galantearla y servirla con mucho cuidado. No con menos pasó la misma noche la dama, según supe de Emerenciana. El siguiente día tuvo lugar la criada de verse conmigo con achaque de salir a missa, y me dixo la inquietud que había tenido su señora de ver en mi posada a aquellas damas y assí mismo me reveló que, ella había ordenado con su tía la ida al río, y con esto, todo cuanto había passado aquella noche hablando de mí, estando doña Mayor muy puesta en favorecerme, si yo la servía. Dispuse esto con un papel que la escribí, cuyas razones tengo en la memoria, que eran estas: «Nunca presumí que plática tan en orden a reñirme como la vuestra, dispusiera en mí la voluntad para amaros y dessear serviros. Estimar debo la ocasión que tanta dicha me previno, aunque, ya me cuesta cuidados y desseos de volver a verme en otra. Suplico os admitáis esta voluntad, considerando ya en orden a mereceros por dueño de mi alma con los vínculos que dispone la iglesia». Este papel tuve modo como dárselo a Emerenciana desde mi balcón, delante de doña Mayor, porque fué ocasión que tenían abierta la celosía y desde él pude arrojársele allá envuelto en una piedra. Recibióle de mano de su criada la hermosa dama y leyóle con mucho gusto, según supe della. De allí a dos días me truxo la respuesta, que contenía esto:

«Si una leve reprehensión os cuesta cuidado para errar de nuevo más que enmendaros, por dudosa tengo vuestra reformation. A creeros lo que me aseguráis por verdad, pudiera decir que incurrís en acreditaros de mal gusto, mas, por lo bien que me está, quiero persuadirme a que, si no soy tratada con amor de vos, puede haberme engañado la cortesía. El tiempo me saque desta duda, y a vos os dexé conocer lo que en el discurso fuere paga de vuestras finezas. El cielo os guarde.»

»Contentísimo quedé con el papel y, desde aquel día en adelante, acudí a servir a doña Mayor y regalarla con mucha puntualidad, siendo favorecido della en lo que lícitamente pudo.

»Dos años habría que un Caballero de Madrid llamado don García saliera de la Corte para Sevilla, a cobrar cierta cantidad de plata que le venía de las Indias. Este, pues, sirvió un poco de tiempo a doña Mayor y ahora, volviendo a su patria después de ocho meses de

ausencia, continuó este galanteo con muchas veras, asistiendo en su calle de noche y de día, no perdiendo ninguna fiesta el acudir a donde doña Mayor iba a missa, cosa que me daba grandísimo enfado, no obstante que era yo el favorecido. Díxelo a mi dama, y ella me aseguró con grandes juramentos que, sólo yo era el que quería y estimaba, sin haber nadie que pensase ser antepuesto a mí, y que, sólo desseaba que su padre acabase sus pretensiones, para que yo tratase de pedírsela por esposa. Con esto estaba el hombre más satisfecho y confiado del mundo, desseando llegase el tiempo que decía para verme en el estado que desseaba. Sucedió, pues, que aquel amigo mío, con quien fuí al río, tuvo un disgusto con su dama, y, para quejarse de él, vino ella a verme a mi posada un día, a tiempo que doña Mayor la pudo desde la suya ver entrar en una silla. Púsose a la celosía que caía más frontera de mi aposento a donde estábamos. De allí, sin ser vista pudo atentamente ver a la quejosa dama hablar conmigo muy llorosa, y que yo la consolaba. Desta plática no oyó razón alguna, pero coligió del semblante de la dama ser todo amor el que la obligaba a buscarme en mi posada y llorar conmigo. Y así, la siguiente noche, me preguntó qué era lo que con la dama me había pasado. Yo, procurando satisfacerla, le dije la verdad, pero no pudo creer de mí serlo, y así me mandó que en ninguna manera, ora fuese dama de mi amigo como decía, o mía como sospechaba, entrase más en mi posada, pena de que, si a esto contravenía, no me había de hablar más en su vida. De nuevo le di más satisfacciones y me dispuse a obedecerla sometiéndome a la pena de su olvido perdiendo su gracia.

»Passáronse algunos días gozando de sus favores, en los cuales acudía a la posada de mi amigo a procurar con él volviese a verse con su dama; pero estaba tan ofendido con justa causa de ella que, no pude acabar con él que la satisfaciese con verla; tanta era su entereza. Queríale bien ella, y no tenía con quien aliviar su pena sino conmigo, y así importunábame que se le llevase a su presencia que, con sólo esso, se consolaría. Esto estaba dificultoso de acabar con él.

En este interín don García, mi competidor, viendo novedad en la voluntad de doña Mayor, por no le corresponder a la suya como antes, se determinó escribirla, en unas décimas que, por orden de Emerenciana, vinieron a mis manos, las cuales se le escribieron en metáfora de un almendro que, apenas se vió florecido a la entrada de la primavera, cuando el yelo le marchitó la flor y la hoja aplicado a una esperanza burlada.»

Aquí interrumpió su discurso don Félix diciendo que, si las tenía en la memoria, que las dixesse.

-Sí tengo-dixo don Leandro-, y eran éstas:

Para bienes de vestido,
almendro, quisiera darte,
que veniste a anticiparte
más bizarro que advertido.
Confiado y presumido,
sin reparar en tu daño,
ya gozas del desengaño

pues permitió tu osadía,
por verte galán un día,
que no lo estés todo un año.
Símbolo vienes a ser
con tus mal logradas flores
de quien, por mostrar verdores,
fruto no quiere tener.
Agostóse tu placer,
la gala se volvió en luto
sin esperanza de fruto,
que viene a estimarse en poco
quien sigue al almendro loco
y olvida al moral asturo.
Burla hiciste del cruel
yelo, y desnudó tu rama
que quien el peligro ama
viene a perecer en él.
Tú, que, en pomposo dosel
las primicias del verano
ostentar quisiste ufano,
llora tu calamidad
que viene a baxa humildad
quien peca de loco y vano.
Bien a la esperanza mía,
árbol seco cuando verde,
imitas, pues que se pierde
cuando en su verdor confía.
Primavera prometía
a mi pena y desconsuelo;
por premio de mis desvelos,
por alivio del dolor
marchitóse ya mi amor
con el yelo de los celos.

»Estas décimas, como os he dicho, me truxo Emerenciana, la cual siempre estaba de mi parte a cuanto se ofrecía. Supe el poco caso que doña Mayor había hecho de los versos de don García, y así no me dió cuidado el opositor, mas esta negra confianza fué la que me engañó. Salió un día mi dama muy de mañana a missa sin que yo lo supiesse, y esse día quiso mi desgracia que madrugasse la quexosa dama de mi amigo para venir a mi posada a tratar conmigo de que con veras hiciera las amistades entre los dos amantes. Hallóme en la cama y pesóme que hubiesse venido a buscarme, por si lo venía a saber doña Mayor, de quien temía el rigor de la sentencia que me tenía dada; pero aseguróme el ver que era tan de mañana y a hora que ella no se levantaba tan presto ni nadie de su cuarto. Con esto di lugar algo más a la afligida señora contándome las sinrazones que mi amigo usaba con ella. Prometíla hacer cuanto pudiesse por llevarle a su casa, con lo cual se despidió muy agradecida de lo que la prometía, pero fué a tan mal tiempo que, al baxar por la escalera,

se encontró en ella con doña Mayor y, sin tener lugar de cubrirse con el manto, la hubo de conocer. No la dixo palabra alguna, más subió a mi aposento y, perdido el color de su hermoso rostro, con el enojo causado de los celos, me dixo:

»-Siempre mis temores me profetizaron el falso trato que ahora experimento en vos; pero engañábame la voluntad mal empleada que os tenía. Yo doy gracias a Dios que, con el desengaño que llevo de lo poco que sabéis obedecer y obligar, sabré de hoy en adelante vivir más libre y menos confiada, y assí os prevengo que, lo que propuse de no os hablar, cumpliré con más rigor que os habréis prometido.

»Quise satisfacerla suplicándola me oyera, pero no fué possible porque, con ver que me levanté desnudo a detenerla, apresuró passos y baxó con priessa por la escalera sin aguardar a oírme palabra alguna, y assí se fué a su casa, dexándome lleno de mil confusiones, maldiciendo a la dama y al amigo por quien tanta pesadumbre me había venido. Procuré esta tarde satisfacerla con un papel, pero rompióle sin abrirle, y esto mismo hizo con el segundo y con el tercero, mandando a Emerenciana que no recibiese otro sino quería que la despidiese de su servicio. De todo esto me avisaba la criada, que no tenía ya lugar para verme por estar su ama con notable cuidado de no dexarla salir de casa, como antes, cuando era favorecido. Busquéla en los templos donde acudía y siempre la vi cubierto el rostro con el manto y huyendo de mí.

»En esto se pasó un mes en el cual don García, mi competidor, no desistía de servirla con mucha puntualidad. Quiso vengarse de mí doña Mayor y darme declarados celos, y assí començó a favorecerle. Vine a saberlo yo, con que se logró su intención como la desseaba. Viéndome con la mayor inquietud que podréis pensar, no comía ni dormía: todo me daba fastidio; faltaba a la correspondencia de mis amigos y andaba sólo con el cuidado de ver a mi competidor en ocasión donde vengar en él mi enojo. Dos noches o tres le aguardé en una calle cerca de la mía donde caían las ventanas de la casa de doña Mayor, por donde fuí avisado de Emerenciana, que le hablaba su señora, pero era tan recatado don García que, en sintiendo gente en la calle, no entraba en ella, y era por haberme conocido. Reveló este martelo a un amigo suyo y, estando enfermo unos días, le escribió estas décimas don Garcia, que le envió, juzgándose por enviado de mí, y teniéndome por demasiado curioso en seguir sus passos. Las décimas eran éstas:

Ni Libia tantas arenas,
ni tantas algas el mar,
ni de tormento y pesar
el infierno tantas penas.
Tantas rosas y açucenas
de Chipre tiene el jardín,
ni tantos daños en fin
ha causado la perfidia
cuantos hijos dió a la envidia
el soberbio Serafín.

Es carcoma que se cría

en la más altiva palma,
polilla obscena del alma
que la daña si porfía.
Glotona y voraz harpía
de las mesas de Fineo,
con tan hambriento desseo
que, si le falta ocasión,
en su mismo corazón
hace tiránico empleo.

No hay cosa que esté segura
de su maldiciente rabia,
que al más retirado agravía
su loca desenvoltura.
La más perfecta hermosura
le paga lo que no debe
ésta, Celio, que se atreve
del más temido Monarca;
al que calça humilde abarca
hoy mi propia sangre bebe.

»Descuidóse el enfermo, y habiéndole visitado un amigo suyo y mío, le cogió el papel que después me mostró diciéndome cuáles eran las décimas sin saber a qué fin se habían hecho. Yo, que le sabía mejor que él, le pedí el papel y me le llevé a mi posada para verles despacio. Indeterminado estuve en lo que haría y mi mucha cólera resolvió de matar a mi competidor sacándole al campo desafiado. Con esta resolución comuniqué el caso con un amigo, mas él cuerdamente, me quitó del pensamiento mi determinación y lo que me aconsejó fué que procurasse, lo primero, mudarme del barrio en otro muy distante de aquél, y lo segundo, si me fuese posible, que tratasse de olvidar a doña Mayor, despicándome con otro empleo que la igualasse en partes de hermosura, calidad y discreción. Obedecíle mudándome luego a barrio muy distante del que vivía. Vió doña Mayor llevar todo el menaje de casa y, aunque estaba tan indignada conmigo, me avisó Emerenciana, que sintió mucho mi mudança, diciéndola, que nunca pensara de mí que tan poco la quería, pues dexaba su vecindad.

»Ofrecióse haber una fiesta en un Monasterio de Madrid a que concurrió mucha gente. Acudí a ella donde, mi buena suerte, me encontró en una capilla con una bizarra y hermosa dama cuyo donaire, a no me hallar tan lastimado del desdén de doña Mayor, pudiera rendirme luego. Díome audiencia todo lo que duraron unas solemnes Vísperas y supe su casa, informándome de su calidad y hallé ser única hija de un caballero del hábito de Santiago natural de Denia, que asistía en Madrid a un pleito. Tuve modo como visitarla en su casa, y la continuación que en esto hubo, pudo olvidar el amor de doña Mayor como si no la hubiera conocido, poniéndole en doña Laura, que así se llamaba esta dama, de suerte que, sola su presencia era mi consuelo y mi gusto. No obstante que doña Mayor me aborrecía favoreciendo en este tiempo a don García, era tan curiosa, que procuró saber de un criado mío en qué me entretenía y si servía alguna dama. Súpole tan

bien sobornar con dádivas, que la dixo quanto passaba y lo mucho que festejaba a la hermosa doña Laura, con que perdía la paciencia, hallándose culpada en haber creído ser cosa mía la dama que vió dos veces en mi posada. Hizo extraordinarias averiguaciones en saber con más fundamento mi nuevo empleo y supo más que quisiera teniéndola impaciente los rabiosos celos.

»Hizo el anciano padre de doña Laura una forçosa ausencia de la Corte, en la cual había de estar cuatro meses, y assí partió de ella para su patria llevándose consigo a su hija. Luego que llegaron al fin de su viaje me avisó de su llegada mi hermosa dama, y por orden de una amiga suya nos correspondimos cada ordinario con mucha puntualidad y amor. Desta suerte me passé un mes y al cabo dél tuve una carta de doña Laura en que me avisaba, como su padre la intentaba casar con un caballero de su tierra, que yo conocía por asistir en Valencia que, si no quería ver usar con ella violencia, me pussiera luego en camino a pedirla a sus padres. Con esta carta me envió un hermoso retrato suyo, que a su tiempo veréis. Determinéme a dexar la començada pretensión del hábito y acudir a lo que me llevaba la voluntad de quien pendía mi gusto, y assí dispuse mi partida. Aquel criado que dió aviso a doña Mayor de que yo servía a doña Laura, diésele de cómo me partía a casar a Denia. Esto supe después, por haber faltado el criado de casa y haber comunicado esto con el que ahora me sirve.

»Dos días antes de partirme de Madrid, echáronme por una ventana baxa de mi cuarto una carta que me avisaba me guardase porque se intentaba el quitarme la vida, aconsejándome de camino dexasse la Corte. Como yo estaba tan de partida fué muy fácil apresurarla, assí por esto, como porque no causasse daño mi dilación. Continuando, pues, mi jornada, llegué a esa venta que llaman de Pajazos, hallé en ella un forastero que me preguntó en habiéndome apeado dónde era mi camino, y yo le dixé que a Valencia; él me replicó que hacía el mismo viaje que, si yo gustaba, me acompañaría. Yo seguro de que allí me pudiesse suceder nada, acepté su ofrecimiento con mucho gusto, y assí me ofrecí irle sirviendo hasta Valencia. Esta tarde salimos cada uno acompañado de su criado y al llegar aquel sitio donde me sucedió la desgracia, oyendo rumor de agua, me dixo la nueva camarada que, si le daba licencia, quería entrar por lo espeso, de aquellos árboles a beber en una fuente cuyos despojos cristalinos salían al camino real a dar noticia de su líquido caudal. Yo, que me hallé en aquella sazón con sed, dixé que le acompañaría, y assí le fuí siguiendo hasta hallarnos en un verde pradillo. Apeóse de su mula, y en tanto que yo me apeaba, pudo el criado del forastero desenfrenar un cuartago en que yo venía, habiéndose apeado: esto hizo con grande simulación, sin que se echasse de ver que lo había hecho. Como se sintió sin freno, començó a correr por aquel prado entrándose por lo espeso de aquellos- árboles. Trataron los dos criados de ir a cogerle, y en tanto, el caballero forastero que quedó conmigo a solas, sacando una bocina de la faltriquera, hizo con ella una seña diciendo que era para llamar a su criado porque volviesse y a caballo procurasse coger mejor mi cuartago. Creíle, mas presto vi el efeto de la seña, acudiendo aquella parte un hombre de buena estatura, vestido de camino, cubierto el rostro con una mascarilla de tafetán negro. Venía con él un lacayuelo con otro bizarro vestido, assimismo cubierto el rostro. En viéndose los dos, el que me acompañaba sacó luego la espada diciendo:

»-Señor don Leandro, defendeos, que es justo obedecer a quien me ha mandado que os quite la vida.

»Yo, alterándome de lo que le oía le dixere:

»-No es de hombre de noble sangre lo que habéis hecho conmigo trayéndome aquí con engaño, por lo cual presumo que venís bien armado; yo tengo de defender mi vida en cuanto me durare, procurando estorbar que no consigáis vuestro intento.

»Y así, sacando la espada, los comencé a acuchillar, y, ellos a mí.

»El lacayuelo me comenzó a tirar piedras desde afuera sin descubrirse el rostro él, ni el con quien había venido. Quiso mi desdicha que, pisando en cierta parte húmeda, cayesse de espaldas deslizándoseme los pies al tiempo que me dieron las dos más peligrosas heridas con que me hallasteis. Asegundaron con otras, y así me dejaron por muerto diciendo:

»-Esto es hecho; ya no queda aquí más que hacer.

»Con esto se puso el que venía conmigo a caballo y los demás le siguieron a pie entrándose por lo espeso de aquel monte. Yo quedé de la manera que me oís. Llegó en breve mi criado sin haber podido tomar el cuartago y, viéndome en tal estado, comenzó a hacer mil exclamaciones juzgándome por muerto. Yo le pedí afectuosamente me truxesse un confesor con quien confessase mis culpas, y, en tanto que fué por él, llegastes los dos según he sido informado, donde sucedió lo que habéis visto, Bien creo que este trabajo me vino por orden de doña Mayor, siendo ella la que mandaría que me matassen. Este es mi suceso estimando de nuevo el socorro que me habéis hecho y la merced que me hacéis.»

Mucho se holgaron los dos amigos de oír a don Leandro su amoroso discurso, si trágico en el fin, y le advirtieron, por lo que habían visto y las señas que les dió del lacayuelo, que era doña Mayor, que así lo habían entendido de la plática que, aquella noche que sucedió su desgracia, oyeron en la venta.

Admiróse mucho don Leandro, así como lo estaban los dos amigos, que una celosa pasión se apoderasse tanto de una mujer que la hiciesse salir a ver su vengança, poniendo su reputación al libre censurar del vulgo.

Con estas y otras pláticas passaron aquella tarde y otras el tiempo que duró la convalecencia de don Leandro, y, viéndose ya en disposición, para ponerse en camino, dispusieron su jornada para de ahí a essotro día y cuando la Aurora comenzaba a comunicar su luz a los mortales se pusieron a caballo.

Esse día comieron en Requena y durmieron cinco leguas antes de Valencia. No quería don Leandro detenerse por no llegar a tiempo a que su doña Laura la hallasse casada con el propuesto novio, y así lo dixo a don Félix y Lisardo. A ellos les pareció bien la

resolución, ofreciéndose los dos a ir en su compañía por ver el fin de su pretensión. Don Leandro se lo agradeció mucho y esse día y otro caminaron dexando a Valencia con no poco sentimiento de don Félix, por passar por ella sin ver al dueño de su alma. La tarde antes de llegar a Denia quiso Negrete entretenerles con su buen humor, y assí les dixo que, si le daban licencia, cantarí a un romance que escribió a una dama coxa a quien no pudo alcançar en su amorosa pretensión. Causóles risa el extraordinario asunto y don Leandro le rogó afectuosamente que le cantase. Púsose en lugar para ser bien oído, y con sonora voz cantó desta suerte:

Pastores destas riberas,
yo adoro una moça, una
que a ser dos las que adorara
gentilidad fuera mucha.
Son las señas desta moça
ojinegra y pelirrubia,
cabal de todos sus miembros
menos de la gamba zurda,
que quiso naturaleza,
que tal vez de errar se gusta,
que al templo de su beldad
faltasse la arquitectura.
Agravió su proporción
y en desiguales columnas
dexó a orza su belleza
fundó al sesgo su hermosura.
Esta, pues, niña al soslayo,
que al poner las piernas juntas
una se halla a la gineta
y otra a la brida se ajusta,
con vaivenes de su cuerpo
el coraçón me bazuca,
y para robarme el alma
fué su pierna la ganzúa.
Condúceme a sus umbrales
socarrona como astuta,
áspid sordo a mis querellas,
fiera harpía a mis pecunias.
Tras ella corre el desseo,
no la alcanço y me disgusta
que, sin tomar vuelo de ángel,
coxo Seraphín me huya.
Sigo alentando el alcance,
y ella parece en la fuga
Daphne, aunque al pipirocoxo,
yo el Dios de las barbas rubias.
Atiende, le dixé un día,

coxa sin votar clausura:
¿qué importa que Renga seas?
Tucapel es quien te busca.
Dixe y ella, más tacaña
que es una gallega mula,
por repuesta me volvió
las circunferencias suzias.
¡Oh tú, chipriota deidad,
que por nacer de la espuma
en amorosos cuidados
jamás te hallaron cartuxa!
Tú, que para entretenerte
en juguetonas holguras
adormeces tu velado
al son de una cornamusa;
pues eres madre de moças,
suplícote que reduzgas
a tus quicios esta hembra
tan baldada cuanto dura;
que si en tu mansión la veo
ya en publicidad, ya oculta,
mientras dance el pie gibao
bailaré la gatatumba.

Celebrar el romance a Negrete y llegar a Denia fué casi a un tiempo. Fuéronse a apear a una posada donde, habiéndole dado una sala a los tres caballeros, quiso don Leandro saber luego de su dama, y assí se lo preguntó al huésped. El le dixo:

-No quisiera, señor Caballero, que me hubiérades preguntado por essa señora, porque assí ella como otras personas deste lugar, faltan hoy dél por una desgracia.

Turbóse don Leandro con lo que oyó al huésped y, queriendo saber con más espacio lo que suscintamente le decía, le rogó se entrasse a su aposento donde estaban don Félix y Lisardo. Hízolo, y sentados todos cuatro, prestándole silencio al huésped, començó assí:

-Sabréis, señores míos, que habrá seis días que don Guillem, padre de la hermosa doña Laura, se fué a una quinta suya que está vecina al mar, donde estaba con su hija y criados holgándose. Había tratado de casar a doña Laura con un caballero de aquí que assistía en Valencia, llamado don Hugo, heredero de un rico mayorazgo, pero la dama no gustaba del casamiento. La causa no sabré deciros, mas de que el padre andaba algo disgustado con ella por no ser obedecido en lo que deseaba, y ésta fué la principal causa que le movía a irse a su quinta. Tenía muy adelante los conciertos del anciano don Guillem y como vió el disgusto que en este empleo mostraba su hija, entretenía a don Hugo, pareciéndole que, con el tiempo, allanaría estas dificultades. Vino don Hugo a saber la causa porque se le dilatava la boda y, sospechoso de que, por mayor interés, quería romper la palabra el que había de ser su suegro, se dispuso a lo que oiréis. Vino una

noche con cuatro amigos y, cerca de la quinta, aguardó a que llegase la mañana alojados en una granja vecina a ella. Llegado, pues, el tiempo que desseaba, se le vino a medida de su deseo que doña Laura salió a gozar el fresco a la orilla del mar con dos criadas y un anciano escudero. Llegaron a este tiempo don Hugo y sus amigos, y tomándola el que había de ser su esposo en sus brazos, caminó con ella a donde tenían sus caballos para ponella en uno y llevarla a su pesar a Valencia. No se le logró su deseo y estuviérale mejor a la cruel dama, porque de una emboscada salieron cosa de doce Moros que habían arribado allí con un fragata, los cuales cautivaron, sin darles lugar a defenderse por no oponerse contra las armas de fuego que traían, y assí, a vista de sus criadas, fueron cautivos y entrándoles luego en la fragata, çarparon de la orilla con mucha algazara, llevándose la presa. Fué la triste nueva al anciano don Guillem, y ha estado con ella estos días que pierde el juicio de pena. Esto es lo que os puedo decir en lo que desseábades saber.

Como don Leandro oyó estas nuevas al huésped, y él no estaba bien convalecido de sus heridas, dióle el sentimiento un desmayo que le duró más de cuatro horas sin que volviese en sí. Lleváronle sus amigos a la cama, donde, habiendo vuelto, fueron tantas las lágrimas que virtió y los suspiros que dió y las palabras de sentimiento que dixo, que no hallaban con qué consolarle don Félix y Lisardo. Desta suerte pasó aquella noche en continuo desvelo, juzgándose por el más desgraciado caballero del mundo, pues en tiempo que era llamado para ser admitido por esposo de doña Laura, le había turbado el gusto y sossiego la inconstante fortuna con esta adversidad. Allí estuvieron los dos amigos dos días y, siendo avisados que de Valencia se partía a Argel el Redemptor de la Orden de Nuestra Señora de las Mercedes, partiéronse de allí a tratar con él don Leandro que, por acompañado le permitiesse ir con él en el hábito humilde, como criado suyo, que assí lo dispusieron porque no diese las sospechas a los Moros.

Llegaron a Valencia donde don Leandro estuvo con el Redemptor y, dándole cuenta de la desgracia de su dama, significándole la pena que tenía, le persuadió a que le llevase consigo como tenía traçado, y esto mismo le rogaron don Félix y Lisardo, con lo cual partió el día siguiente, embarcándose para Argel, donde le dexaremos hasta su tiempo por tratar de don Félix, el cual, assí como dexó embarcado a don Leandro, en compañía de su íntimo amigo Lisardo, se fueron a informar los dos si estaba en Valencia don Iaime, el hermano de doña Victoria, y, con diligencias que hizo un conocido de don Félix, supo estar ausente de la ciudad y que assistía en Madrid. Hallando don Félix con esta nueva ser verdadero el aviso que desto le habían dado, fueron al monasterio donde estaba la hermosa dama, y en el torno dél, supieron estar indispueta cuatro días había, de una maliciosa fiebre que les tenía puestos en cuidado el remedio de su salud. Con esto estaba el enamorado caballero que perdía la paciencia. Consolábale Lisardo cuanto podía y dióle por consejo que la avisasse en un breve papel de su venida. Hízolo assí granjeando con regalos a la que tenía el cuidado de assistir al torno, la cual, sabiendo ser don Félix el que doña Victoria había elegido por esposo suyo, se inclinó a servirle con cuidado: llevó el papel y, dándosele a la enferma, dama, fué tanto lo que se holgó con él, que ya le parecía no tener mal ninguno.

Respondió a don Félix, aunque por mano ajena, dándole la bienvenida y significándole el contento que con su papel había tenido, y, en cuanto al orden que le daba en lo que debía hacer, era que aguardase quince días, en el cual tiempo esperaba a un tío suyo que había de venir de Barcelona, a quien había enviado a llamar, y con él trataría de su casamiento y esperaba sería dél bien admitido, por habersele mostrado muy de su parte siempre en este negocio, y contrario a la opinión de don Jaime su hermano, y que le advertía que el esperar había de ser fuera de Valencia, porque no fuese visto en la Ciudad, que importaba assí. Esto contenía el papel que firmó la hermosa doña Victoria, escribiendo dos renglones de su mano en que le pedía tuviese alguna paciencia, assí por su mal como por esperar a su tío que, sin su orden, no era bien disponer nada.

Holgósse mucho don Félix con el papel y, por cumplir con el mandato de su dama, estaban determinados él y Lisardo de volverse a Denia, a passar allí el tiempo señalado, pero luego les vino otro aviso del convento en que, con un hermano de una monja amiga suya, se fuessen a una alquería que tenían a dos leguas de Valencia, orillas del claro Turia. Dispusieron la ida, que fué en compañía del dueño della, que se llamaba Garcerán. Llegados a la alquería a prima noche, fueron en ella muy bien recibidos, encargando Garcerán al casero della, tuviese mucho cuidado en servirles, y él prometió darles aviso desde Valencia, assí de la salud de doña Victoria, como de la venida de su anciano tío.

LIBRO QUINTO

Aposentados los dos amigos, Lisardo y don Félix, en la alquería de Garcerán, aguardaban la ocasión en que dél habían de ser avisados que había venido de Barcelona el tío de doña Victoria, teniendo don Félix muy ciertas esperanças de verse presto en la possession de esposo de su dama. Bien diferentes cuydados eran los de el melancólico Lisardo, mal pagadas sus finezas, y poco reconocido el amor que a su Gerarda tuvo, renovando cada día la memoria del lance que le passó la última noche que se vió con ella. Dudoso estaba de las nuevas que de su partida le habían dado, no presumiendo a qué parte pudiesse haber ido sino era a la tierra de don Fadrique de Peralta, que era Navarro. Esto juzgando, y que habiendo escapado de las heridas que le dió, se habría casado con ella. De todos estos cuydados le procuraba divertir Negrete, el cual, en todas ocasiones le entretenía, ya con donayres, ya con versos jocosos, que los hazía a ridículos asuntos, con fin de darle gusto.

Un día se determinaron gozar de aquellas amenidades que llaman huerta de Valencia, a quien el claro Turia fecundaba con sus cristales. Salieron algo de mañana a pie, y entrónse por lo más ameno de aquellas frescas sombras. Iba don Félix haciendo relación a Lisardo de las perficiones de su dama, assegurándole que era menos su exageración, que el hermoso sujeto, y que quisiera tener un retrato que su amigo el ginovés le llevó a Italia, para que viera ser verdad lo que decía. Aquí se tomó licencia de hablar Negrete como la tienen los que profesan el buen humor, y dixo:

-Holgárame, señor don Félix, de haber visto a mi señora doña Victoria, que yo la retratara con tales pinceles, que ni los de Zeusis, Timantes, ni Apeles cobraran tal fama en todo el Orbe.

Riéronse los dos amigos de la exageración de Negrete, y díxole Lisardo:

-No sabía yo que tenías esa gracia, más de las que te acompañan, y más con tanto primor como nos exageras, diciendo exceder a lo que has dicho. ¿Cómo no me has dado parte de tal habilidad para que ganáramos dineros en Madrid?

-No hago retratos -replicó Negrete- con pinceles y colores, pero mis versos bastan a realçar la más perfeta hermosura, y darla tan igual fama, como si la copiaran primorosos pinceles; y por que veais que sé retratar con perfeto primor, assí en las burlas como en las veras, os quiero cantar unos versos que hice retratando a una dama, donde veréis las veras y las burlas mezcladas con alguna gracia.

Pidióle don Félix, que dixesse luego los versos de que constaba el retrato, y él, con dulce voz, cantó de esta suerte:

Con pinceles seguidos
formo un retrato,
que es milagro que acierten
a hacer milagros.

Su atención me presten
doctos y legos,
que en habiendo pintado
yo se la vuelvo.

De tu rara belleza,
divina Anarda,
hoy, sin ser Jubileo,
publico gracias.

Con el oro fino
de tus cabellos,
los del quinto planeta
parecen negros.

Por tus crespas ondas
amor navega,
siendo en ellas cossarios
de tantas presas.

El candor de tu frente
miró el aurora,

y por no competirle,
derrama aljófara.

Los dos yris que muestra
tu rostro hermoso,
nos publican las paces
de tus enojos.

Viendo tus dos soles,
¿qué ha de hazer el sol?
Mendigando rayos
harásse bribón.

Si en hacer homicidios
siempre delinquen,
como niños de entierro,
de azul se visten.

De tus dos mexillas,
las rosas hurtan,
púrpura nevada,
nieve purpúrea.

Los dos campos divide
perfecta línea,
en quien nunca defectos
halló la envidia.

Y aunque en su competencia,
juzga primores,
poco sirven jueces
entre conformes.

Maravillas nos muestra
tu boca, Anarda,
pues que da la vida
con lo que mata.

Es tu cuello nevado
gentil coluna,
que sustenta el templo
de la hermosura.

De tus blancas manos
hermosa niña,
más me atengo a las presas

que no a las pintas.

De lo más que no informo
por el vestido,
a su camarera
tomen el dicho.

Holgáronse de oír en el trivial metro de las seguidas los graves conceptos de las perficiones del retrato, aunque Lisardo no pudo dexar de decirle que nunca le aconteciesse exagerar tanto sus versos, sino que librase las alabanzas de ellos en las lenguas de otros, pues de ellas pendía la fama, y no de la estimación propia, que esto le daba por consejo. Admitióle Negrete para otra ocasión, ya que en aquella no se pudo aprovechar dél. En esto emparejaron con una alquería, cuyo frontispicio y torres de la casa della, les dió desseos de verla, brindándoles a esto el ver su puerta abierta. Entraron dentro, y en la primera entrada vieron una espaldera de verdes naranjos, que, trepando sus hojas por unos encañados, impedían la vista de lo que estaba dentro, si bien, por una artificiosa puerta, se hallaron en una placeta cuadrada, adornada por todas partes, assí de olorosos jazmines como de verdes murtas. En medio estaba un hermoso cenador, y dentro dél una artificiosa fuente, que vertía sus claros cristales por cuatro hermosos caños. Cerca della, estaba un hombre tendido entre la verde murta, que a la vista parecía estar dando tributo al perezoso Morfeo.

No quisieron inquietarle, antes, para ver quien fuese, fueron por otra parte del cenador a verle, sin que él los pudiese ver cuando despertase. Era el joven de edad de veinte años, de buen rostro, y mejor proporción de miembros; estaba vestido en traje de pastor, con pellico de palmilla verde, guarnecido de vivos leonados, los calçones y polainas eran de lo mismo, el cabello tenía algo crecido; junto a sí tenía su cayado y çurrón, estaba algo quebrado de color y flaco. Admiráronse don Félix y Lisardo de lo que vían, pareciéndoles todo enigma, por que el color del rostro poco tostado, la traça del joven y todo lo demás que miraban en él, desdecía del exercicio pastoril, bien ajeno de aquellos tiempos, andar con tanta curiosidad vestido, y assí desseaban despertarle de su grave sueño, para hablar con él y saber qué hacía en aquel sitio. Presto les cumplió el desseo, porque el moço despertó con un inquieto dessasosiego, diciendo:

-¿Hasta cuándo, mudable Belisarda, quieres que pene tu olvidado Anfriso? Poco debo a tu memoria, pues finezas de tantos años has propuesto a tan pequeños méritos, y tan modernos servicios como tiene y te ha hecho a quien favoreces. Séanme consuelo mis competidores Galafrón y Leriano, si bien ninguno de los tres con más justa causa deben quejarse como yo, que en aquél es mayor el sentimiento de la perdida prenda amada, que ha sido más favorecido suyo. Testigos me sean estos montes de Arcadia, estas amenas selvas que riega el cristalino Amaranto, los pastores que apacientan sus ganados en sus floridos valles y verdes collados, que he sido firme amante en quererte, Belisarda mía.

De nuevo dexó admirados a los dos amigos y a sus criados las razones del solitario pastor, juzgando de ellas estar falto de juicio. Confirmóseles esta sospecha, con ver que se levantaba de un oculto lugar otro joven, assí mismo vestido al modo que el que

primero habían visto. Este, llegándose a él, le dixo en alta voz, asiéndole de la falda del pellico:

-¿Qué es esto, olvidado Anfriso? ¿Nunca el desengaño te acaba de curar, para no acordarte de aquella ingrata pastora, a quien tan poco debes? Si consideras, que olvidada, y poco reconocida de tu voluntad y finezas, favorece con más veras a tu competidor, y no se persuade con la pasión que le ama, a que eres más digno para servirla que él, imprudencia es querer acabarte con memorias; vuelve en ti, que en este florido contorno, patria de tantas y hermosas pastoras, habrá alguna que su gracia y donaire sea la medicina de tu mal.

Aquí se enfureció el que se llamaba Anfriso, y mostrándole airado semblante al compañero, le dixo:

-Cardenio, a quien dan nombre de rústico en estos campos y selvas, yo sé que no me imputarás de imprudente, si el tirano amor se hubiera con su harpón dorado herido tu pecho, como lo está el mío. Amé a una ingrata, escuché a una mudable, quexéme a una roca; y finalmente conquisté un imposible: todo esto conozco de la inconstante Belisarda, ruina de nuestra patria, para escarmiento de los que han experimentado sus desdenes. Ninguno se vió a la cumbre de la dicha, como yo; ninguno a las puertas del contento, como Anfriso, y ninguno con tan verdes esperanças de llamarse suyo; assí su pena ha durado lo que pedía el poco amor con que fueron favorecidos: pero yo, que lo fuí tanto, no equivale mi sentimiento a la ofensa de que me quexo, al agravio que lloro, y a la ingratitud que publico. Ruégote, que no me vayas a la mano, si quieres que no acabe más pronto con mi vida quexándome, descanso; llorando, alivio mis penas, y dando voces, pido vengança a los cielos de sus desprecios.

Esto dixo, mostrando tanto sentimiento, que a los dos amigos compadeció grandemente. Luego vieron que sin hablar otra palabra al compañero, le dexó, y se entró en lo más espeso de aquellos naranjos y entre ellos se dexó caer en el suelo. Salieron don Félix y Lisardo del oculto lugar a donde el otro pastor estaba, y saludándole, él les correspondió con mucha cortesía. Rogáronle que tomasse asiento junto a la fuente, que tenían que hablar con él acerca de lo que habían visto en su compañero. Vista del pastor la cortesía con que los dos caballeros le hablaban, les obedeció y, sentándose sobre uno de los asientos de aquel cenador, hicieron lo mismo don Félix y Lisardo. El primero que habló fué don Félix, el cual le dixo:

-Cierto, gentil pastor, que estamos mi camarada y yo admirados en sumo grado de haber visto, en vuestro amigo, tan estrañas cosas, assí en su traje como de sus razones, y por salir de confusión, os pedimos, que nos digáis, qué ha sido la causa de habitar en esta amenidad bien distinta de las de Arcadia, que él nombra, porque viste en aquel traje ajeno de la que su gentil presencia nos muestra. Y finalmente, ¿por qué razón se queja de aquella desconocida y de poca fe Belisarda?

Hacerles quería relación el comedido pastor, de lo que le preguntaba don Félix, cuando el Anfriso salió del sitio donde estaba, y viniéndose para ellos, sin saludarles ni hacerles cortesía alguna, comenzó a decir en alto tono estos versos:

Donde el caudaloso Ybero
grillos de cristal les pone
a las flores de sus campos,
y a las plantas de sus bosques;
donde el sonoro murmúreo
mueve a que en acordes voces
de la dulce Filomena,
quexas de su agravio enormes;
donde la yedra vivaz,
aumenta verdes prisiones
al olmo, a quien abraçada
da exemplo con sus amores;
donde el conejuelo libre
no se inquieta con temores,
de que los lazos le ofendan,
ni de que el plomo le enoje,
aquí, pues, yace un albergue,
tan antiguo como noble,
solar que ostenta en sus puertas,
de sus dueños los blasones.
Mansión del mayor prodigio
que hoy los mortales conocen,
y quien las glorias renueva
de tantos progenitores.
De un portento de beldad,
de un tipo de mil primores,
de un erario de riquezas,
de un imán de coraçones,
dueño y mayoral de cuanto
muestra el campo, oculta el monte
deste distrito, era Lauso,
a quien por padre conoce.
Y él, en decrépita edad,
libra sus gustos mayores,
sólo en verse acompañado
de quien sus años remoce.
El venatorio exercido
de aquella diosa Triforme,
seguía la hermosa Ninpha,
cielo en verdad, Celia en nombre.
Libre de inquietos cuidados,
que apuran y descomponen,

fatigaba yo las selvas,
mi entretenimiento entonces,
cuando una tarde, que Febo,
entre hermosos arreboles,
huérfano dexaba el día,
de sus claros esplendores.
Junto a una fuente, que ofrece
cristalino feudo, donde
al verde espacio de un valle
da plateadas guarniciones,
vi, sus licores buscando,
a la hermosa Celia, y vióme.
¡Qué cebo para la vista!
¡Qué motivo a mis pasiones!
Ofendido el dios vendado,
de verme altivo, vengóse,
que quien se jacta de libre,
su mismo daño dispone.
Con lo hermoso del objeto,
dispuesta el alma, rindióse,
y el cuerpo suspenso en verle,
quedó por un rato inmóvil.
En ver la afable beldad
de sus dos hermosos soles,
ocasionó en mí osadía,
para que en mi pena informe.
Oh tú, beldad soberana,
que esta soledad escoges,
adonde en culta armonía
salvas de las aves oyes!
Tan hermosa te contemplo,
que mi amor te reconoce
por dueño de mi alvedrío,
que gobierna mis acciones.
Y a ser gentil, publicara
por estos campos a voces,
que el superior ser que tienes
le heredaste de los dioses.
Si trofeo de tus plantas,
postrado me reconoces,
del delito, a tu clemencia,
apelarán mis temores.
Dixe, y la ninpha gentil,
de mi terneza obligóse,
que siempre con la humildad
se ablandan pechos de bronce.

Desde entonces, fino amante,
el cuidado desvelóme,
y mi constante firmeza
acrecentó obligaciones.
Sus favores merecí,
que en su juego, el dios de amores,
quiso que entrasse ganando,
por que hoy mis pérdidas llore.
Mil veces la oí jurar,
dándome satisfacciones;
las estrellas de tu cielo
verás, siendo fixas, mobles,
primero que de mi pecho
el tiempo ligero borre
tu imagen, Gerardo mío,
firme entre todos los hombres.
Con la adquirida opinión,
la confianza atrevióse
a aposentarse en mi pecho
contagio obsceno del Orbe.
Con menos solicitud
seguía mis pretensiones.
¡Qué necio andaba el cuidado!
Y ya el descuido, ¡qué torpe!
Quien con finezas amare,
siempre en ellas me mejore,
que el descaer confiado,
enfría las ocasiones.
Ofendió a la hermosa Celia,
mi remisión, y valióse
del remedio de un despique,
que curó mis remisiones.
Truxo, para mi desdicha,
de la escuela de Maborde,
del exercicio de Palas,
a sus umbrales un joven.
Este, a sus ojos rendido,
con finezas, sumisiones,
assistencias y desvelos
que obligan, si se conocen,
llegó a merecer de Celia
los estimados honores
del título de galán,
y que mis memorias borre.
Aquí vaguen mis suspiros
por esos aires veloces;

rieguen lágrimas el prado,
con que sus flores agosten,
que en llegando la memoria
a refrescar sinrazones,
a acordar ingratitudes,
no hay pecho que no alboroten.
Mientras con maña, y secreto
aumentar quiso favores,
al mismo tiempo, conmigo,
agasajó con traiciones.
No aprovechó su cuidado,
que el mío, ya con temores,
admitir pudo sospechas,
y ellas forjar presumpciones.
Neguéme al monte, y al prado,
por espacio de tres soles,
y entre verdades del alma,
mentir pude ocupaciones.
Con opinión de seguro,
de mis excusas fióse,
y forjar pudo mi engaño
la siguridad de noble.
Aviso tuvo su amante,
para que sus dichas logres,
que al campo sale a ejercer
de Diana los harpones.
Ya de nueva luz vestía
el Alba nuestro horizonte,
limitando, anticipada,
los términos a la noche,
cuando la beldad de Celia,
previno saliendo al bosque,
favores a la campaña,
rigor al rival de Adonis.
A su presencia gentil
le hicieron salva, conformes
con su armonía, las aves;
con su fragancia, las flores.
Suelto el cabello a la espalda,
ni le trença, ni le coge,
que cuantos rayos esparce
le son a Febo baldones.
Al poder de tanta luz,
que resistencia se pone,
si refrena libertados
lo que parece desorden.

Verde vestido llevaba,
con doradas guarniciones,
ni tan largo que se acuse,
ni tan corto que se note.
No avarienta les celaba
a las fieras y a los hombres,
que en breves bassas no admiren
dilatados los primores.
Arco y aljaba pendientes
lleva del hombro, en quien ponen
sus aciertos la destreza
y la envidia sus errores.
Con distinción racional
hasta los brutos conocen,
más peligro en su hermosura
que riesgo en sus passadores.
¡Oh cuántos primores, cuántos
mi atención ponderó entonces,
que agora pierden quilates
con lo tosco del informe!
Sus passos le iba siguiendo
mi opositor, aquel joven,
que en los rumbos de Cupido,
siempre la tuvo por norte.
Celosa curiosidad,
entre unos sauces me esconde;
de donde puse el cuidado
de oírle estas razones.
Suspende el curso veloz,
bello prodigio del Orbe,
dulce hechizo que las almas,
haces que humildes te adoren.
Cessen violencias del arco,
pues voluntarios los montes,
te ofrecen, como a Diana,
opulentos hecatombes.
Vuelve el rostro a quien te sigue;
y, si víctimas escoges,
ninguna como mi vida,
verás que al filo se postre.
En tu divina presencia,
por mí la piedad abogue,
interceda mi constancia,
y mis finezas me abonen.
Adquiera opinión de ingrata
quien olvide obligaciones;

tenla tú de agradecida,
pues las deudas reconoces.
Hallar pretendo en las selvas
el fin de mis pretensiones
que los ejemplos del campo,
o persuaden, o disponen.
Mira aquellas tortolillas,
de quien los arruyos oyes,
que hacen de un frondoso aliso
tálamo de sus amores.
Y en las dos aves de Venus,
es bien, ¡oh Celia!, que notes,
como a la unión de rubíes
no permiten divisiones.
Puedan estos exemplares
mover tu pecho de bronce;
no dilates esperanças
cuando adquieres posesiones.
Dixo, cuando ella, obligada
de las caricias, ridióse,
con que el joven la interpreta
menos rebelde y más dócil.
Doxel hicieron de un mirto,
donde se amparan, y donde
la diosa de aquella planta
quiere que sus gustos logren.
Dexóme el presente agravio
ciego de enojo, y dexóme
hecho un infierno de celos,
y un Babel de confusiones.
Hecho lince mi cuydado,
a buscarlos atrevióse,
y en armonía de lazos
halló dos almas acordes.
No furioso tigre hircano
penetra impaciente el monte,
que por sus robados hijos
el aire a bramidos rompe,
se vió cual yo; tal estaba
con la ofensa tan enorme,
que el fuego que me encendía
pudiera talar el bosque.
Salí del lugar oculto,
a estorbar execuciones
intentadas en mi ofensa
y la razón ayudóme.

El favorecido pecho
del que ya en lazos conformes
gozaba de tantas dichas,
probó de acero rigores.
Satisfízose mi agravio,
y envuelto en rojos humores,
vió juventud mal lograda
quien dió al rigor ocasiones.
Fugitivo de su vista,
tanto me ofende su nombre,
que al tiempo le ruego, que
de mi memoria la borre.

Acabando de decir estos versos con vivos afectos y demostraciones de sentimiento en que se le conoció la rabiosa pasión de los celos que le afligía, no quiso aguardar a que don Félix le hablase, y volviéndose por la parte que había venido, no pareció más por entonces; lo cual visto por su compañero, que él llamaba rústico, pidiendo a los dos amigos que se volviesen a sentar donde estaban, les dixo:

«-Cumpliera mal con vuestra cortesía si no os obedeciera en lo que me habéis mandado que os diga, puesto que, con hacerlo, renuevo el sentimiento, con esta desdichada relación.

»Aquella ciudad que baña el claro Tormes, insigne academia de todas las ciencias, donde concurren en vigorosa juventud los mayores ingenios, no sólo de España, pero Italia, Flandes y otros estranjeros Reinos del Orbe, es patria de don Lope, este caballero que acabáis de ver, cuyo apellido es de los más antiguos y nobles de aquella ciudad.

»Nació hijo segundo en su casa y por estar sujeto al socorro de unos medianos alimentos que su hermano mayor heredó della, le daba, siguió contra su inclinación, las letras, por tener en la Corte del Católico Filipo dos hermanos de su padre, que siguiendo la misma profesión que don Lope, ocupaban dos plaças en sus reales consejos, y en estos libraba sus esperanças, que le habían de ayudar con su favor a tener el puesto que desseaba por medio de sus letras. En todo quanto duraron sus estudios, fuí siempre su compañero que fuí deudo de su difunta madre. Es don Lope de agudo ingenio, con las gracias naturales que veis en su persona y con otras, que con particular escuela adquirió, como son jugar las armas, dançar superiormente, andar a caballo en las dos sillas, ser gran músico y excelente Poeta. Cursaba en los sacros Cánones y leyes los cinco años, y después passó tres en un pequeño lugar de su hermano, al cabo de los cuales se graduó en aquella Universidad, habiendo precedido a estos grandes actos que tuvo en sus célebres escuelas, donde dió muestras de su lucido ingenio, con grande aplauso de todos. En este tiempo murió en Çaragoça un caballero de la familia de los Boleas, hermano de su madre, sin dexar sucesión en su casa; y por capitulaciones que se habían hecho, su mayorazgo le heredaba don Lope, tomando este apellido. Para tomar la posesión de su herencia, hubo de dexar el hábito de estudiante, arrimar sus estudios, y assí partió de Salamanca a Çaragoça, dentro de ocho días que supo la muerte de su tío. En esta célebre ciudad

assistió un mes, siendo en ella estimado de todos sus caballeros por su generosa y apacible condición.

»Tenía una libre y ociosa vida, sin tratar en más que hacer mal a caballos y ser muy aficionado a la caça assí de cetrería como de montería. Sucedió, pues, que un día, entre otros, que fué al monte a cierta parte donde el caudaloso Ebro baña aquellos amenos campos, de una casa de placer, que junto a sus márgenes estaba, vió salir una bizarra dama en un bien adereçado palafren. Seguíanla cuatro hombres, de a caballo y dos de a pie que en el lugar que llevaban, mostraban ser criados suyos. El rostro de la dama llevaba cubierto con un sutil volante, de suerte que no fué posible verla don Lope por entonces. No quiso emparejar con ella para hablarla, sino seguirla por tener en el monte más a propósito lugar para esto, y assí se fué detrás un trecho bastante a no perderla de vista.

»Su suerte fué tan buena, que llegados al monte y comenzada la caça, por hallarse cansada la nueva Diana, en seguir un ligero venado herido de su mano, se apeó de su palafren en la verde margen de una cristalina fuente, lisonja de un ameno valle. Allí fué donde don Lope la vió descubierto el rostro, y asseguróme, que de sola la primera vista, teniendo tanta hermosura presente, se rindió al dulce imperio de Cupido, perdiendo desde aquel punto su libertad y después de haber un rato contemplado tan hermoso sujeto, ella, admirada de ver su remisión en hablarla, cubrió el rostro con un transparente velo, como antes le traía, con que le dió ocasión al ya rendido caballero, para decirle estas razones:

»-Con feliz estrella, ¡oh hermosa señora!, vine hoy a este monte y apacible valle para conocer en él el mayor prodigio de hermosura, que la varia naturaleza ha formado, y assí no es de admirar que quien tan sin pensar la ve en este sitio, quede suspenso, turbado y ciego con tanta luz. Permitid, bizarra dama, que esse velo, no sea avaro de tanta belleza, dexando comunicarse a quien ya su vista tienen rendido tantas perficiones, y sin propio albedrío.

»Atenta miraba la hermosa dama, a don Lope, sin quitarse el rebozo, y como vió que aguardaba respuesta de sus enamoradas razones, le dixo:

»-Poco dichoso debéis de ser, pues ponderáis por grande dicha vuestra haberme hallado aquí, cuando juzgo de mis humildes partes, que otros lo tuvieran por azar. Agradezco la lisonja, por ser la primera que os oigo, cuanto me ofenderé de la segunda, assí por no ser amiga dellas, como por tener de mí bastante conocimiento de lo que soy.

»-Si por ironía acusáis mi cortedad, en no haberos dado las alabanças que merecéis -dixo don Lope-, culpád a mi corto talento, que no sabe realzar con significativas razones primores tan divinos, que, a saber explicar lo que siento de lo que presente tengo, pocos me igualaran en la exageración.

»-Estimo la cortesía -dixo ella- que de vuestra persona no podía esperar menos que tantos favores; pero en cuanto a lo de gobernaros ya por ajeno albedrío, me parece difícil de creer por ser vos fácil en fingir.

»-No me ayude el cielo en cuanto le pidiere- replicó don Lope-, si cuanto os he dicho no es verdad, y os aseguro que ya merecen mis desseos que me favorezcáis con descubriros esse hermoso rostro, porque vuelva a ver a quien ha robado mi libertad, y assí os suplico de nuevo os sirváis de quitar esse velo que tanto os agravia.

»-Por que no me tengáis por grossera, más que por creeros lo que me decís -dixo la dama-, lo hago.

»Con esto se descubrió y don Lope volvió a exagerar, con grandes hipérboles su incomparable hermosura, no lisonja en él pues era tan grande; pero bien creída y mejor admitida de todas las mujeres, siendo el primero camino para dar entrada a dexarse servir de los hombres. Las significaciones del amor de don Lope, hallaron algún crédito en la hermosa dama, y assí le permitió que, cerca della tomasse assiento en aquel verde suelo. Allí lo restante de la tarde ocuparon en varias pláticas, donde se dieron cuenta, el uno al otro, de quién eran.

»Supo don Lope ser esta dama hija de don Sancho de Lizana, caballero calificadísimo de Çaragoça, y única heredera de su casa. Este, ya en anciana edad, se había retirado de la Ciudad a aquella casa de placer de donde don Lope vió salir a la hermosa doña Margarita, que éste es su nombre.

»Supo don Lope obligarla tanto a la dama, que después de aquel día, se vieron algunos en el campo, con que, creciendo la comunicación, comenzó a favorecerle, mereciéndoselo el enamorado caballero, por que lo estaba en extremo.

»Llegóse el tiempo de las carnestolendas, que se celebra en Çaragoça mucho de todos los caballeros moços, y assí en algunas casas se hacen entretenidos saraos. A persuasión de la hermosa doña Margarita, se vino su anciano padre a la Ciudad, donde tenía las principales casas de su Mayorazgo.

»Era don Lope el mayor dançarín que se conocía en España, y en el primer sarao, que fué en casa de un anciano caballero llamado don Artal, quiso, puesto que no le habían visto dançar desde que vino a Çaragoça, hallarse con mascarilla, cosa muy usada en tales fiestas. Esto determinó, por que supo que su dama no se hallaba a esta fiesta, por estar indispuesta, y assí quiso don Lope que no le viessen en público en ella. Vistióse, pues, un rico vestido de lana de oro y noguerada, con mucha guarnición de alamares y passamanos de plata, y acompañándole yo con otro no menos lucido y assí mismo con mascarillas, fuimos a casa de don Artal. Estaba en ella lo más ilustre de Çaragoça, assí en caballeros como en damas, menos la hermostísima Margarita. Començóse el sarao, dándole principio dos caballeros moços que dançaron con dos damas deudas suyas, y desta suerte se fué prosiguiendo, dançando todos. Llegó la ocasión, en qué don Lope entró de máscara a dançar, sacando a doña Bernarda, hija de don Artal, dama de singular hermosura, y muy pretendida para casamiento de muchos caballeros. La gallardía de don Lope en el dançar, hasta entonces nunca vista, causó grande admiración en los presentes, echando varios juicios, sobre quien podría ser. Muchos presumieron, por verle faltar de allí a don Lope, que era él: mas desvaneció esta sospecha un caballero amigo suyo, con decirles, que le

dexaba indispuerto, en la cama, y esto era por haberlo usado desta estratagema don Lope, para más disimulación y por no hallarse su dama en la fiesta. Dançó, en fin, con la hermosa doña Bernarda, siendo los dos sumamente aplaudidos de todos. Acabado de dançar volvió la dama a su asiento acompañada de don Lope, y él dançó con otras dos señoras, causando mayor admiración, en todo el sarao cuanto más le vían dançar por las novedades que en el modo con que dançaban vían. Con esto dió lugar, a que otros caballeros le sustituyessen, y él tomó asiento cerca de la hermosa doña Bernarda, a quien dixo ella con agradable rostro, volviéndose a don Lope:

»-Gustosíssimo podrá estar mi padre, como dueño desta casa, por que el sarao que en ella tiene le haya dado tanta razón, la gallardía, y gentileza con que habéis en él dançado. Bien me asegura, por lo que conozco desta ciudad, ser vos forastero, pues ninguno de los naturales della usan este exercicio con tanto primor y destreza. De mi parte, caballero, os agradezco el habernos honrado nuestra fiesta, si bien quiero que sepáis que se os ha seguido della el interés del aplauso, bien debido a la gala con que la habéis honrado, como a nosotros el haberlo gozado.

»Aquí don Lope, procurando disimular el hablar, le dixo:

»-Indigno me hallo con tal humildes partes de tantos favores y alabanças como me dais, que si algo ha parecido bien, lo que hoy he logrado con favores se debe al esfuerço que ha hecho el deseo, por servir al señor don Artal y sus convidados.

»-Y a mí ¿tócame algo de esse desseo?- dixo la dama.

»-Casi todo- replicó don Lope-, pues siendo vos el principal dueño de esta fiesta, supónese que a vos sola se dirigía el dessear acertar en ella.

»-Andaréislo en la cortesía -dixo la dama-, si por mi ruego os quisiéredes quitar la mascarilla.

»-Ya me holgaría -dixo don Lope-, de poderos servir en lo que me mandáis; mas estoy a vista de todos, y por cierto inconveniente no puedo hacerlo.

»-¿Ni para conmigo en secreto?- dixo ella.

»-En esso, como hubiera ocasión, me hallárades muy prompto a serviros -dixo don Lope-; aunque sé que no me habíades de conocer, por ser muy recién llegado a esta Ciudad.

»-Pues si lo sois como decís -replicó ella-, que no creo tal, ¿qué inconvenientes tiene el descubriros?

»-El recatarme de alguno que lexos de aquí me ha visto, y comunicado a quien no me he dado a conocer, hasta cierta ocasión porque, no le habiendo visto en su casa, juzgara a descortesía mía el no haberle visitado.

»-No quiera Dios -dixo la dama-, que por un antojo leve tengáis un pesado disgusto con quien deseáis cumplir tanto, y assí, aunque siento el no conoceros, por agradecer lo que nos habéis favorecido, permito que se haga vuestro gusto, como me déis palabra, que sea yo la primera que sepa quién soys, por merecerlo el desseo que he tenido de conoceros, y por salir de una sospecha que ahora me ha ocurrido.

»-No será cierta en presumir quién yo sea- dixo don Lope-, porque de nuevo os aseguro que no me habéis visto, ni aun oído decir mi nombre y assí prometo serviros en lo que me mandáis, suplicándoos que, me deis licencia para irme.

»-De mala gana os la doy -dixo ella-, sin que otra vez nos alegréis dançando.

»Quiso darla gusto don Lope, por ver el afecto con que se lo mandaba, y assí salió otra vez a dançar, dando principio a la dança de la hacha, y, dexándola continuando entre las damas y caballeros, se salió de la sala. No estaba doña Bernarda tan poco aficionada al emboçado don Lope, que no le hubiesse engendrado cuidado de saber curiosamente quién era, y assí mandó a un pajecillo suyo, que secretamente le siguiese, y supiesse dónde entraba. Juzgó don Lope, por dexar a todos entretenidos en la fiesta, que no trataría nadie de seguirle los pasos, y caminó acompañándole yo a su posada. Siguiónos el pajecillo, diligente espía de doña Bernarda, el cual nos conoció, y fué luego a dar las nuevas a su señora, con que se engendró en su pecho un género de amor desde entonces. El siguiente día, no se hablaba de otra cosa en Çaragoça, sino en el passado sarao, y cuán bien había dançado en él el emboçado, y en algunas conversaciones se movió esta plática, hallándose don Lope, el cual mostró con estraña disimulación, tener sentimiento de no haberse hallado por su indisposición en la fiesta.

»Esse día fué doña Bernarda a visitar a la hermosa doña Margarita a su casa, como a recién venida, y quexándosele de que no la hubiesse favorecido en ir a su fiesta; y ella, dándole por disculpa su achaque, le preguntó cómo había sido. Doña Bernarda la hizo relación della, alabándola con grandes hipérboles lo gallardamente que había dançado el no conocido caballero; dándole a la hermosa Margarita, sospechas de que fuesse don Lope, quiso saber de su amiga, con más fundamento, cómo había entrado en el sarao. Díxoselo doña Bernarda, y assí mismo cuanto le había passado con ella, añadiendo a esto la curiosidad que había tenido en hacerle seguir, con sabido ser don Lope. Sintió doña Margarita que su galán se hubiesse hallado allí sin pedirla licencia y, disimulando el sentimiento, pudo fácilmente, con sagacidad y maña saber el pecho de doña Bernarda, y, por sus razones, conoció en ella un principio de inclinación, con que los inquietos celos, la amenaçaron a dar batería. Acabóse la visita, y essa noche, avisando la hermosa Margarita a su galán por un paje, que la viesse a las once, la obedeció, hablándola a una rexa baxa, donde con celosa pasión le mostró el sentimiento que tenía, de que se hubiesse hallado en el sarao de don Artal. Allí se disculpó con que, siendo el primero que se había hecho después que asistía en Çaragoça, le había dado desseo de verle de emboço y de dançar en él, sin llevarle otra intención más que curiosidad y gana que tuvo de dançar por hallarse allí, y para que lo creyese se lo aseguró con muchos juramentos, con que dexó a la hermosa dama satisfecha; pero para asegurarse más, le mandó que no se hallase en otro alguno, faltando ella en la fiesta, y assí se lo prometió don Lope.

»Como del pedir celos se presume amor en quien los pide, conociendo tenérsele Margarita con tanto extremo, con estas experiencias dió lugar a la confianza, y ella al descuido, con que no andaba tan fino amante como hasta allí. Ella que no se le passaba ápice sin notarlo echó de ver la novedad, y de dónde procedía, y de propósito, comenzó a obligarle más cada día con favores, descuidándose don Lope al passo que era favorecido; tanto se dió grossero al descuido que se le pasaban tres o cuatro días sin verla, con que la hermosa dama perdía el juicio y no se daba por entendida, desseando saber el fundamento con que esto executaba.

»Tanto duró en esta necia confianza, que ofendida doña Margarita de ver que ya tocasse su descuido en desprecio, trató de despicarse con una estraña cautela, y esta fué sin dexar de favorecer a don Lope como hasta allí.

»Llegó a Çaragoça un caballero natural de aquella ciudad, que, siendo soldado en Flandes, había sido después cautivo en Argel, viniéndose a España por Nápoles, y, después de ser rescatado, vino a la Corte de España a sus pretensiones, y quiso primero ver su patria y holgarse en ella algunos días. Este, viendo la hermosura de doña Margarita, se le aficionó de tal suerte, que ni vivía en quietud ni en sosiego, desde el primer día que la vió. Las demostraciones que hizo para verse con ella, fueron muy pocas en público de que no pudo dar nota alguna, ni recelo a don Lope, pero en secreto fueron muchas, echando fuertes intercessores para ser admitido por su galán. Halló la ocasión doña Margarita como la podía dessear, y no quiso perderla, por que en la mujer siempre está muy vivo el afecto de la vengança, cuando proviene de ofensa, y estábalo del no ser bien pagada de don Lope, si bien la quería bien. Tanto pudo, finalmente, la maña y diligencia del recién venido soldado, que llegó a ser secretamente favorecido con más apretados favores que don Lope, tratando muy al descubierto entre los dos su casamiento.

»Para gozar más de la comunicación, sin nota de tantos ojos, se volvió don Sancho, padre de doña Margarita, a la Quinta; esto a persuasión de la dama. Allí acudía don Lope con la misma frialdad, hasta un día que, yendo a verse con su dama, si bien engañosa en fingir con él, topó con un criado de su padre, que en un rocín de campo iba a la Ciudad. Detúvole en medio del camino, preguntándole a qué iba. Y él dixo que a llevar unas cartas al correo para Castilla, con que se despidió de don Lope partiendo a toda diligencia. Al arrancar el rocín se le salieron dos cartas de la faltriquera cayéndosele en el suelo sin echarlo de ver.

»Hizo don Lope a un lacayo que llevaba, que las alçase, y sin llamar al que las había perdido, las abrió y la una vió ser de su ama para don Martín, que así se llamaba el soldado. Allí le daba aviso, cómo le esperaba al día siguiente de caça, junto a la fuente, donde don Lope la había visto la primera vez. Lo que don Lope sintió, esto, no hay ponderación que lo exagere, ni palabras con que encarecerlo; llegó a la Quinta, y visitó a don Sancho y a su hija disimulando con ella su enojo y justo sentimiento. Halló en ella grande afabilidad, sin echarse de ver novedad en su rostro, cosa que le causó mayor indignación. Despidióse con las mismas fingidas caricias que ella le había hecho con intento de ir el otro día a caça de secreto, y ser espía de los dos amantes. Logrósele su

deseo, que no debiera, porque habiendo salido a caça doña Margarita y siguiédola don Lope secretamente, la vió apear en lo espeso de un bosquecillo, y que allí la esperaba, el favorecido don Martín. Aguardó don Lope a ver en qué paraba aquel concierto, y pudo, entre lo espeso de las ramas, ponerse muy cerca de donde estaban los dos amantes. Allí vió a don Martín en las faldas de su ingrata dama, recibir sus favores, con que la indignación y cólera llegó a su punto, y saliendo de la parte que le ocultaba con la daga en la mano, pudo vengar su enojo en dando de puñaladas al descuidado caballero casi en los braços de su dama, y a ella, de noche, con un desmayo del susto que había recibido.

»Con esto se vino a Çaragoça a todo correr de su caballo, y tomando las joyas, y vestidos que tenía, se salió de la Ciudad, acompañándole yo y un criado. Las cosas que decía y hacía por el camino, no sé como os las diga, que era menester más largo tiempo para su relación. Llegamos a Barcelona, donde hallamos embarcación para Nápoles; passamos a aquel Reyno, y en él estuvimos tres años, sin poder en todo este tiempo borrar de su memoria don Lope a su ingrata dama, la cual, después de ver sano de sus heridas a don Martín, se casó con él. Passado este tiempo volvimos a España con intento de passar por Çaragoça a dar ciertos poderes, para cobrar el administrador del mayorazgo las rentas de don Lope. Y él ya venía con algunos delirios causados de la pena que continuamente le afligía. Llegamos a Valencia, que gustó venirse por allí, donde estuvimos seis días, y saliéndonos en uno dellos a divertir a esta alquería llegando a su ameno sitio, se echó a dormir don Lope, brindado de su apacible estancia. Hacíalo pocas veces, y en ésta, como le vimos sossegado, guardámosle el sueño. Despertó dél al cabo de dos horas, con el más estraño género de locura, que habéis oído, por que acordado de lo que había leído en el libro de la Arcadia, que escribió el prodigioso ingenio, padre de las Musas, admiración de España y de las naciones extranjeras, Lope de Vega Carpio de quien sabía las más de sus dulces versos de memoria, dió en decir que estábamos en Arcadia, y que yo era el pastor Cardenio, el rústico; su ingrata dama Margarita, Belisarda; y él, el olvidado pastor Anfriso, y discurriendo por todos sus amigos, los hacía pastores, con los nombres del mismo libro. Rompió los vestidos que traía, y porfió que no había de ponerse otro sino era de pastor. Vista su repugnancia, por darle gusto se le hizo esse vestido que le habéis visto, y yo, por complacerle, me vestí este. Compadecióse de su desgracia un caballero de Valencia, y dióle por albergue esta Alquería suya, viendo que no quería dexar este sitio, que él llama cabaña. Aquí habrá casi un mes que estamos; aquí canta unas veces versos que escribe al desdén, de su ingrata dama, y otras se quexa de su falso trato en estas soledades; pero tal vez se enfurece de suerte, que es menester apremio para llevarle a la casa. Hemos tratado de llevarle a Çaragoça, mas es tanto lo que siente, cuando se lo decimos, que tememos, no se dé la muerte, y assí passamos aquí con él hasta que el cielo disponga modo como sane de su locura, dándole sossiego.»

Compadecidos dexó a los dos amigos la relación del deudo de don Lope, cuyo nombre era don Lorenço, y desseosos de verle con salud, se ofrecieron a hacer las diligencias posibles para sacarle de allí y llevarle a su patria. Don Lorenço se lo agradeció mucho, estimando el favor que le hacían.

En esto volvió el fingido Anfriso y loco don Lope, a salir del lugar donde se había escondido, diciendo a voces:

-Amigo Cardenio, razón será, pues el délfico planeta va a dar su luz a los antípodas, que recojamos nuestro ganado, y le llevemos a su aprisco, que la ingrata Belisarda no ha de venir tan presto a este ameno valle como sabe cuán ofendido estoy de sus ingratitudes.

Don Lorenço le dixo que le obedecería, como se fuesse a la cabaña. Acompañáronle los dos amigos, a quien tuvo, desde allí adelante por pastores, y lleváronle a su habitación a descansar, yéndose ellos después a la suya, que era muy vecina de la de don Lope, concertando de verse el siguiente día.

Grande era el cuidado que don Félix y doña Victoria tenían de corresponderse, mientras duró su convalecencia, acudiendo el enamorado caballero a saber de la salud de su dama, que no era posible verla, por no dar lugar su grande flaqueza a ser vista en un locutorio. El siguiente día se vieron con don Lope, Lisardo y don Félix en su alquería. Halláronle algo más sosegado, con que pudieron hablar con él en varias materias, y en todas discurría con agudo ingenio y gran promptitud, compadeciéndose los dos amigos de que, su mal pago fuesse causa de estar aquel caballero en lo mejor de su edad falto de juicio. Al cabo de dos horas que habían estado divirtiéndose todos cuatro de varias pláticas, don Lope, llevado de su imaginación, los dexó y se entró por el jardín adelante diciendo a voces:

-Enemiga Belisarda, inquietud de mis sentidos, causa de mis desvelos, y objeto de mi memoria, para tormento mío; aguarda, espera, atiende a tu enamorado cuanto despreciado Anfriso; no seas otra ingrata Daphne fugitiva de Apolo, por que, más fino que él perderé la vida en medio de la fuga que haces. Vuelve, vuelve, pastora, y reconoce en mí una pura afición, un sincero amor, y una voluntad constante, para ser en los futuros siglos un fiel exemplo de amantes.

Diciendo esto, se entró por la selva sin aguardar a que nadie le estorbase su gusto. Quisiéronlo hacer don Félix y Lisardo, mas don Lorenço les detuvo y les rogó que se sentassen cerca de un estanque, en tanto que se le pasaba aquel accidente a don Lope. Hiciéronlo assí y hablando todos tres en los daños que se siguen de los fingimientos de las voluntades, y assimismo de los desprecios, entróse a la plática Negrete, con su buen humor, diciendo:

-No se puede negar, señores míos, que la mujer hermosa no sea un objeto apetecible a la vista, y un regalo del alma cuando se quiere bien; mas son tan varias en cualquier empleo, que hasta hoy se le ha acabado de dar enteramente la verdadera definición a su condición, conociendo cuán notables caprichos tienen, y cuán difíciles son de interpretar. Yo conocí una, que un día me favoreció por la mañana para despedirme a la tarde, a la cual hice unos versos, que, si tengo, como otras veces vuestra licencia, os los diré.

Como era sitio a propósito para buscar divertimientos, y a don Félix le caían tan en gracia las cosas de Negrete, le dixo que los refiriesse, que él y los demás se los oirían con mucho gusto por ser suyos. Estimó Negrete el favor, y viendo que le prestaban atención dixo assí:

Quexas mis agravios den,
Laura de vuestro rigor,
pues con capa de favor
me rebozáis el desdén.

Cualquier impulso se enfrena
que alcanza de amor vitoria,
pues halla que es vuestra gloria
la víspera de la pena.

Vuestra condición retrata
al cocodrilo engañoso,
que atrae con lo piadoso,
y con lo atrevido mata.

Simboliza esa beldad
con el inverniço sol,
que a su lucido arrebol
se sigue la tempestad.

Con la que al que sangre imita,
hace vuestro trato gala,
que la mano que regala,
es quien el vigor me quita.

Sois, burlando mi desseo,
lienço que copia hermosura,
que por la frente es pintura
y por la espalda de angeo.

Sois, mintiendo en los favores
arpía al que no repara,
con lisonjas de la cara,
de las uñas los rigores.

Sois pantano simulado,
cubierto de yerba verde,
que a quien el camino pierde
dexa en peligro empeñado.

Sois, siendo tan desigual,
con favor y con desdén
suegra, que comienza bien
y después procede mal.

Y sin lisonjas decís,

otra verdad os confieso,
que sois Judas con el beso
en el vender y fingir.

Celebraron los tres caballeros a Negrete, el donaire de las redondillas, aplaudiéndoselas mucho, con que él se puso muy vano. En esto llegó a donde estaban un criado de Garcerán con un papel de la hermosa Victoria para don Félix, que habiéndoles buscado en la Alquería y sabido en ella que estaban allí, vino en su seguimiento. Leyóle don Félix, y quedóse con él, después de haberle leído, muy imaginativo por un rato, sin hablar palabra. Lisardo, que advirtió en la novedad, le rogó que le dixesse causa de aquella suspensión; y don Félix para satisfacerle, le dió entonces a leer el papel; hízolo Lisardo, en tanto que don Lorenço se entretenía con su criado Negrete, haciéndole decir versos jocosos, de que gustaba mucho. Lo que contenía el papel era esto:

«Querido don Félix: mi corta suerte me va dilatando mi esperança, y acortando la vida, pues todo el tiempo que passo sin vuestra compañía me parece que no le vivo sino que le peno. De Barcelona he sabido que mi tío está enfermo de una grave enfermedad muy de peligro; será fuerça aguardar a lo que el cielo dispone dél; y assí os suplico tengáis la paciencia que os merece mi firme amor. También he sabido que mi hermano ha partido de Madrid; será para venirse aquí, y assí os ruego que, cuando vengáis a la ciudad, sea con mucho recato, y si es posible, no lleguéis a saber de mí en este monasterio que quiero tanto vuestra vida que todo lo que puede ser de vuestro disgusto, lo procuro evitar a costa de mi sentimiento. El cielo os guarde.-*Vuestra esposa.*»

Acabando de leer el papel, Lisardo preguntóle a don Félix, qué era lo que determinaba hacer con los dos avisos que doña Victoria le daba, cuyo mandato debía obedecer.

-Lo que me parece -dijo don Félix-, es cumplir con lo que me manda, y para saber mejor el sucesso de la enfermedad de su tío, determino, con vuestro parecer, que nos vamos a Barcelona, y si durare la convalecencia, podemos ir en romería al célebre Santuario de la Madre de Dios de Monserrate, tan frecuentado de peregrinos de todas las Provincias y Reynos de Europa. Concedió con él Lisardo, y assí, comunicando esto con don Lorenço, a quien se habían aficionado y dado por amigo los dos, les dixo, que determinaba acompañarlos, y llevarse consigo a don Lope, fiado en aquella soberana Emperatriz de los cielos, a quien desde luego le encomendaba, le había de restituir el perdido juicio, y dar entera salud y sossiego.

Con esto se determinaron hacer la jornada para otro día por la tarde, por despedirse don Félix y Lisardo de su amigo Garcerán. Llamó a voces don Lorenço a don Lope, y vino a donde estaban; retiráronse los unos y los otros en sus albergues, y don Lorenço en el suyo, quiso convencerle a don Lope para que fuesse a Barcelona con una extratagama, que fué siguiéndole su tema, decirle que sabía de cierto que cerca desta ciudad habitaba en un áspero monte el mago Solanio, hijo de la Sabia Polinesta de Arcadia, grande Mágico, al cual querían consultar para que remediase su inquieta pasión. Alegróse don Lope con esto sumamente, dando crédito a don Lorenço, y assí se dispuso la jornada en compañía de don Félix y Lisardo, los cuales aquel día se fueron a despedir de Garcerán,

que no sintió poco su partida, por que les estaba muy aficionado. No pudo el enamorado don Félix verse con su dama, por no estar para salir a la red, y así la dexó un papel escrito en que daba cuenta de su partida, suplicándola no le olvidasse, y que le escribiese a Barcelona. Con esto partieron los cuatro caballeros camino de aquella antigua y rica ciudad, cabeça del principado de Cataluña, donde los dexaremos ir por dar cuenta de lo que en el interín le sucedió en Argel al enamorado Leandro.

LIBRO SEXTO

Partió el enamorado don Leandro, en compañía del Redemptor del Orden de la Merced a Argel, a hacer el rescate de su querida doña Laura, cuya ausencia le tenía lastimadísimo, sintiendo sumamente haberla perdido, por la traición del cauteloso don Hugo, contra quien iba tan indignado que ya fulminaba crueles venganças.

Hízoles viento favorable, de suerte que, en breve tiempo se hallaron a la vista de la ciudad, calabozos de Católicos, y prueba de sus paciencias.

Hicieron la salva acostumbrada, y sacando la bandera de paz, fué conocido por los Moros ser el Redemptor, que ya esperaban.

Surgió la galera en el puerto, y manifestando su salvo conducto, le llevaron licencia para que desembarcasse, en compañía de don Leandro que iba como criado suyo en humilde traje, si bien para el rescate de su dama llevaba escondidas ricas joyas y mucho dinero en oro.

Aposentáronles en casa de un Judío, donde fué visitado el Redemptor de todos los principales Moros de la Ciudad, digo de los que tenían esclavos de rescate, que como es ésta la mayor granjería que tienen, procuran darse a conocer todos al Redemptor para que se les hagan bien sus rescates.

Hizo luego las diligencias ordinarias el religioso, de saber el número de cautivos que había que poder rescatar, y entre ellas, no se descuidó don Leandro de hacer la que importaba y para que se había embarcado, y supo estar su dama cautiva en poder de un moro principal y rico de aquella Ciudad, que la había comprado cuando fué cautiva, aficionado della y éste la había persuadido sumamente, a que dexasse su ley por la de su falso Mahoma, ofreciéndola que sería su esposa, y preferida a otras mujeres que tenía.

Mas la hermosa doña Laura, firme en la Fe, despreciaba las ofertas de su dueño, con que el Moro vivía desesperado, y viendo que no aprovechaban ruegos con ella, usó del rigor, tratándola ásperamente con encerrala sin que saliesse de un aposento, donde pasó algunos días tan firme en no apostatar de su religión como el primero.

Esto le contó a don Leandro un cautivo, natural de Valencia, que a caso, haciendo la diligencia de saber de su dama, encontró y éste fué cautivo dos días después de la hermosa doña Laura.

Preguntóle don Leandro, si perseveraba el Moro en perseguirla como antes, y díxole que no, por haber comprado otra Christiana, natural de Sevilla, por quien se olvidó el amor primero, y que con ésta hacía las mismas instancias que con doña Laura para que renegasse.

Desseó don Leandro saber la possada del Moro y enseñósela el cautivo. Reconocióla toda el disfrazado caballero, y entró en el baño de los cautivos donde halló más de ochenta, y assí como le vieron, sabiendo ser criado del Redemptor, por decírselo el cautivo que le acompañaba, le saludaron con tierno afeto alborozados con su presencia.

Caían unas celosías de las casas de Ali Muley sobre el mismo baño; al regocijo que mostraron con la presencia de don Leandro, se pusieron a ella dos personas, cuyos bultos solamente se divisaban no más; por lo demasiado cerradas que eran las celosías.

Reparó en esto don Leandro, y el cautivo que venía con él, viendo esto, le dixo que aquel era el cuarto donde estaba la cautiva por quien le había preguntado. Puso don Leandro más atenta la vista, con que pudieron verle mejor de adentro, y assí al punto sacaron un lienço por las celosías y començaron a menearle a una y otra parte. Reparó el cautivo en ello, y dixo a don Leandro:

-Novedad se me hace lo que he visto, y assí tengo por cierto que, alguna cautiva de las de Ali Muley os conoce, y quiçá es éssa por quien preguntáis.

Alegróse el enamorado caballero sumamente, y preguntóle al cautivo si las cautivas de rescate se podían hablar.

-Pocas veces acontece esso -dixo él-, mas tal vez, quando es forçoso el tratar sus rescates, permite el dueño que se vean con el Redemptor, o con sus agentes.

-Pues si esso es assí -dixo don Leandro-, yo le voy a dar cuenta de que está aquí a quien buscamos.

Yrse quería don Leandro, quando de la ventana vió que, con más afecto meneando el lienço, le hicieron uno seña que se aguardase y entendida por don Leandro, se procuró entretenerse con los cautivos del baño, preguntándoles a cada uno en particular por su patria, y que tanto tiempo había que estaban cautivos.

En esto ocupó el espacio de media hora quando, volviendo a poner la vista en la celosía, vió que por entre ellas le arrojaban un papel doblado; alçóle del suelo el cautivo y, dándoselo a don Leandro, le rogó, que se saliese a leerlo fuera del baño, por la nota que podía dar que hasta allí no habían reparado en nada los cautivos.

Hízolo assí, y despidiéndose de todos, les dió buenas esperanças que presto serían rescatados.

Estando, pues, fuera del baño, abrió el papel que venía cerrado, y en él vió ser la letra de doña Laura, con que recibió suma alegría. Lo que contenía el papel era esto:

«No pudiera creer de mi corta dicha, querido dueño mío, que vuestras finezas llegaran a tanto, que os vieran mis ojos en esta tierra; mucho debo a vuestra fe, en tiempo que tan poca se guarda; vos seáis mil veces bien venido que, por lo que en el baño he oído, sé que acompañáis al Redemptor que se esperaba. Vos lo venís a ser mío y yo a ser vuestra esclava en más gustosa esclavitud que la que tengo. Será más fácil mi rescate en tiempo que mi dueño está más olvidado de mí que hasta aquí. Con nuevo empleo, tratad de mi rescate y advertid que, en mi compañía assiste una dama que dice haberos visto muchas veces en la Corte de España; dessea hablaros y que se trate también de su libertad y yo de volver a mi dulce cautiverio con vos que habéis de ser mi esposo.»

No se puede ponderar con razones cuánto se holgó don Leandro con el papel de su dama, dando gracias al cielo por haber tenido tal dicha el cuarto día que estaba en Argel, y assí abraçaba muchas veces al cautivo pues por su causa le había venido tal ventura. Dióle algunos escudos secretamente y fuesse con él donde estaba el Redemptor a quien dió cuenta de lo que le había sucedido y mostrándole el papel, alegróse mucho el santo religioso y de contento bañaba en lágrimas la blanca barba. Determinó al siguiente día tratar del rescate de aquellas dos damas, porque también Ali Muley lo desseaba por el interés que se le seguía, y antes desto había hablado sobre ello, y assí otro día fueron los dos a su casa acompañados de Isac el judío, en cuya casa posaba. Recibióles el Moro con mucho contento y, mientras el Redemptor y el Judío trataban del concierto assí de los destas damas como de otros cautivos, tuvo lugar salirse a un curioso jardín que confinaba con aquel cuarto. Salió pues a él, y a penas fué visto desde una ventana baxa que enlaçaba unos olorosos jazmines, cuando se puso en ella doña Laura con cuya hermosa vista, cogiendo de repente a don Leandro, fué mucho no perder el sentido de contento, que tal vez suele matar como una pena. Lo que los dos amantes passaron dándose cuenta de su vida el tiempo que duró la ausencia, sería alargar mucho este discurso. En gustosa conversación estaban, cuando llegó a este tiempo la dama compañera de doña Laura a hablar a don Leandro, y en ella vió una singular hermosura que hacía grandes ventajas a la de su dama si bien no la tenla en su perfición, con los grandes trabajos que había passado. Lo primero que le preguntó a don Leandro, después de su salud, fué si había estado algún tiempo en la Corte de España, y habiéndola dicho que en ella assistiera algunos días, le volvió a preguntar si conocía a un caballero moço y muy galán, cuyo nombre era Lisardo. Acordóse luego don Leandro de la historia de sus amores que este caballero, como íntimo amigo suyo, le había contado, y presumiendo que quizá sería esta dama la hermosa Gerarda de quien él se quexaba tan justamente, le respondió que conocía bien a aquel caballero, ocultándole que fuesse tan amigo suyo. Volviále a preguntarle si sabía que estuviesse en Madrid; a esto respondió que no assistía allí porque él le dexaba en Valencia cuando él se embarcó y que él iba a Milán a la Guerra que el duque de Saboya tenía en el Genovesado.

-Bien diferentes me la dan sus memorias -dixo ella-, pues por su causa estoy en este triste cautiverio.

Aquí acabó de certificarse don Leandro de que fuesse Gerarda y, desseoso de saber como había venido allí, se lo preguntó. Darle cuenta quería de su vida la hermosa dama pero no hubo lugar por entonces, por estorbarlo el haber acabado Ali Muley y el Redemptor sus conciertos, alargándose el Religioso en el rescate de doña Laura por habérselo encargado assí don Leandro, y assí quedó el Moro muy gustoso, de su liberalidad y muy amigo con él, con lo cual le entregó luego las dos cautivas que llevaron a su posada con mucho gusto de los dos amantes, por verse libres de persecuciones y trabajos. Agradeció la dama que acompañaba a doña Laura su rescate, a ella, pues por venir en busca suya don Leandro había participado desta dicha. Essa tarde que fueron libertadas de su cautiverio, quiso don Leandro que la amiga de doña Laura le hiciesse relación de sus sucessos, y mientras el Redemptor andaba en sus conciertos con los moros, retirados don Leandro y las dos damas a un aposento de su posada, quiso la dama darle gusto en lo que le pedía y començó su discurso assí:

«-En la insigne villa que merece por su capacidad ser Corte del Cuarto Filipo como lo fué de su Padre y abuelos, vi a Lisardo, caballero ilustre, que la tenía por patria. Pluguiera a los cielos que la primera vez que él me vió, que fué librándome de un peligro, antes me dexara en él acabar la vida que no dilatármela para tantas desdichas. Fué, como digo, en la primera ocasión que nos vimos obligada con un socorro que me hizo: tras el agradecimiento entró la comunicación y con ella el amor tan puro y tan perfeto que nunca entendí tuviera fin conservándole aun con más raíces que era con los lazos del matrimonio que esperábamos; pero como la constancia en los hombres sea tan poco durable que, de muchos a penas se halla uno que la tenga, fuí comprehendida entre las que su olvido enterró, poniendo su cuidado en quien, si no con más méritos de fe, con mayores dichas se le pudo merecer: prevínome desto un retrato que hallé en su escritorio y algunos papeles amorosos, esto en los principios de nuestros amores que, como testigos contra sí, me sirvieron de advertimientos para no empeñarse más Advertido desto con mi retiro pudo satisfacerme, por orden de una prima suya y amiga mía con razones tan fuertes, que me dispuse a creerle como le amaba ya con tantas veras. Prosiguió en servirme tan solícito que, a otra más astuta que yo engañaran sus finezas. Finalmente, unas fiestas en Madrid me truxeron el desengaño y el escarmiento a un tiempo, pues en ellas vi al dueño del retrato a quien festejaba en un balcón, y él conoció de allí adelante de mí, con el sentimiento de haber sido engañada, que había perdido mi gracia, y assí procuró con grandes veras volver a ella con grandes esfuerços y persuasiones de su tercera prima, pero fué en balde, hallándome siempre sorda a sus súplicas, y severa a sus ruegos.

»Una noche, que passeaba mi calle como otras muchas veces, después que halló en mí desprecio, se determinó a entrar en mi casa en tan mala ocasión que acababa de llegar de Flandes un hermano mío, que era Capitán en aquestos Estados. Con la llaneza de hermanos y el cansancio de su largo viaje, permití que se echasse en el estrado, reclinada su cabeça en mis faldas; desta suerte le halló el deslumbrado Lisardo, el cual, con la rabia de los celos, ciego de enojo cerró con él, sin darle lugar a levantarse, y le dió tres

puñaladas con lo que le dexó bañado en su roja sangre y mis faldas cubiertas della, saliéndose con esto de casa, diciendo: Assí, Gerarda, que este es mi nombre, se vengan ingratitudes de un amor tan constante como el mío. Ya podréis considerar qué pena era ésta para no perder el sentido. Yo cumplí con ella en desmayarme sobre mi herido hermano. Llamaron cirujanos, viéronle las heridas y tomáronle la sangre. Volvió en su acuerdo, pidiendo confesión; confessóse y diéronle todos los sacramentos, porque los médicos y cirujanos fiaron poco de su vida; pero Dios fué servido que, con la juventud, se restaurase, y dentro de treinta días pudiesse levantarse. No tuve atrevimiento, desde que le hirieron hasta que se levantó, para entrar en su aposento, no obstante que él preguntaba muchas veces por mí, mas decíanle que estaba muy mala, con que me disculpaban.

»El primero día que se levantó fué a mi aposento y hallándome en la cama de propósito, se sentó en ella; sabe el cielo con el temor que yo estaba entonces, mas él que me le conoció, me asseguró diciéndome estas razones:

»Entre mil dudas y confusiones ha variado el pensamiento, señora y hermana mía. Después que recién llegado a tu casa, me dieron alevosamente las heridas de que estoy convaleciendo y, he llegado a tal estado, que no ha dado lugar el desacuerdo para preguntarte qué enemigos dexó nuestro padre, de quien se puede esperar tal alevosía, vengando en mí, por hijo suyo, ofensas antiguas. Considero, assimismo, que no proviene esto deste origen, por haber muerto mi padre tan christianamente que no dexara a los últimos términos de su vida rencores vivos, sino reconciliarse con sus enemigos y assí a lo que más me persuado es a presumir, guardando siempre el decoro que como a hermana que tanto estimo, debo tener, que alguno que te pretende con honesto, fin, deslumbradamente entró a verte y me vió en el lugar que sólo a esposo o a hermano es permitido, e ignorante de que yo lo fuesse tuyo, executó en mí su rigor, que no lo hiciera a no cogerme sin prevención de su traidor o celoso impulso, y el retiro tuyo en no haberme assistido a mi enfermedad hace más cierta mi sospecha. Solos estamos los dos y asigurada de que, si esto es verdad y ha sido hecho por persona que en calidad te iguale, te prometo de hacer todos mis esfuerços, para que se desengañe, satisfaga y te dé la mano de esposo. Dime la verdad de todo y está cierta que, en la ejecución de lo prometido, ponga todas mis fuerças.

»Aquí hizo una pausa a su razonamiento poniendo la vista atentamente en mí que, ocupada de un vergonçoso empacho, no alçaba los ojos del suelo. Persuadióme segunda vez que le respondiesse y yo, con tanta turbación que apenas acertaba a formar las palabras, le di cuenta de todo lo que me había passado con Lisardo hasta aquel punto, haciéndole, junto con esto, relación de su persona y calidad y cuán desseoso estaba de que fuera su esposa y que desde la desgracia suya entendía que estaba ausente de Madrid por haber presumido con certeza que le dexaba muerto. Esto le dixé con tiernas lágrimas y con tantos solloços, que a penas pronunciaba las razones. Compadecido de mí consolóme con prometerme hacer todo lo possible porque volviesse Lisardo a su patria y se casasse conmigo. Llegó, pues mi hermano a restituirse en su salud y pudo salir de casa, con lo cual començó de secreto a hacer diligencias para saber dónde estaría Lisardo, y en más de veinte días no fué possible saber nada, hasta que un día, que llegó un soldado a casa de una parienta suya y amiga mía, la dixo, preguntándole por él, que había sabido

que se embarcó en Barcelona con intento de passar a Italia, que assí se lo había dicho un caballero catalán que le conocía, y que le vió, con intento de no volver presto a su patria. Esto se dilató por Madrid, con la cual nueva yo me afligí tanto que ni dormía ni sosegaba, de modo que mi hermano lo echó de ver y dándole cuidado mi pena me dixo un día estas razones:

»-Puesto que Lisardo, persuadido a que me dexaba muerto, se partió de Madrid y se embarcó a Italia, como se ha sabido, con presupuesto de no volver aquí, tendría por acertado que yo le-fuesse a buscar, llevándote en mi compañía, que Nápoles, como tú sabes, es mi patria y en ella tengo a mi madre, que en ella goza cantidad de hacienda de que soy heredero. Esta es mi determinación; mira tú de lo que gustas que a tí te está más bien el hacer este viaje, pues si, es cierto que, si en Nápoles me veo donde tengo tan calificados deudos, haré cuanto pudiere porque Lisardo sea tu esposo; mira qué es lo que gustas en este particular. Aquí le respondí, que mi gusto era el suyo y que le había de obedecer en cuanto quisiesse disponer de mí, con lo cual nos partimos dentro de ocho días embarcándonos en Vinaroz, por estar allí dos galeras de Florencia. Tres días había que navegábamos, cuando una mañana corrimos un poco de tormenta, de modo que nos hallamos sin pensar en medio de seis galeras de Argel, de quien era cabo Muley Xequé, cossario conocido de todas las costas de España. Fuimos acometidos de las seis galeras y, como conociessen los nuestros la ventaja que los contrarios nos tenían, y que no podíamos salir de la ocasión menos que muertos a durar en la defensa, nos rendimos, con que fuimos cautivos y traídos aquí. A mí me compró Ali Morato, que assí se llama esse moro en cuyo poder estaba: hallé cautiva a la hermosa Laura, con cuya compañía se ha templado mi pena y llevado mejor mi cautiverio. A mi hermano compró otro moro principal, el cual le ocupaba en hacerle trabajar en una casa que fabricaba. Sucedió pues que, como los bríos de soldado no los perdiessse en medio de sus trabajos, un día se descompuso con el Moro sobrestante de la fábrica en que assistía, y dióle con una caña no sé cuántos palos; mas mi hermano, ofendido de aquel oprobio, tomando una pesada piedra, le dió con ella de modo que le dexó sin sentido alguno: entendió que estaba muerto, por lo cual fué preso y puesto en una obscura mazmorra donde se le daba con mucha limitación la comida. Vióse desesperado en aquel lóbrego lugar, y queriendo tratar de salir dél, con una gruessa barra de hierro que se dexaron olvidada en la prisión, trató de romper la pared. Fué sentido de un renegado, que servía a este Moro, y dándole cuenta de lo que passaba después de haberle dado muchos palos por castigo de su pretensión, fué echado por forçado en una galera de las con que andaba en curso este Moro por aquellas costas. Un mes ha que no sé dél; sólo he sabido que se partieron hacia Valencia y con él iba don Hugo, un caballero que fué cautivo con vuestra dama y un amigo suyo que fueron los que intentaron robarla en Denia. Este es el discurso de lo que ha pasado por mí.»

Acabó aquí la hermosa Gerarda su relación de la cual había don Leandro oído mucha parte al enamorado Lisardo, si bien lo último, por qué se ausentó él de Madrid, con alguna diferencia que no se la había dicho la dama, pues fué su partida por el desconocimiento de no saber que fuesse su hermano el galán que estaba echado en sus faldas. No quiso don Leandro dilatarle el gusto a la hermosa Gerarda de las nuevas que le podía dar de su amante, y assí la dijo cuán amigo suyo era y cómo le dexaba en Valencia

en compañía de otro amigo, y que esperaba en el Cielo les había de volver con bien a aquella ciudad donde le verían. Sumamente se holgó la hermosa dama con lo que don Leandro la asseguraba y no vía la hora que embarcarse para verse con su querido Lisardo.

Acabó de hacer su rescate el padre Redemptor, y con mucha cantidad de cautivos salió de Argel embarcándose con favorable viento, yendo don Leandro el hombre más gustoso del mundo; y asimismo su querida doña Laura, viéndose en compañía del que era dueño de su alma. Mas la fortuna, que nunca da durables las dichas como inconstante y voltaria, trocó en aflicciones los gustos de los que venían gozosos a España y con su deseada libertad. Turbóse el cielo con densas nubes Y con encontrados vientos comenzó la galera a discurrir por el salado campo de Neptuno: el agua era copiosa como recio el viento. Los marineros se hallaban atajados, la chusma turbada, el cómitre confuso sin saber usar del pito para las faenas, el vaso, combatido de las furiosas olas, ya se vía vecino de las nubes, y ya sumergido entre las aguas, besando su quilla la arena. Allí se vían muchos temerosos de la cercana muerte que esperaban, y confessando a voces sus culpas, hacían votos y ruegos a los santos, con quien más devoción tenían. Duró la tormenta más de seis horas largas y, al cabo deste tiempo, amansándose el aire, volviendo el mar a aquietarse, se hallaron a la vista de aquella áspera montaña de Monserrat, sitio venerado de tantas naciones por ser erario santo de la más preciosa joya de los cielos, en quien puso tantos primores su divino artífice. Informado el Redemptor y los cautivos de los marineros, en qué parte estaban, todos comprometieron ir a visitar el divino santuario de la Madre del Verbo divino, y así, el que gobernaba el timón, guió al famoso puerto de Barcelona la galera: llegaron cerca dél en breve tiempo, mas antes media milla, vieron venir con el mismo rumbo que habían seguido otra galera bogando la chusma de ella a toda priessa. En las flámulas y estandarte conocieron el Redemptor, don Leandro y los cautivos ser de Moros y algunos hubo que afirmaron ser de un cossario de Argel.

Temió el Redemptor, entendiendo que venía en su seguimiento con alguna novedad; mas, por lo que podía suceder, tomaron armas cuantos había en la galera. Mientras todos se prevenían, no dexaban por esto de bogar. Llegó con esto la conocida galera a emparejar con la del Redemptor, a quien abatió su estandarte disparando dos piezas con que se hizo la salva; disparó otras tantas la de los cautivos, correspondiendo a su cortesía. En esto se manifestó en medio de la cruxía don Rodrigo, el hermano de la hermosa Gerarda, a quien conoció ella y algunos cautivos luego, saludándoles con muestras de mucha alegría, con que llegaron a desembarcar al puerto donde fué grande el contento que don Rodrigo mostró con ver allí a su hermana.

Ella le ciñó el cuello con estrechos lazos manifestándole con lágrimas la alegría de verle allí sin pensarlo. Llegaron los demás cautivos en cuya compañía lo había estado don Rodrigo, y a todos abraçó con mucho agrado. Gerarda le advirtió que hablase al Redemptor y a don Leandro, un caballero principal que la venía acompañando, a quien, después de Dios, debía su rescate. Llegó don Rodrigo a hacerlo, ofreciéndoseles a su servicio y confessándose reconocido del favor y socorro que había recibido dellos su hermana.

Preguntóle Gerarda cómo se había escapado del poder de su dueño y él la dixo que, habiéndose conjurado con los demás cautivos que venían al remo, pudieron desherrarse una noche algunos dellos y, con armas que traían ocultas, matar a los Moros más principales de la galera, con que en breve se hicieron señores de ella, con muerte de algunos entre los cuales fueron don Hugo y sus dos primos, y que a él le habían dado el gobierno de todos.

Aquí le dió cuenta a don Rodrigo su hermana como, por una tormenta que tuvieron muy grande, habían hecho voto de visitar en el insigne y devoto Santuario de Monserrat a su gloriosa Patrona, y que assí iban todos allá a cumplirle. Ofrecióse don Rodrigo con toda su gente a acompañarles, y assí, sacando la ropa a tierra, salieron de las galeras la más gente dexando alguna con los forçados que eran Moros de los que había don Rodrigo echado al remo.

Aquí les dexaremos por decir lo que les sucedió a don Félix, Lisardo, don Lorenço y don Lope camino de Barcelona.